

PEDRO JUAN GUTIÉRREZ

---

*El insaciable  
hombre araña*



se

Los cuentos reunidos en este libro, hilvanados de tal modo que pueden leerse como una novela, poseen un fuerte sabor autobiográfico, como es habitual en las historias que nos cuenta Pedro Juan Gutiérrez. En *El insaciable hombre araña*, Gutiérrez (que en palabras de Enrique Tomás, «se ha convertido en el cronista de la realidad más cruda del país caribeño») mezcla desenfrenadamente amor, sexo, odio, sueños, pasiones, realidad, frustraciones... Aquí están en carne viva los sentimientos y las contradicciones de un hombre de cincuenta años que se enfrenta al hecho cotidiano de vivir, siempre al borde del abismo. Por debajo de cada cuento presentimos un mundo subterráneo, que el autor apenas nos insinúa, para inquietarnos más aún. Escrita con mano maestra, el lector nunca puede adivinar las costuras entre ficción y realidad.



Pedro Juan Gutiérrez

# **El insaciable hombre araña**

**Ciclo de Centro Habana - 4**

**ePub r1.0**

**Severus\_Snape** 18.08.17

Título original: *El insaciable hombre araña*

Pedro Juan Gutiérrez, 2002

Retoque de cubierta: Severus\_Snape

Editor digital: Severus\_Snape

ePub base r1.2

---

**más libros en [espaebok.com](http://espaebok.com)**

---

*Había amado demasiado y exigido demasiado, y lo había consumido todo.*

Ernest Hemingway, *Las nieves del Kilimanjaro*.

*Es mucho más difícil vivir sin reglas,  
pero es lo que un hombre capaz de pensar debe, honestamente, hacer.*

Frank Lloyd Wright, *Autobiografía*.

---

## SILVIA EN N. Y.

---

En el invierno de 1992 Silvia visita New York por tres meses y se aloja en el apartamento de una prima en 94 St. West, a un costado del Central Park.

Una tarde, diez minutos antes de oscurecer, camina apresurada y cuidadosamente por un sendero del parque. Se concentra en sus pasos porque hay rachas de viento. El piso está helado y puede resbalar.

Es una zona completamente desolada. Sólo los árboles, los bancos y el viento frío. Un poco más allá hay unas canchas de tenis. Vacías. Silvia lleva las manos en los bolsillos de su largo abrigo negro. Palpa un paquete de tarjetas con la reproducción de uno de sus cuadros. En el reverso está impresa la invitación para la apertura de su primera exposición personal en N. Y. Dentro de tres días. Consiguió una galería que está bien. No es de primera categoría pero tampoco es de cuarta.

Silvia piensa cómo va a organizar el vernissage y hace cálculos para el futuro. Su sueño dorado es encontrar un marido millonario que la mantenga, para ella entregarse totalmente a su arte. El viento es muy frío. Tiene la cara y las orejas heladas. De repente aparece un negro alto y robusto que la agarra por un brazo y le dice algo en inglés. Silvia se horroriza y piensa: «Oh, no, a mí no me puede pasar esto. No puede ser». El tipo tiene la pinga tesa bajo el pantalón y el zipper abierto. Ella intenta zafarse pero la sujeta una mano de hierro. Es tanto el miedo, que la invade un frío intenso en todo su cuerpo y comienza a temblar. Piensa decirle: «Oh, please, please». Pero no. Le parece ridículo decir sólo eso. Se le olvidó todo el inglés. Es como si tuviera la mente en blanco. De nuevo intenta desprenderse y salir corriendo. El tipo entonces la agarra por los dos brazos y la atrae hacia sí. Intenta besarla. Ella huele su aliento a tabaco y alcohol y se asquea. Ladea rápidamente la cara y se echa hacia atrás. El tipo la besa en el cuello y la chupetea. Ella forcejea un poco más. El hombre la empuja. Silvia pierde pie y trastabillea. Él la sostiene

para que no se caiga. Es un mastodonte jugando con un pajarito. Silvia es muy delgada y endeble. Y no deja de temblar. El tipo la lanza contra un banco y la obliga a sentarse bruscamente. El permanece de pie. Con la mano izquierda la aguanta por el hombro. Con la derecha busca dentro de su pantalón y saca una tranca negra, tiesa, larga y gorda. ¡Cojones! Silvia la mira. Tiene que mirarla porque está a dos centímetros de sus ojos, y piensa: «¡Coñó, ahora sí se jodio esto. Tremendo pingón, madre mía! ¡Si me la mete me raja en dos, me destroza el muy hijo de puta!». Respira profundamente y se muerde los labios con fuerza. «¡Ay mi madre, ¿por qué a mí?!». Se acuerda de Jesucristo en la cruz. No reza desde su adolescencia en las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, en La Habana. Todo pasa por su mente en fracciones de segundo. Se ve arrodillada entre los bancos de la capilla, rezando y mirando a Jesucristo crucificado. Le gustaba. Fue el primer hombre que le gustó. Era bellissimo, con aquel rostro dulce y sereno. Y el trapito blanco amarrado a la cintura y cubriéndolo. Era erótico. Lo más erótico y sensual que podía encontrar a su alrededor.

El negro le decía cosas en inglés. Murmullaba. Demasiado slang. Silvia no entendía. No había nada que entender. Todo era evidente. El tipo se masturbó con la mano derecha y con la izquierda palpó por debajo del abrigo de Silvia y le tocó sus muslos. Ella usa un *blue jeans* viejo y cómodo. El tipo intenta romper el botón desgarrando la tela. Silvia recordó como un flashazo una película argentina que se desarrolla en la Tierra del Fuego. Federico Luppi tiene que ir a Buenos Aires y se despide de su mujer. Ya a punto de irse, el último consejo es: «Si te van a violar, relájate y goza».

«Relájate y goza, Silvia, relájate y goza», se repite un par de veces. Entonces recupera fuerzas y mira la pinga del tipo. Está a medio palmo de su cara. No puede. Le da asco. El tipo sonríe satisfecho. Le están saliendo bien las cosas. Se masturba rápidamente y sigue intentando romper el pantalón. Quiere meterla de todos modos. De golpe Silvia recupera la voz y, sin pensar le grita:

—Fuck you, man! ¡Use condón, son of bitch, hijo de puta! ¡Use one condón! ¡Negro singao, maricón, abusador, hijo de puta, ojalá tuviera una pistola aquí, abusador! Fuck you! ¡Use one condón!

El tipo, con su voz bronca, le dijo algo ininteligible y le sonó un par de

galletazos por la cara que hicieron estremecer el cerebro de Silvia. El tipo quizás estaba drogado. Pegaba muy duro. Era mejor no enfurecerlo. No tenía preservativos. No le interesaban. Siguió masturbándose con la derecha. Con la izquierda registra en el pantalón de Silvia. Mete la mano por debajo del *sweater* y la camisa de lana. Toca la suave piel de ella. El tipo no lleva guantes y tiene las manos heladas. Le agarra las tetas. Las teticas. Silvia está muy delgada y tiene unos pechos diminutos. Siente cómo las soba y le aprieta los pezones aquella mano grande y áspera. Silvia piensa velozmente: «Le hago una paja y me voy corriendo. Este negro cabrón puede tener sida. Si me mete esa tranca me raja en dos pedazos y me deja aquí desangrándome. ¡Que se la meta al coño de su madre!». Rápidamente agarró la pinga con la mano derecha y sé la masajeó. Es muy gorda y muy larga. Ahora se ha puesto más grande aún. Es enorme. «El forcejeo es lo que excita a este hijodemalamadre», pensó Silvia. Se la apretó bien al tiempo que le bota la paja. Necesita entretenerlo y que se venga rápido. Silvia sabe hacerlo perfectamente. En La Habana se ha templado a unos cuantos negros. Pero siempre ella tenía la ventaja de ser blanca, joven y bonita. Los negros le perreaban atrás un buen tiempo hasta que al fin ella se decidía a dirigir la operación y llegar a la cama. Siempre tenía la sartén por el mango. Ahora se sentía humillada. Por primera vez en su vida. Le escupió en la cabeza de la pinga, pero casi no tenía saliva. El miedo le dejó la boca seca. Moviò la lengua y acopió saliva porque de lo contrario el tipo le iba a meter la pinga en la boca y la obligaría a mamar. La paja le estaba saliendo bien porque el tipo emitía sonidos de placer. Ella temblaba. Sentía la mano congelada que le sobaba los pezones y se los pellizcaba. Ella se esforzaba con sus dos manos dándole pa'atrás y pa'lante. Se la meneaba y miraba alrededor. Nadie. No aparecía nadie. Aquello era un desierto semicongelado. «Ay mi madre, si apareciera un policía y le entrara a palos a este negro cabrón». Ella seguía meneando con las dos manos y mirando a uno y otro lado. La pinga seguía frente a ella, apuntando como un cañón, a medio palmo de su cara. De pronto le soltó un chorro de leche en la cara. Le bañó el rostro. Y otro lechazo más. «¡Qué cojones! ¡Tenía dos litros de leche en los huevos, el muy singao!», pensó Silvia. La sorprendió. Ella no lo esperaba tan rápido y ya era tarde. Sintió el sabor ácido-dulce del semen en su lengua, en la garganta, en los



labios. El olor acre de la leche. Le entró hasta por la nariz. Soltó la pinga. Se limpió con las manos. Tenía pañuelos de papel en el bolsillo. Los buscó. El tipo ahora se masturbaba él mismo, frenético y jadeando. Seguía soltando chorros de leche encima de Silvia y le ensució el abrigo. Ella volvió la cara. Escupió una y otra vez. Asqueada. El tipo quedó medio desfallecido. Ella lo empujó y salió caminando aprisa mientras se limpiaba con los pañuelos de papel y escupía. Resbaló varias veces en algunos charcos congelados y estuvo a punto de caer al suelo. Seguía con el sabor acre del semen en la boca. Y se había tragado un poco. Lo sentía más atrás de la garganta. «¿Por qué tenía la boca abierta? ¿Cómo es posible? ¿Seré estúpida? La tenía en la punta, el muy cochino, hacía un mes que no se venía. Me soltó dos litros de leche encima. ¡Coño de su madre, hijoputa! Tenía que tocarme a mí. No había otra en todo el parque. Si tuviera una pistola le entraba a tiros». Iba rabiando y casi corriendo, a pesar de los resbalones. Blasfemaba y temblaba de frío, de nervios, de furia, de impotencia.

En pocos minutos llegó al apartamento de su prima. Subió las escaleras hasta el segundo piso. Sacó las llaves y se detuvo antes de abrir la puerta. Cerró los ojos y pensó: «Tranquila, Silvia, tranquila». Se pasó las manos por la cara, por el abrigo. Ya todo estaba seco. Se alisó el pelo y de nuevo concentró su mente calculadora: «Ya, no pasó nada, tranquila». Abrió la puerta y entró sonriendo. No había nadie. Sobre la mesa un mensaje escrito con tinta roja en una hoja blanca: «Regresamos tarde. Cena tú sola. Hay pollo en la nevera». Se quedó leyendo el mensaje una y otra vez. Muchas veces. Fue hasta el equipo de música y lo conectó. Tenía colocado un CD con *La tempestad*, de Jean Sibelius. La música comenzó a invadir lentamente a Silvia. *Las oceánicas*. Fue hasta el baño. Dejó la puerta abierta. Se desnudó. Hizo un gran bulto con toda la ropa. Después la botaría, incluido el abrigo que tenía las manchas secas y blanquecinas del semen. Se duchó largamente y lavó muy bien su pelo. Cepilló sus dientes dos veces. Se secó y se puso agua de colonia abundante. Siguió sintiendo asco. Las habitaciones estaban caldeadas y regresó desnuda a la sala, escuchando la música. Se dejó caer en una butaca, echó la cabeza atrás, cerró los ojos y se olvidó de todo. Sólo existía Sibelius. *In crescendo*.

Un mes después regresó a La Habana. Hacía nueve meses que viajaba. Seis meses en Madrid y tres en New York. Buscaba galerías que se interesaran por su pintura. Yo la esperaba en el aeropuerto. Se sorprendió cuando me vio. No me lo dijo pero lo leí en sus ojos: no esperaba verme después de tanto tiempo y de ciertas peleas telefónicas. Sobre todo en los últimos tres meses. Pero yo estaba enamorado como un perro. Eso es lo peor que le puede pasar a un hombre. Enamorarse demasiado y apasionarse con una mujer bella. Nos fuimos a su estudio. Pusimos a un lado el equipaje sin abrir y nos besamos. Un beso con lengua y chupones. Se nos olvidaron los nueve meses de separación y las broncas telefónicas. Templamos como dos locos. Igual que siempre. Seguimos así unos días más. Una tarde descansábamos en la cama. Lo recuerdo perfectamente. Me dijo:

—Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

—Quizás tengo alguna enfermedad.

—¿Por qué? ¿Templaste sin preservativo?

—Me violaron en el Central Park, frente al apartamento de mi prima.

—Ah, no jodas, Silvia.

—En serio.

—No, no.

—Sí.

—Uff. ¿Y esperaste hasta ahora para decirlo? ¡Tú eres la más papayúa de Cuba!

Se quedó en silencio, mirándome. Vio que me empuñé muchísimo, y cambió en un instante:

—Jajajá. Es un chiste. No me creas.

—¿Un chiste?

—Sí, jajajá.

—Sí te violaron. Chiste ni pinga.

—No te pongas así. Era un juego.

Nos quedamos en silencio, mirando al vacío. Me levanté de la cama. Fui a la cocina y preparé café. Me puse furioso. Con rabia como un perro. Tenía ganas de entrarle a piñazos a la pared y romperlo todo a patadas. Cuando

regresé con el café Silvia lo había pensado mejor y me dijo:

—Cálmate y no te alteres. Te voy a contar cómo fue.

Me lo contó todo. Sin perder detalle. Hasta Sibelius. Se me pasó la furia. Pero no pude olvidar. Una semana después nos separamos. Silvia insistía en irse definitivamente. A Miami o New York. Sólo hablaba de eso. Obsesivamente. «Me siento encerrada en una jaula. Esta isla es una jaula», me repetía continuamente. Quería que yo me fuera también. Yo no quería irme y ella no lo entendía.

Me acusaba: «irracional, sentimentaloides, blandengue, cobarde, aguantón, no tienes por qué aguantar esta mierda». Yo me defendía: «Está bien, soy un sentimental y no una computadora». En fin, me desalenté mucho. Ya no podía acariciarla con ternura, no tenía erecciones. Nada. Una tarde cogí mi bicicleta. Puse en una bolsa lo poco que poseía y me marché.

No sé dónde vive ni qué hace. No sé nada. Alguien me dijo que se casó con un siquiatra millonario, que vive en la zona de Cape Cod y que ha engordado muchísimo. No sé. Yo caí en un estado depresivo que me duró años. Fue terrible y no quiero recordar aquel tiempo: depresivo, furioso, rabioso, desconcertado, borracho todo el día, sin comida, sin dinero, claustrofóbico, con intenciones suicidas, todos los días me templaba a una negra diferente. A veces me pegaban ladillas. Las buscaba entre las más vulgares y prosaicas de mi barrio. Me gustaba golpearlas cuando las tenía bien clavadas, y ellas se arrebatan con mi sadismo. Quizás eso fue lo que me salvó: las borracheras, las mujeres, soltar furia, tirarlo todo a la mierda, no esperar nada de nadie. Y escribir. En las madrugadas, borracho, escribía cuentos de todo lo que me sucedía. Era muy divertido. Y seguí adelante. Y aquí estoy.

---

## EL BOXEADOR

---

Llegamos temprano a la playa. Eran las nueve y media, pero a la sombra de cada cocotero había grupos de gente. Sólo tres familias tenían sombrillas. Extendimos unas toallas debajo de un cocotero desmelenado, seco y enfermizo. Ofrecía una sombra mínima. No había otro libre. Mi mujer se quejó:

—Esto es igual que nada. Mejor nos sentamos al sol y nos achicharramos.

—Esto es más que nada.

—Uf, me voy a poner negra.

—Pensamiento positivo, Julia, pensamiento positivo.

—Vinimos temprano por gusto.

—Mira qué linda está el agua. Azulita y verde. Vamos.

—No.

Ella no sabe nadar. Viene a la playa con un libro y medio litro de ron. Yo adoro el agua. Me gusta alejarme de la orilla, nadar una hora, tonificarme, soltar toxinas.

Lo hice, me alejé un kilómetro de la orilla y me quedé solo. Sin ruidos y sin nada. Flotando boca arriba. El agua salada y trasparente, el cielo azul, el sol, una brisa leve que apenas riza la superficie. Me quedé así mucho tiempo. Es una sensación perfecta. De equilibrio tal vez. Interior y exterior. Quizás es lo que sienten los peces. No hay sentimientos. No hay interrupción. No hay tiempo. No hay principio ni fin. Nada. Uno mismo deja de existir. Quisiera quedarme así eternamente. Al fin logro controlarme y regreso a la orilla. Sin prisa, nadando suavemente. No quisiera llegar jamás.

Voy hasta el cocotero. Cierto. La sombra es demasiado escasa. Estamos en mayo pero el sol quema como si fuera agosto. Me siento en la arena. Julia lee un libro muy grueso sobre la trata de esclavos. La miro sonriendo:

—Por poco traes la Enciclopedia Británica.

—¿Por qué?

—Ese libro tiene novecientas páginas. ¿No había algo más sencillo?

—Estoy leyendo esto hace días.

—A veces eres muy práctica, pero otras veces eres..., ahhh...

Me aguanto. No voy a formar un drama, pero yo soy el que carga la mochila y ese libro pesa casi dos kilos. Creo que lo hizo intencionalmente. Tomo un trago largo de ron. A cuatro metros de nosotros hay una familia, a la sombra de un cocotero grande y saludable. Es una sombra amplia. La mujer es joven y bonita. Usa un bikini descolorido y desgastado, muy pequeño. Debe de tener tres tallas menos o algo así. Le sobresale una gran barriga, blanda, fofa, colgante. Es chocante toda esa manteca fuera de lugar. Tal vez tiene treinta años. Usa el pelo corto, teñido de rubio oro, con las raíces negras. Es evidente que no tiene dinero para tintes ni para un bikini nuevo. El tipo es un mulato muy alto, delgado, de brazos largos y caídos. Tienen tres niños. Todos varones y pequeños. Quizás de uno, dos y tres años. El tipo es muy parlanchín. Ella también. Hablan alto y despreocupadamente. Hay dos mujeres con dos niñas debajo de un cocotero cercano. Conversan con las dos mujeres. Se quejan de los precios en las tiendas. Las mujeres asienten. Sólo dicen de vez en cuando:

—Es verdad. Sí, sí. Eso es así.

La mujer del pelo teñido de rubio se obsesiona calculando el valor de cada cosa alrededor de nosotros:

—¿Tú ves ese salvavidas? Aquel de allá, el bonito, rojo y verde. Cuarenta dólares por lo menos. Y las sombrillas deben ser de sesenta fulas o más. ¡No hay quien pueda! ¡No hay quien pueda!

El marido habla aún más alto. Casi gritando. Pronuncia muy mal:

—Cuando ésta fue a parir el primero, yo compré como..., uhh..., como treinta dólares. Y fui a una tienda de La Habana a comprar la canastilla. Nojotro somo de Bauta. Allí no hay na' de eso. Tuve que venir hasta La Habana porque ésta quería un carrito...

—Un cochecito, Eli —rectifica la mujer.

—Sí, un cochecito... ¡Muchacha! Los más baratos eran de ochenta dólares. Viré pa'trá y le dije: «No hay carrito que valga. Pañales y más na'». Todo está muy caro. Así no hay quien viva.

Mientras tanto recogen una toalla empercudida, una ropita y unos zapatos gastadísimos. El hombre le dice a la mujer que mañana traerán almuerzo para no tener que irse tan temprano. La mujer no presta atención. Pasea. Va hasta la orilla del agua. Regresa al cocotero. Mira todo a su alrededor, regaña a los niños gritándoles de un modo grosero:

—¡Deja tranquilo a tu hermano y no jodas más que tú eres el mayor! ¿No te da pena? ¿O tú eres anormal?

Va hasta el muchacho y le suena un pescozón. El niño, de unos tres años, tiene la mirada torva. Recibe el pescozón y no llora. Solo hace un gesto para protegerse y hunde la cabeza entre los hombros. Yo no perdí tiempo y me acerqué hasta ellos:

—¿Ya se van?

—Sí, estos muchachos ya tienen hambre —me contesta ella.

Llamé a Julia:

—Titi, ven para acá. Ya ellos se van. Y le dije al tipo:

—Chico, te oí diciendo que tú eres de Bauta.

—Sí, nojotro somo..., bueno, no. Esta es de aquí, de Guanabo. Y yo soy de Bayamo, de la tierra caliente. Pero vivimos en Bauta hace como... una tonga de años. Desde que ésta parió.

—Ahh.

—¿Por qué?

—Por averiguar, a ver si tú sabes, porque me dijeron que hubo un envenenamiento por allá, en la pizzería. Dos o tres muertos.

—Sí. Y en Colón también. Y en otro punto más. No me acuerdo dónde. Dicen que unos italianos le dieron mil quinientos dólares al dueño de una pizzería particular y un polvito pa'que se lo echara a las *pizzas*. Pero no dijeron que era veneno, sino pa'que la gente cogiera cagalera.

—Ah, ¿fue así?

—Eso dicen. El tipo agarró los faos y cepilló a unos cuantos porque sí era veneno. Dicen que hasta él se murió.

La rubia se había acercado a nosotros. Tenía un cuerpo y una cara atractivos, una dentadura muy blanca. Sonreía con picardía y gracia. No me explico cómo podía tener aquel vientre mantecoso colgando. Sus ojos brillaban de energía. Dijo:

—Eso es contrarrevolución. Pa'que la gente coja miedo.

—¿Miedo a qué? —le pregunté.

No me interesaba su respuesta, pero así podía mirarla bien. Era una mujer con mucha fuerza y muy atractiva. Tenía una pelambre negra, rizada y abundante entre los muslos. Se le salía por el bikini. Tampoco se rasuraba las axilas. Tenía mucho pelo. Alzaba los brazos para alisar su cabello mojado y me miraba provocativamente. Quizás ya era una costumbre cuando tenía un hombre cerca. Hacer algún gesto, mostrar un poco.

—Miedo a..., no sé..., miedo —me contestó.

—Por mil quinientos dólares yo..., ahhh, cómo no. ¡Eso es dinero! Le retuerzo el pescuezo a tres o cuatro y me pierdo. No me cogen más nunca —dijo el hombre.

Tenía roto el tabique nasal, con una herida que le suturaron con cinco o seis puntos. La nariz aplastada y torcida a la derecha. Los dientes delanteros partidos y destrozados. De ahí venía aquel aspecto desgarrado y los brazos largos y caídos. Relajados. Como esperando el próximo *round*. Le pregunté:

—¿Tú fuiste boxeador?

—¿Tú te acuerdas de mí?

—No.

—Eliades Silva. De los ochenta y un kilos. ¿No te acuerdas?

—No.

—Ese era yo.

—Todavía eres tú.

—Sí. No.

—¿Hace años que no boxeas?

—Hace años que no boxeo.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto?

—Ujummm.

—Uh..., se me olvida.

—Cuatro años —dijo la mujer.

—Cuatro años. Esta lleva todas las cuentas y se acuerda de to'.

—Eli, cuando nosotros empezamos, tú boxeabas todavía. Y Eliadisito tiene tres años.

Siguieron recogiendo sus cosas desperdigadas por la arena. Julia se acercó con la mochila y la toalla nuestra. Ya nadie nos arrebataría la sombra. Había mucha gente tumbada, a pleno sol. Por la noche tendrían la piel ardiendo y no podrían dormir. Me dio pena con el boxeador y su familia. Tenían la ropa y los zapatos muy viejos. Todo aquello se podía tirar en la basura y nadie lo recogería. Le pregunté:

—¿Boxeaste muchos años?

—Empecé a los trece y ahora tengo treinta y dos. No sé. Saca la cuenta.

El tipo aparentaba cuarenta y cinco. O cincuenta. Se mantenía delgado y fibroso, con una musculatura leve, pero había algo en la expresión de su rostro que le agregaba años. Quizás era cansancio. Me gusta el boxeo. Repasé mentalmente. No. No podía recordar a Eliades Silva en los ochenta y un kilos. Tal vez lo utilizaban de *punching bag*.

—¿Y ustedes vienen todos los días desde Bauta?

—¡No, muchacho! ¿Tú estás loco? Si nojotro estuvimooo..., como..., a ver, vinimos ayer. Salimos en la guagua de las cinco de la mañana y llegamos aquí..., uhhh, como a las doce. Hay que coger como cuatro o cinco guaguas pa' llegar hasta aquí.

La mujer lo interrumpe:

—¿A las doce? Tú'tas quimbao. ¡A las tres de la tarde, mi chino! Y éste con cagatera, porque el domingo...

El boxeador le quitó la palabra:

—Muchacho, el domingo me regalaron un pollo y me dijeron que estuvo fuera del frío un tiempo. Me lo llevé pa' la casa. Tú sabes cómo es eso. Tenía tremendas ganas de comer carne. Porque no es fácil, arroz y frijoles todos los días. Y ésta no quiso comer, que si el pollo tenía peste...

—Yo se lo dije: «Eso está podrió, Eliades». Pero éste es cabezón en tranca.

—Y los niños tampoco querían y me lo comí completo. La verdad, tenía ganas de comer carne, ¿pa' qué te voy a decir otra cosa?

—¿Y te cayó mal?

—Por poco me muero. ¡Cogí unas cagateras! ¡Pero unas cagateras!

La mujer interrumpe de nuevo:

—Eliades está quimbao. Nadie normal hace eso.



—Na', que tenías ganas de comer carne. Eso es normal.

—Yo le decía: «Ese pollo está podrió y tiene peste». Y él me decía: «Qué va, no tiene peste». Y se lo metió completo. Por poco se va del aire. Fue serio, no te creas. Fue serio. Se desmayó. Cuando llegué al policlínico con él ya ni sabía lo que decía. El médico le preguntaba y no podía contestar.

—Ni me acuerdo de eso. ¡Todavía tengo dolor de cabeza! ¿Tú me ves aquí paseando? Por los muchachos y por ella, que quería venir a ver a sus padres. Si por mí fuera no salía de la cama, estoy así..., lelo. No coordino bien.

Hablé sin pensar y le dije algo estúpido:

—Y menos mal que lo cocinaste.

—¡Podrió, requetepodrió! Pero no me lo dijeron. Hubo un apagón de veinticuatro horas, y yo tengo amistades en una tienda. Se echó a perder to': pollos, pescado, leche, yogurt. Y me regalaron el pollo y me dicen: «Estuvo fuera del frío». Y yo, jajajajá, me lo jamé completo. Y pa' que tú veas, tenía buen sabor.

La mujer explica más. Yo hago como si me interesara mucho lo que dice. En realidad miro la pelambre negra entre sus muslos. Desde el ombligo también descende una línea de vellos negros, gruesos, ensortijados. Ah, es una locura. Ella percibe adonde dirijo mis ojos y se sonríe levemente mientras habla:

—Cogió un bacilo extrañísimo y dicen que eso se demora pa' curarse. Pero el antibiótico que lleva no lo hay. El médico me habló claro y le mandaron otras pastillas.

—Las estoy tomando. Pero qué va. Eso no sirve pa' lo mío. Eso fue el domingo. Hoy es viernes. Era pa' que ya estuviera bien, ¿verdad?

—Claro. ¿Fuiste al obispado? —le pregunto.

—¿Qué es eso?

—El obispado de la Iglesia católica.

—¿Pa' qué?

—A veces tienen medicinas de donación. No las cobran.

—¿Dónde es eso?

—En La Habana Vieja.

Le pregunta a su mujer:

—¿Tú sabes dónde es?

—Atrás de la catedral.

—Jajajá, ésta sí se conoce La Habana.

Ya casi se iban.

—¿Y en qué trabajas ahora, Eliades? ¿Eres entrenador?

—¡Qué va! Me hicieron tremenda maraña y me dejaron fuera. Estuveee..., a ver..., casi un año sin trabajo. Ahora estoy de ayudante de un camión... con un particular.

—Un trabajito pesao.

—Sí, estibando sacos pa'l mercado. Pero se gana algo. No es fácil mantener a toda la tribu. Tres muchachos y ésta. Y todavía ésta quiere otro más.

—Otro no. Otra. ¡Otra! Hay que buscar la niña, jajajá.

—Escucha eso, compadre. Ésta pare como los conejos. Na' más que de ver el calzoncillo ya sale preña, jajajá.

—Es que yo quiero una niña. ¿Tú sabes lo que son tres machos, más Eliades? Cuatro machos. Y yo de esclava, encerrá en la casa. Estoy loca por salir preña otra vez, a ver si sale niña.

El tipo me mira y me dice:

—Ésta se cree que na' más es dar tranca todos los días y salir preña y parir y palante. Oye..., no es fácil, yo me pego durísimo. Yo salgo de madruga todos los días y regreso a las nueve, a las diez de la noche. A veces a las once.

La mujer me dice:

—Es que éste no me deja trabajar en la calle. Yo siempre trabajé en la calle. No resisto esa trancadera.

—Pero con tres niños chiquitos...

—Busco quien me los cuide, pero éste es muy celoso.

—Celoso no. Yo sé lo que me traigo entre manos. ¿Dónde yo te conocí?

—Oye, no hables así porque el señor va a creer...

—No, pa' que no digas que soy celoso. Di la verdad. ¿Dónde te conocí?

—En un bar. Siempre estás sacando eso. Eso no es malo. Yo no estaba haciendo na' malo.

—Eso es lo que tú dices. Pero los bares son pa' los hombres. Y todos

estaban atrás de ti. Yo me acuerdo...

—Ya, ya. Que eso no le interesa al señor.

—Las mujeres que están merodeando en los bares nunca han sido bien vistas.

—Bueno, ya, Eliades, ya. No te pongas pesao.

—Entonces, ¿pa' qué tú quieres trabajar? ¿A ti te falta algo?

—No. Pero si yo trabajara fuera mejor. Hay veinte cosas que yo puedo hacer.

—No, no. Deja eso ya. La mujer en la casa. No hay más na' que hablar.

Acabaron de recoger. El tipo me extendió la mano amigablemente. Me apretó fuerte, sonrió y me dijo:

—Mira, los padres de ésta viven..., ¿tú ves aquel local que está allá, que dice cafetería Vista Mar?

Era un edificio en ruinas, a cien metros de nosotros. De una planta. Parecía abandonado, aunque alguna vez fue una cafetería. Aún tenía el letrero pintado en la fachada.

—Sí, lo veo.

—Allí viven los padres de ésta. Lléguese por allí y nos damos un trago. Nojotro vamo a estar ahí hasta mañana o pasado.

Se fueron. Los seguí con la vista hasta aquel edificio. Después nadé un poco más, tomé ron, hojeé el libro sobre la trata de esclavos. Soy incapaz de leer un libro de novecientas páginas. Hablé con Julia de tonterías cotidianas. A eso de las dos de la tarde recogimos y nos fuimos.

Salimos caminando por la arena. Julia quería salir directamente a la calle, coger la ruta 400 y regresar a La Habana. Pero me tentaba ver de nuevo a la mujer. Era muy excitante aquella pelambrera negra y rizada en la entrepierna. Imaginaba el olor que habría allí y me empezaba una erección.

—Vamos a pasar por la cafetería, a saludar a esa gente.

—¿Para qué? ¡No, hombre, no!

—Para nada. Por curiosear.

—¿De cuándo para acá tú eres tan curioso?

—El tipo fue boxeador. Es interesante. Nada más que para saludar.

Nos acercamos a la cafetería. Es un local amplio, cerrado. En las ventanas tiene rejas oxidadas por el salitre, al frente, sobre la arena, hay mucha basura

y tres o cuatro cocoteros. Hace años que lo abandonaron. Es el colmo de la mugre. No parece que alguien pueda vivir allí. Julia me dice:

—Verdad que tú...

—Ven, chica, ven. No seas tan fina.

—Tú no tienes remedio.

—Ven.

—No. Te espero aquí. Apúrate.

Sale caminando hacia la orilla del agua. Es microbióloga. Ve bacterias, microbios, virus y bacilos por todas partes. Yo tengo una visión poética del mundo. Jamás he mirado a través de un microscopio o de un telescopio. Me puedo aterrar mucho más.

Me acerco a la puerta de la cafetería. No tiene cerradura. Dentro está oscuro. Meto la cabeza. Intento mirar. Hay peste a ratón muerto. El local es grandísimo, húmedo, cerrado y tenebroso. En el centro hay un charco de agua podrida. A la izquierda, encima de unos camastros y unas colchonetas, están los tres niños y Eliades. Duermen. Una vieja sucia está sentada en un cajón de madera, recostada en la pared, al fondo. Me mira y no dice nada. Se queda imperturbable. La saludo:

—Buenas tardes.

Me ignora.

—Yo quería ver a Eliades.

Quizás es sorda. Sigue mirando al frente. No habla. Llamo a Eliades:

—¡Eliades, oye, Eliades!

Duerme profundamente. Voy hasta él. Cuando entro aumenta la peste a ratón muerto. El agua podrida está hedionda también. Contengo un poco la respiración. Sacudo a Eliades y lo llamo. Abre los ojos poco a poco. Me reconoce. Se incorpora. De lejos parecía que dormía sobre una colchoneta tirada en el piso. No. Son unos cartones mugrientos. Se restriega los ojos y me sonríe:

—Dime, compadre. ¿Qué tal? Yo pensé que no ibas a venir y me tomé esto completo.

Señala una botella vacía en el piso. Tiene los ojos vidriosos.

—Hiciste bien. Me demoré mucho.

—¿Qué hora es?

—Casi las tres.

—¿De la tarde?

—Sí.

Mira a su alrededor, buscando.

—Y ésta sigue perdida. Siempre es lo mismo.

—¿Esa señora es la madre de ella?

—Sí, pero esa vieja está quimba. Y el viejo también. Debe andar por ahí afuera. Siempre está pidiendo moneditas a los turistas. Y viven de eso, pa' que tú veas, jajajá.

—¿Ella no habla?

—A veces, según cómo tenga el día. Los dos están quimbaos.

Un hombre muy viejo y harapiento entró en ese momento. Era una ruina. Al parecer no se bañaba ni cambiaba de ropa hacía años. Se acercó a nosotros, extendió la mano abierta para pedirnos monedas, y nos dijo:

—¿Tú has visto a Nelson, el paleta?

—¿Eh? —pregunté.

—¿Tú has visto a Nelson, el paleta?

Eliades intervino:

—Ya, viejo, ya. No tenemos monedas y no jodas. Vete pal carajo. Ven, compadre, vamos pa' fuera.

Salimos. Nos paramos debajo de los cocoteros. Eliades miró hacia la gente en la playa. Pensé que debía comprar un poco de ron y sentarnos allí a beber y hablar. Pero Julia caminaba despacio por la orilla, esperándome. Eliades le dio un golpe con el puño cerrado al tronco del cocotero:

—Por eso no me gusta venir aquí. Siempre hace lo mismo.

—¿Qué cosa?

—Esta se da unas perdías del carajo.

—¿Tu mujer?

—¿Viste que nos fuimos temprano de la playa?

—Sí.

—Vinimos pa' cá y no hizo el almuerzo para los niños. Se vistió y me dijo: «Vengo enseguida. Voy a casa de una amiga. No dejes solos a los niños, cuídalos». Y se perdió.

—Ya debe estar al regresar.

—¡Qué va! Regresa mañana o pasado. Ya para irnos pa' la casa.

—¡Coñó!

—No es fácil. Esta mujer no es fácil.

Yo seguía percibiendo la peste a ratón muerto.

—No me gusta venir aquí. En Bauta está más tranquila. Verdad que me voy a trabajar de madrugada y regreso por la noche. No sé qué hace, pero me parece que está más tranquila.

Nos quedamos en silencio un momento. Lo sentí ansioso. Recordé algunos momentos, años atrás, y me transmitió su ansiedad. Sentí un ataque de desasosiego.

—Eliades, tengo que irme.

—No, chico, no. Aquí cerca venden uarfarina. Yo tengo cinco pesos. ¿Tú tomas uarfa o le metes al ron na' ma'?

—Yo le entro a todo.

—Espérate, voy a buscar una botella.

—No, no. Aguanta. Es que tengo turno para el dentista a las cinco. Y ya son las tres.

—Ah, carajo.

Llamé a Julia con un silbido. Miró hacia mí y le hice un gesto. Se acercó. Eliades insistió:

—Hazme la media un rato, compadre.

—No, mi hermano, voy echando. Se me hace tarde.

—¿Vienen mañana?

—No sé. Tal vez.

—Vengan mañana.

Me apretó la mano fuertemente. Un gran tipo. Tenía mucha fuerza. La ansiedad había pasado. Ahora yo tenía un sentimiento extraño. Un poco triste. Me hizo mal recordar con tanta intensidad. Le estrechó la mano a Julia, sonriendo, y repitió:

—Vengan mañana. No dejen de venir.

Salimos a la calle. Julia me dijo:

—¡Qué salvaje es ese hombre! No sabe ni saludar a una mujer.

—¿Por qué?

—Me duele la mano. Apretó como si yo fuera un hombre.

Llegamos a la parada de la 400 y preguntamos por el último. Sólo tres personas esperaban. Seguro que podíamos regresar a La Habana sentados tranquilamente.

---

## SOSIEGO, PAZ, SERENIDAD

---

Yo escuchaba el *Messiah*, de Haendel. Eran las seis de la tarde y necesitaba sosegar un poco mi espíritu. La noche antes había tenido una gran bronca con mi mujer. Unos amigos nos invitaron a cenar. Llegamos, bebimos, conversamos. Lo usual. Éramos unas diez personas. Bebimos fuerte. Al fin pusieron la comida en la mesa. Y yo, muy gentil, serví un plato para Julia. Se lo alcancé y me fui a la cocina a seguir bebiendo y conversando. Un mulato con una cara muy extraña —parecía un tiburón sonriente— ayudaba a servir. Fregaba platos y vasos, preparaba los tragos. No salía de la cocina, pero era muy eficiente. No bebía. Sólo trabajaba. La dueña de la casa en sus años mozos fue una *vedette* famosa. Creo que esa palabra ya no se usa. O el concepto está fuera de moda. No sé. Fue *vedette*. Esas mujeres tan seductoras y brillantes siempre tienen a su alrededor una corte de mariconcitos encantadores que las admiran-respetan-envidian-adoran. Y además se alimentan con los efluvios hipnotizadores de la diva. El mulato era uno de esos mariconcitos. La ayudaba con amor y devoción. Así impedía que ella ensuciara sus manos. Hablando con el tipo descubro que somos vecinos. Vivimos a dos cuadras, en Centro Habana. Y no sé cómo empezamos a hablar de santería. «Tú eres hijo de Changó, pero tu madre es Ochún», me dijo. Y por ahí seguimos hablando. Teníamos cosas en común. Había buena química entre el tiburón-gay y yo. Él fregaba platos y yo bebía ron. Entonces me dijo que trabajaba en un hospital.

—Pero tengo mucho tiempo libre y vengo a ayudar a La Estrella.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—El tiempo libre.



—Trabajo veinticuatro horas y descanso tres días.

—¿Qué haces en el hospital?

—Pico muertos.

—¡Cojones!

—Jajajá, ¿te da miedo?

—Sí, uhhh.

—Todos los hijos de Changó son como niños. Se hacen los machitos y los mujeriegos, pero le tienen miedo a los muertos, a los cementerios, al monte, a la noche. Todo les da miedo.

Enseguida quise que me contara algo de su oficio. Mi pasatiempo preferido es chupar sangre ajena. El tipo llevaba seis años en la morgue del hospital. Vi ante mí un manantial de vida y muerte, mezclándose de un modo terrible y alucinante. Se lo dije. Y se entusiasmó. Quería empezar a contarle todo allí mismo:

—¡Ay mi niño, cómo no! ¿Vas a hacer un libro conmigo? ¿Yo de estrella? ¿Yo bajo las luces, en el escenario, con lentejuelas? Jajajajá... ¿Mi foto en la portada del libro?

—No, no. Cálmate. Quizás es sólo para un cuento. Muy corto.

—No importa. Sería un monólogo mío. Sin más personajes. Yo y una muerta joven y bonita, que voy descuartizando poco a poco, jajajá. Te lo puedo decir todo. Pero me pones a mí, con mi nombre y apellidos. ¡Perrísimo! Nada de seudónimos. Yo, immortalizado en la eternidad, para que me griten en el Coppelia: «¡Perra, perra!».

En fin, yo en la cocina, trabajando. Hacía unos días había terminado una novela terrible. Una animalada tropical que me dejó agotado, nervioso, totalmente insomne, con remordimientos y cargos de conciencia. «Con los nervios de punta», según mi mujer. Dicen que escribir ayuda a comprender los problemas. Conmigo funciona a la inversa: cada día estoy más confundido.

Quería estar un año pintando hasta que me repusiera un poco. Y resulta que, aún convaleciente de la novela, aparece ante mí un tipo como El Picamuertos. Ese sería el título. Ah, carajo, éste es un oficio agónico. No dejaría escapar a este tipo. Ya me veía con la capa negra, los colmillos creciendo y chupando de la yugular. En eso llegó mi mujer, con su plato en la

mano, intacto, me lo puso delante, bruscamente, y me dijo:

—Eso te lo comes tú porque yo no lo quiero.

Me dio la espalda y regresó a la sala. El Picamuertos, discretamente, siguió fregando vasos y preparando cuba libres y mojitos, como si no hubiera escuchado nada. Agarré el plato. Contuve el deseo de romperlo contra el piso, agarrarla a ella por el pescuezo, bajar las escaleras y salir a la calle para poder gritarnos cuatro verdades. Respiré hondo y me dije: «No, nene, calma, no seas tan imbécil. No hagas un escándalo. Al menos no delante de la gente». Entonces agarré el plato y me lo comí todo. Arroz blanco, frijoles negros y langosta enchilada. Delicioso. El Pica-muertos me miró de reojo y me preguntó:

—¿Quieres una cerveza para acompañar la cena?

—Sigo con el ron.

Cuando terminé preparé un gran vaso de ron con hielo. Di fuego a un tabaco grande y oloroso. El tabaco y el ron siempre ayudan a la filosofía. Le dije al Picamuertos que ya nos veríamos en momentos de mayor lucidez y me fui a la sala. Todos platicaban como locos. Había mucha gente de cine y hablaban de los últimos Osear. Entusiasmados. Yo también hablé un poco, aunque no sé nada de los Osear. No importa. Al fin nos fuimos. Quizás era de madrugada. Una vez en la calle, le pregunté delicadamente a mi mujercita:

—¿Se puede saber qué cojones te pasó?

—¡No te hagas el inocente, hazme el favor!

—¿Qué hice? O ¿qué no hice?

Por ahí subimos el tono.

—Me serviste un plato enorme de arroz con frijoles, como para una puerca. Me lo tiraste delante y te perdiste.

—Arroz, frijoles y langosta. Era lo que había, Julia.

—No, señor. Había unas ensaladas exquisitas y...

—¿Y por qué no te serviste tú?

—Tenías que hacer como el hombre que estaba a mi lado. Que fue un caballero con su mujer...

—No vi ensaladas en la mesa.

—Porque estabas borracho.

—Tú eras la borracha. Y ahora lo estás más aún.

—Sí, claro que estoy borracha. Y con tremenda hambre.

—¿No comiste?

—No. La gente le fue arriba a la comida y todo se acabó enseguida.

—Jajajá. Me alegro. Por payasa. Y por hacerte la gran señorona, con el esposo elegante. Y encima bebiste como un camionero. Ahora ni ves por dónde caminas.

—Tú estás más borracho que yo.

Seguimos discutiendo y gritando. Ahora parece cómico. Pero no era cómico. Era muy serio. Y muy destructivo. Y nos hacía perder un poco más de ternura. Nos gritamos y nos ofendimos. Ella salió caminando aprisa y se me adelantó. La llamé. No me hizo caso. Dobló por la primera esquina. Yo seguí recto, hacia Malecón. Llegué a la casa un par de horas después. Ella dormía. Caí en la cama como una piedra. No la sentí cuando se levantó y se fue a trabajar. Tiene un trabajo de miseria: veinticinco dólares al mes por vender *pizzas* de lunes a sábado. Sale de la casa a las siete de la mañana. Regresa a las ocho de la noche, con olor en el pelo a humo, queso rancio y grasa de cocina. Generalmente llega irritada, con más arrugas en la cara que de costumbre, y hablando mal del gobierno, del transporte público que es un desastre, de los vecinos que se cagan en la escalera y de lo mal que está todo y de lo mucho peor que se va a poner porque el futuro es negro. No tiene seguridad social, ni vacaciones pagadas, ni derecho a jubilación, ni sindicato ni nada. Por ahí sigue, y me contamina.

Pues yo escuchaba a Haendel. Quería olvidar la crisis y los problemas de los países pobres y los políticos que hablan y prometen que estaremos bien en el futuro. También intentaba olvidar la bronca absurda con Julia. Al parecer, Haendel y El Picamueños eran los más ecuanímenes y sosegados en todo este lío. Entonces recordé que unos días atrás mi mujer me había dicho: «Cada día estás peor. Te veo convertido en un viejo sucio, solitario y alcohólico, escribiendo todas esas amarguras. Conmigo no cuentes. Cualquier día recojo y me voy, no puedo seguir con esta tragedia».

Después del *affaire* con Silvia tuve muchísimo sexo. De todo. Era algo compulsivo e incontrolable. Sólo puedo escribir una pequeñísima parte de lo que realmente sucedió. Cuando apareció Julia supuse que podría serenar mi espíritu de por vida. Y nos casamos. Error. A mi lado, en unos cuatro años,

trasmutó de una mujer dulce y lenta en una mujer vertiginosa y corrosiva. El matrimonio lo destruye todo. O yo lo destruyo todo. No sé.

En ese momento sonó el teléfono. Bajé un poco el volumen. El *Messiah* pasó a tercer plano, y contesté. Iris. Una vieja amiga. Le apasionan los golpes de efecto y me dice de sopetón: «Hoy es un día triste. Tu amiga está muy triste». No sé qué responder. Ella continúa: «Y escribí un poema muy triste. ¿Tienes tres minutos para mí?». Y lee: «La mujer triste cerró los ojos. Está cansada. Su cuerpo gordo y pesado quiere reposar». Y por ahí sigue. Es un poema intenso, largo y depresivo. Al final le digo que está bien y que debe preparar un pequeño libro. A veces escribe buenas cosas, pero siempre repite: «Yo soy una intelectual, yo soy una intelectual, pero mi marido no me comprende, me disminuye». En realidad es una simple ama de casa y esposa que se ha leído unos cuantos libros y a veces escribe algo ingenioso. Eso es todo. Pero el delirio de grandeza la destruye. Es Leo. Napoleónica. Me pregunta qué hago. Invento lo primero que se me ocurre:

—Estoy pintando un tanque.

—¿Un tanque de guerra? ¿Es un cuadro?

—No. Un tanque para agua. Lo estoy esmerilando un poco para pintarlo con esmalte.

—Ah.

No le voy a decir que estoy ansioso y desequilibrado y que escucho a Haendel. Es la verdad, pero suena pesado. Nos despedimos. Sigo con el *Messiah*. Cinco minutos. De nuevo el teléfono. Haymé. Es una negra muy linda. Bueno, no tanto. Para mí es linda. Delgada y alta. Se ríe siempre, por todo. Excesivamente pragmática. Fuimos vecinos y tuvimos una relación erótica durante dos o tres años. Ella quería algo más serio. Siempre quieren algo más serio. Yo no. Y menos con Haymé. No me gusta estar cerca de gente demasiado pragmática. Una mujer así me pateó el culo bastante duro. Antes que Silvia. Ya es suficiente. Haymé se mudó a otro barrio. Tiene un romance con un tipo muy blanco. Viven juntos y acaba de parir un niño. El tipo es el padre sin dudas, porque Haymé es muy negra y el niño mulato claro, con el pelo lacio. Se llama Yonismí. Ya tiene dos meses.

—¿De dónde sacaste ese nombre?

—De un serial de televisión.

—¿Qué serial?

—Era americano, de policías.

—¿Sería Johnny Smith?

—Sí. Eso. Yonismí.

—Ahh.

Seguimos hablando y la siento con deseos de guarachear. Nos vimos hace cuatro meses. Casualmente nos encontramos en la calle. Se veía lindísima con su barrigón grande, siete meses de embarazo, el ombligo marcado en la tela del vestido, los pechos hinchados, los labios muy gruesos, el culo duro, estentóreo, tan estrepitoso como la barriga. Le propuse tomarle unas fotos desnuda. Se entusiasmó:

—¿De verdad que estoy tan bonita?

—Bellísima. Pareces una reina africana.

—Oh.

Finalmente nunca pudo subir las escaleras de mi casa porque tuvo complicaciones. El bebé quería nacer antes de tiempo. En su casa era imposible hacer las fotos. El marido es mecánico y tiene el taller al lado. Finalmente no nos vimos más y parió. Ahora reaparece.

—¿Cuándo nos vemos, Haymé?

—Cuando tú quieras. Estoy cerca de ti.

—¿Dónde estás?

—En casa de mi madre.

—En cinco minutos estoy ahí. Espérame en la puerta.

La madre vive a una cuadra de mi casa. Me puse conquistador, con una camiseta roja sin mangas y una gorra de pelotero. Llegué en dos minutos. Me hice ideas. Muchas veces templamos en la sala de aquella casa. Nos gustaba mucho una silla que yo apoyaba contra la pared. Ella se sentaba sobre mí, a horcajadas. Tiene las piernas muy largas y en esa posición hacía maravillas. Inolvidable. Me llamaba cuando la madre se iba al trabajo y allá iba yo, como un bólido fórmula uno: raudo y veloz y con una erección fenomenal. Ahora Haymé me esperaba con el niño en brazos. Tiene los pechos enormes, redondos, tentadores. Hay mucha gente. La madre me mira hoscamente. Siempre lo hizo. Yo soy blanco y le llevo unos quince años a su niña. Es una negra vieja racista, la muy cabrona. Una vez me lo dijo: «Me molestan

mucho los blanquitos que se hacen los chulos». Yo le contesté: «Yo no me hago, señora. Yo siempre he sido chulo. Me gusta que las mujeres me mantengan». Ella me dijo: «Blanquito y grosero, jummm». Desde ese día no nos saludamos. No nos resistimos. Ahora la buena señora pasa un par de veces junto a nosotros y no nos miramos, por supuesto. Seguramente piensa que yo reaparezco en escena en el momento equivocado. Yo hago como si pasara casualmente frente a la casa y ¡oh, qué sorpresa, Haymé y el Johnny Smith! Me dice que cada teta produce dos o tres litros de leche diarios y le duelen cuando el niño chupa, y el Yonismí siempre está chupando. Me cuenta detalladamente toda la historia del parto y que dentro de unos días cumplirá treinta y seis años y ya se siente vieja para tener un bebé. El niño está inquieto, llora un poquito. Ella desabotona la blusa, saca una teta y lo pone a mamar. La miro golosamente.

—Quedaste muy linda después del parto.

—Esas son tus cosas..., mi marido no me ha dicho eso.

—Debí traer unas flores y no venir con las manos vacías.

—Ya..., yaaaaa..., no me compliques la vida. Ya se me está mojando, y te brinco pa'arriba y te entro a mordidas.

—Uhmhhh, qué rico.

—Este niño podría ser tuyo, cabrón.

—¿Yo te gusto todavía?

—Me vas a gustar siempre. Tú lo sabes.

—¿Cuándo nos vemos?

—La semana que viene. Mami puede cuidar el niño un par de horas.

Me quedo mirándola en silencio. Me dice:

—No me mires así, papi. Ya estoy mojadita hasta los muslos.

—Ah, carajo. Mira cómo estoy.

Le muestro por encima del pantalón. El material está hinchado y palpitando. Ufff. Ya. Cambiamos el tema. Me contó que además de su leche el niño bebe varias onzas de jugo de zanahoria cada día. No sé de qué más hablamos. Me controlé para no besarla y darle unos cuantos chupones en las tetas. La madre y otros parientes entraban y salían. Haymé era la ovejita negra de la familia y nadie quería que rompiera su matrimonio para enredarse con un blanquito chulo y cincuentón. Me despedí:

—¿Me llamas la semana que viene?

—El lunes o el martes. ¿Tú estás solo en tu casa?

—Todo el día, Haymé. Espero por ti.

Salí al Malecón. Caminé hacia el Vedado. En el cine La Rampa pasaban *Todo sobre mi madre*. Era una reposición después del Osear. Haymé me puso aún más ansioso. Quizás la película me hacía olvidar todo sobre mi vida. No había electricidad en el cine. Unas diez personas esperaban en el portal. Llegó un camión con cinco obreros vestidos de gris. Miraron hacia los cables, estudiaron unos transformadores, hablaron entre ellos. Al fin sacaron una escalera y unas varas largas y amarillas. Uno recostó la escalera a un poste. Subió. Con una vara alcanzó algo en el tope del poste. Empujó varias veces. Sonó una explosión fuerte en otro poste y un centellazo de luz azul acero corrió por los cables. Varias mujeres gritaron: «¡Ayyy!»». Seis o siete policías se acercaron al camión. Se les veía preocupados e inquietos. Las explosiones alteran el orden. Toda la zona quedó sin electricidad. Uno de los obreros dijo:

—¡Coñó, ahora sí se jodio esto!

Otro dijo:

—Es que los cables están muy viejos. ¡Esto es una mierda! ¡Así no hay quien trabaje!

Uno de ellos entró en el camión y habló por la radio:

—Oye, esto se complicó. Tienes que mandar... Yo me fui. No sé adonde. Me fui.

---

## COSAS DESAGRADABLES

---

Voy en una guagua atestada que avanza por Carlos III hacia el parque de La Fraternidad. Un domingo por la mañana debe de haber poca gente. Pues no. Hay mucha gente. Como siempre. No sé de dónde salen. Siempre en la calle.

Empujando y pidiendo permiso y empujando más, logro llegar al final del pasillo. Estoy en el escalón de la puerta trasera, listo para bajarme en la próxima parada. Hay un niño de seis o siete años junto a mí. Un muchachito limpio, vestido decente y pulcramente, con las mejillas sonrosadas por la buena alimentación. La madre lo agarra por los hombros. Puede sostenerse solo. Pero no. Ella lo sostiene. Es un ejemplar macho. Hay que protegerlo y ayudarlo para que llegue a ser alguien en la vida. Junto a la guagua pasa un carro de muertos. Todo encristalado. Transporta un ataúd. Pienso que el tipo murió en el Hospital de Emergencias, que está a doscientos metros de aquí. Ahora lo llevan a la funeraria para el velorio. Por alguna razón de tráfico, el carro se mantiene a la misma velocidad que la guagua, y marcha junto a nosotros. El niño lo mira y le pregunta a la madre:

—Mami, dentro de esa caja llevan un muerto, ¿verdad?

Ella le responde en voz muy baja:

—Shhh, mira pa' otro lado. Siempre estás con esas cosas.

—Pero ahí es donde los guardan.

—Sí. Ya.

La madre le vira la cabeza con las manos y lo obliga a mirar a la derecha. Ahí estoy yo, simplemente. En cuanto la madre le suelta la cabeza, el niño vuelve a mirar al carro de muertos. Insiste:

—¿Y por qué los guardan dentro de la caja?

—¡Ya! Mira pa' otro lado te dije.



—¿Por qué?

—Porque no se habla de cosas desagradables. El niño se queda en silencio un instante. Nos miramos y le pregunto en voz baja:

—¿Te gustan los muertos?

—Sí. ¿A usted también?

—A veces. No siempre.

Hablamos cuchicheando, pero la madre nos oye. Se mantiene alerta. Protege a su cachorro en la peligrosa jungla. Y salta como una fiera:

—Oiga, señor, ¿cómo le va a decir eso al niño?

La miro en silencio. Mantengo la norma de no discutir con mujeres. Son muy tramposas y siempre pierdo. Soy racional, lógico y paciente cuando discuto. Ellas son irracionales, ilógicas e impacientes. Me confunden rápidamente y no sé qué decir. Ahora no abro la boca, pero de todos modos me repite:

—¿Usted no me oye? ¿Pa' qué le dice esas barbaridades al niño?

Hago como si no fuera conmigo y sigo mirando a la calle. Es un poco chusma y buscapleitos. Debe de ser de mi barrio. Y sigue:

—No les hables a los extraños, niño. ¿Cuántas veces te lo voy a decir? ¡Locos y borrachos y mierda es lo único que hay en la calle! ¡Ya no quedan personas decentes en este país!

El niño sigue mirando el carro de muertos que marcha junto a nosotros. La guagua se detiene en la parada de Carlos III y Belascoaín. Se abre la puerta y me bajo.

---

## EL TESORO DE LA REPÚBLICA

---

Ada me llamó desde la casa de una amiga y habló rápidamente, como siempre. Me dijo que su amiga alquila una habitación a turistas y paga una comisión de cinco dólares al día si le busco clientes. Okey, me conviene. Ya lo hago para otras dos personas.

—Se llama Berta. Espérate, habla con ella.

Pasó el teléfono a Berta. Me explicó todos los detalles. Elogió muchísimo la habitación. Al final me dijo:

—Cobro treinta y cinco dólares al día y no hago rebajas, porque lo que ofrezco es una panetela, ¿verdad?

—Sí, claro. Haces bien.

Y me pasó de nuevo a Ada. Hace años fuimos..., no fuimos nada. Más bien tuvimos una relación sexual que duró años y de algún modo se degradó un poco, no recuerdo por qué. Al final quedamos como amigos. Al parecer Ada confía mucho en mí. Me llama con frecuencia, habla media hora de todos sus problemas personales. Alocadamente. Habla velozmente, hilvana un tema con otro, al final pregunta por mis hijos, yo le digo que están bien y ella me dice:

—Oh, qué rápido pasa el tiempo. ¿Y están grandísimos, entonces?

Nunca le confío nada mío. Es demasiado parlanchina y la gente así enreda las cosas. Esta vez recuerda los tiempos en que ambos éramos solteros, delgados, despreocupados, y teníamos un sexo desenfrenado en cualquier lugar y a cualquier hora. Entonces me dice:

—Uf, pero ahora estoy muy gorda. Parezco una vaca, jajajaja. ¿Y tú? ¿Estás gordo?

Yo fui gordo de niño. Detesto a los gordos, la atmósfera que rodea a los

gordos, los motivos que llevan a uno a ponerse gordo, detesto el carácter y la personalidad de los gordos. Hasta la sonrisa de los gordos me molesta. Le digo:

—No, no. Normal. Hago ejercicio.

—Ah, qué bien. Tienes tiempo para hacer ejercicio.

Por ahí sigue hablando alocadamente. Conecta un tema con el otro. Varias veces me dice que se despide, pero no. Sigue hablando. Siempre he pensado que está crazy. Hace años que no nos vemos. Sólo hablamos por teléfono. Cuando me llamó, yo escuchaba la sinfonía número dos de Brahms. Tuve que bajar el volumen para hablar con Ada. Va por el Adagio y ella sigue sin cesar. Me molesta mucho y no le presto atención. Me recuerda a mi madre, que desde niña necesita hablar estupideces desde que se levanta hasta que se acuesta. En cuanto se calla, entra en una melancolía depresiva terrible. Supongo que está incapacitada para pensar positivamente. Sólo piensa en negativo. Ada debe de ser un caso similar. Necesito un pretexto para colgar. Entonces me dice:

—Oye, ¿estás ahí?, ¿me oyes?

—Sí, sí.

—Ah. Te decía que el matrimonio siempre es una jodienda. Mira, Berta me comentaba que no siente nada con su marido. Dice que él la toca y es como si la tocara un niño, jajajá. Dice que tu voz es muy bonita. Vas a tener que venir por aquí para que se conozcan. Yo los presento, jajajá. Ella se mantiene bien, jajajá.

—Ada, Ada, tranquila. Oye, estoy esperando una llamada y...

—Sí, sí. Te dejo que ya hablamos mucho. Llámame. Siempre esperas a que te llame. Sigues siendo el mismo huevón. Chau.

Colgó. Subí un poco el volumen a Brahms. Comienza el Allegro final. Cerré los ojos y escuché un rato. Sentí una punzada en la muela. Pequeño dolor pero prolongado y profundo. Tengo miedo al dentista y me cuesta decidirme. Estoy concentrado en el dolor. Intento apaciguarlo relajándome con Brahms. ¿Por qué no? Pongo toda mi concentración en la música y de pronto, un gran estruendo. El piso se estremece. Están demoliendo un viejo edificio junto al mío. Quieren limpiar un poco el Malecón. Salgo a la terraza a mirar. Acaban de derribar una pared. Era un edificio de tres pisos,

abandonado hace años y habitado furtivamente por decenas de personas. Entraban clandestinamente y se asentaban. No sé dónde los metieron ni cómo los sacaron. Nadie vio nada. Quizás lo hicieron de madrugada. Ahora lo demuelen apresuradamente entre ocho o diez jóvenes. Casi todos negros. Parecen hormigas. Trepan, escalan, dan mandarria, sacan ladrillos y los limpian para venderlos a peso cada uno. Han vendido miles de ladrillos. Hacen equilibrios y saltan de una viga a otra, entre nubes de polvo, mientras los trozos de muro caen al suelo. Me parece que siempre están a punto de caerse. Deben de ser orientales. Los habaneros son demasiado picaros para arriesgarse así por unos pesos.

La vecina viene hasta mí con una taza de café. Es una vieja solitaria de casi ochenta años. Nuestras terrazas están separadas por un muro muy bajo y unas jardineras de cemento con algunas plantas. Es una frontera simbólica. Nos llevamos bien. Ella cuenta conmigo para que avise a su familia cuando muera: «Menos a mi hija, avisas a todos. A mis dos hermanos y a mi hermana. ¡A mi hija no!».

Se peleó con su hija y con las tres nietas hace años. Yo tengo los números de teléfono de todos. Siempre le digo:

—Despreocúpate. No pienses en eso. Es malo pensar en la muerte.

Pero ella sabe, o presiente, que sí voy a avisar a su hija y a sus nietas en cuanto la vea estirando la pata y enfriándose. Cada día habla más de la muerte y de espíritus que se le aparecen. Quiere que le hagan la autopsia. Tiene terror a que la entierren viva. Me cuenta infinidad de casos, con nombres y apellidos y fechas, de gente enterrada viva y que después encontraron el esqueleto virado boca abajo dentro del ataúd.

—Si tú quieres te pueden incinerar.

—Sí, pero tengo que ir al cementerio para firmar el contrato y pagar treinta pesos por adelantado.

—¡Qué informada estás! No sabía eso.

—Es así. Pero ya no puedo ir al cementerio. Es muy lejos y el ascensor roto. Qué va. No puedo.

El ascensor lleva años roto. Ocho pisos. Ella vive desde entonces como una monja en clausura. Esas son nuestras conversaciones últimamente. Y hablar mal del gobierno. Me analiza un tema cualquiera y siempre concluye

con premoniciones apocalípticas:

—Yo no lo voy a ver. A mí me queda poco, pero tú sí lo vas a ver. Esto va a terminar en una guerra en las calles.

Lo ve todo mal. A veces estamos una hora o más hablando de la muerte, los enfermos, lo mal que van las cosas, los viejos decrepitos con una jubilación de tres dólares mensuales, y de lo mala que es la soledad. ¡Cojones! Me contamina. Con cincuenta años debo evitar esos temas tan pesados. Ella tiene como ochenta años. Que se joda ella sola, pero que no me joda a mí. Le tiene miedo a todo: a la muerte, a la soledad, a los truenos secos. A veces por las tardes se oyen truenos secos, las tormentas eléctricas se forman sobre el mar pero no llegan a tierra. Ella se aterrera. Cree que un rayo va a destruir su casa y se quedará en la calle. Entonces desbarra porque no hay seguridad social ni hay nada. Todos los días encuentra nuevos motivos para sentir miedo. A veces creo que es un vicio. La pobreza y el desaliento la llevan a buscar el miedo cada día. Y lo encuentra. Terrible llegar a viejo decrepito y pobre. Quizás viejo decrepito con dinero sea un poco mejor. No sé.

Tomo el café. Sabe a cucaracha. Seguramente tiene huevos de cucarachas en la lata del azúcar. No limpia jamás y vive en la cochambre. No le alcanza la jubilación y pasa hambre. Parece que tiene anemia porque es un saco de huesos y pellejos. Todo eso la lleva a un estado depresivo permanente. Y por tanto no limpia ni hace nada. En fin, un círculo vicioso del que no puede salir.

—Bueno, voy a dar una vuelta —le digo.

—Parece que va a llover, Cierra bien las ventanas —me aconseja.

El día esta nublado, feo, plumizo, húmedo. Un día de verano muy pesado. La atmósfera se carga de estática positiva. Me siento cansado, se me quitan hasta los deseos de caminar. Y no llueve. Es como estar embutido dentro de una olla a presión.

De todos modos, escucho el consejo y cierro bien las ventanas. Me tomo una aspirina, bajo las escaleras, camino unas pocas cuerdas y subo por Belascoáin. Me gustan los bares cochambrosos que hay en esa calle. Siempre hay mucha gente: vendedores callejeros, vagos, puticas muy jóvenes y baratas, viejas gordas buscando sexo. Esas son gratis, pero dan asco. Viejos

sucios, mendigos pidiendo, inválidos, ciegos y sordomudos que venden chucherías, viejas locas, viejos borrachos. En fin, se reúne mucha gente cochambrosa y mugrienta. Hay decenas de solares en los alrededores y los negros y las negras caminan por ahí, sin rumbo, a ver qué sucede. Nunca sucede nada. Ellos siguen caminando, a ver qué sucede.

En Belascoaín, entre Animas y Virtudes, entro en un bar que se llama Cafetería Las Delicias. El nombre está pintado con unas letras grandes, amarillas y deformes, sobre la pared azul añil. Al lado dibujaron algo supuestamente erótico: una mujer en bikini, en una playa, debajo de un cocotero. Parece el dibujo de un párvulo. En realidad debía decir: Bar Las Delicias. Sólo venden ron barato, cigarros y tabacos. A veces tienen cervezas frías y algo ligero de comer: croquetas.

Me gusta ese bar. Quizás porque es pequeño. Tiene una barra de unos tres metros de largo, con cinco banquetas atornilladas al piso. No giran. Atiende un solo empleado. Es un tipo muy delgado, siempre de pie. Atiende rápido y bien, así que, aparte del salario de miseria, debe de sacar una buena tajada. Le pido un doble de ron. Me sirve y lo pruebo. Ugh, alcohol puro. No creo que sea ron. Debe de ser uarfarina de cualquier alambique clandestino. Compró un tabaco y lo enciendo. Sentado en la última banqueta, me recuesto en la pared de tal modo que domino la entrada al bar y un trozo de la calle. Son dos puertas amplias, siempre abiertas.

Exactamente al frente, cruzando la calle, está la entrada a los sótanos del tesoro nacional. A veces rodean toda la zona con unos soldados vestidos de negro, con ametralladoras. Desvían el tráfico. Impiden el paso. Atraviesan camiones enormes en medio de la calle y cargan o descargan cajas de madera muy pesadas. Colocan soldados hasta en las azoteas y apuntan hacia todas partes con las ametralladoras. Me recuerda *Blade Runner*, pero se les nota que tiemblan de miedo.

Un tipo de la policía me dijo que había entrado allí. Es un edificio enorme que fue diseñado y construido para sede del banco nacional. No sé qué sucedió en aquella época. Finalmente jamás estuvo allí el banco. Es un hospital, pero en los sótanos están las arcas superseguras del tesoro. El tipo me dijo que bajó varios pisos por un ascensor, con infinidad de sistemas de control y vigilancia, hasta llegar a las bóvedas con los lingotes de oro y las

cajas de diamantes y piedras preciosas, además de millones de billetes de banco del mundo entero. Me imaginé todo eso y le pregunté:

—¿Como el tesoro de Alí Baba?

Y me preguntó:

—¿Quién es Alí Baba?

El tipo iba a trabajar allí como vigilante. Estuvo quince días a prueba, pero no resistió. Le daban ataques de claustrofobia y no lo aprobaron. Se traga dos botellas de ron diarias. Creo que ése fue su problema. Allá abajo no podía beber cada diez minutos.

El tipo me ha contado eso dos veces. Y los ojos le brillan. Supongo que a mí también. Pero es policía. Ninguno de los dos nos atrevemos a insinuar algo más. Habría que hacerlo en grande. Mafia de alto nivel. Con un yate veloz esperando cerca. Yo lo controlo todo. Cuando escapamos en el yate le meto un balazo en la cabeza a cada uno. Amarro unos bloques de cemento en los pies de cada cadáver, y adiós. Almuerzo para los tiburones. No me gustan los testigos.

Termino el trago. Pido otro doble. Sacudo la cabeza, chasqueo los dedos y me digo a mí mismo: «¡Ey, nene, despierta y no sueñes! ¡Regresa!». Pero enseguida me respondo: «¿Y por qué no? Quizás es imposible en gran escala, pero tiene que haber algún error que me permita sacar cinco o seis lingotes. Y ya. No hay que ser tan ambicioso. Sólo lo necesario». El problema es que nunca se sabe qué es lo necesario.

A mi lado hay una banqueta vacía. Las otras tres están ocupadas. Viene un tipo y se sienta. Es joven, delgado, muy serio, tiene la cara huesuda. De unos veinticinco años. Sus manos son enormes, fuertes, deformadas, con la piel y las uñas impregnadas de cal y cemento, igual que sus zapatos. Viste muy mal. Le acompaña una mulata de unos sesenta años o más. Con el pelo encanecido, sin embargo aún tiene un cuerpo delgado, flexible, con tetas pequeñas. Usa un *short-licra* amarillo, y se le marca un culo duro y atractivo. El tipo es un indio oriental típico, con el pelo muy negro y lacio. Muy macho. Demasiado consciente de su masculinidad para ser totalmente cierto. Generalmente son bisexuales, pero les lleva toda la vida aceptarlo. El se sienta y ella se queda de pie detrás de él. Se le pega por la espalda y lo acaricia. Muy melosa. El pide un doble de ron y una caja de cigarros. Ella

abre un pequeño monedero y le da un billete de diez pesos. El paga. Le alcanza el vaso. Ella apenas lo prueba y se lo devuelve. El lo traga de un golpe y se queda con los codos apoyados en la barra, muy serio, muy viril. Mira al frente, con cara de machito castigador. Y fuma. El cigarrillo casi se pierde entre sus manazas. Ella le acaricia el pelo y le dice:

—Vamos.

—No, todavía. Dame cinco pesos.

—Después salimos otra vez. Vamos.

—Dame cinco pesos ahora.

A la mujer le cambia el rostro en un segundo. Tenía una expresión dulce y apacible. De repente se encabrona, la cara se le llena con todas las arrugas de la vejez, y casi le grita, con autoridad total:

—¡Vá-mo-nos! ¿Tú no entiendes? ¿En qué idioma tengo que hablarte?

El indio se levantó y se fueron. Entonces me fijo mejor en la viejuca. De espaldas parece una muchacha joven. Buen cuerpo y buen culo. Muy espigada. Yo la conozco, pero no recuerdo de dónde, pienso un momento. Ah, sí. Ya. Vive en una habitación muy pequeña, frente a la panadería La Gloria. Tiene una perrita. Cuando voy a comprar el pan la veo con frecuencia, cuidando a la perrita para que mee y cague en la acera.

Hace días que no tengo sexo. La imaginación se me desboca. Un pas á trois sería buenísimo ahora. Me levanto y los sigo. Ahí van. Caminan discretamente uno al lado del otro. Sin tocarse. Bajan dos cuadras por Ánimas y entran en el cuarto de la vieja. Me detengo en la esquina a observar. Se ve bien lo que sucede dentro porque la puerta está abierta. Hay un viejo sentado viendo televisión. Debe de tener más de ochenta años. Puede ser su padre o su marido. Quién sabe. Tiene la vista fija en un viejo televisor ruso, en blanco y negro. Pasan desfiles por el Malecón, banderas, gente gritando, políticos, discursos, tribunas, vistas del Malecón desde un helicóptero. No puedo escuchar lo que dicen. Gritan algo. No sé. El viejo mira aquello fijamente. A su lado tiene dos muletas. Debe de estar medio paralítico y se traga todo lo que pasan por el televisor. Ya está muerto y no lo sabe. La vieja y el indio entran en la otra habitación. La puerta está cubierta con una cortina de tela floreada. El viejo sigue imperturbable, hipnotizado por las banderitas en el televisor. No se entera de nada más. Me recuesto en la



pared del frente y observo. Hay mucho calor y humedad y todos están en la calle. Música estridente que viene de todas partes, niños gritando, ruido, los contenedores de basura rebosantes de pudrición apestosa, las mujeres que gritan también. Me gustaría asomarme por la cortina floreada y mirar un poco, pajearme. Puedo acercarme y proponerles algo. Preguntarles si necesitan..., ¿qué? No sé. Algo. Ah, ya, veneno de cucaracha. ¿Quieren fumigar? Cruzo la calle. Es muy estrecha. Con dos zancadas estoy en la puerta y saludo al viejo:

—Buenas tardes. Ehh, oiga, señor, buenas tardes.

Lo toco por el hombro. Me mira un segundo y vuelve a las banderitas en el televisor. Lo saludo de nuevo:

—Buenas tardes. Estoy fumigando. ¿Quieren fumigar?

No me mira. Está hipnotizado. El televisor tiene el volumen cerrado por completo. No se oye nada. Sólo se ve gente que grita. Pienso entrar hasta la cortina y preguntar. No me atrevo. Seguro que están en la cama. En la gozadera. Si asomo la cabeza y les pregunto si quieren fumigar van a formar tremendo escándalo y no estoy para más líos con la policía. Ya es suficiente con lo que tengo. Ah, carajo. Pero yo la cazo. Voy a cazar a esa viejuca a partir de ahora y al final la seduzco. Le gustan chamacos, pero yo estoy todavía en el duro. Y después los convengo a los dos y seguimos con el pas á trois.

Salgo caminando hacia San Lázaro. Subo lentamente las escaleras hasta mi apartamento. Siempre hay algo que hacer. Registro entre los libros. Cada día me es más difícil encontrar algún libro interesante. En un rincón hay unos, bastante viejos, heredados de mi tío Agustín, que se fue a Miami cuando la rumba se calentó. Creo que a mediados de los sesenta. Me regaló tres cajas de libros y su máquina de escribir. Una Underwood de 1923. Si aún está vivo no se imagina que sigo escribiendo en esa maquinita. Los libros los guardé con mucha ilusión. Eran manuales sobre cómo hablar bien en público, cómo ganar más dinero e influir en los hombres de negocios, cómo mejorar la memoria, cómo tomar mejores fotos, cómo ganar amigos, cómo ser un campeón de billar, cómo fortalecer la fuerza de voluntad, etcétera.

Entre esos libros hay un tomo encuadernado del *National Geographic Magazine*. De 1953. Hay un buen reportaje: «Along the Yukon Trail». Leo

un párrafo cualquiera: «*Gold! Gold! Gold! Sixtyeight klondikers bring back a ton of gold!*».

¡Cojones! ¿Será una premonición? ¿Un aviso? Registrar en los libros que ni recordaba, abrir por una página cualquiera y lo primero que leo es Gold! Gold! Gold! Y hace unos minutos bebía ron a pocos metros de tantos lingotes de gold, gold, gold. Quizás tengo un aviso en mis manos. Hojeo un poco más el tomo. Tiene seis números de la revista. Encuentro dos hojas dobladas, mecanografiadas. Es la evaluación que hicieron de mí cuando terminé de estudiar en un politécnico, en 1970. Yo tenía veinte años. Es una larga evaluación. Al final resume en pocas líneas:

*Conclusiones: Demuestra responsabilidad y buenos resultados en el estudio y el trabajo. Es entusiasta ante las tareas que se le asignan y las cumple en tiempo y forma. Demuestra sentido de compañerismo, aunque con frecuencia demuestra expresiones de autosuficiencia y de individualismo. También demuestra continuas indisciplinas en lo relativo a la vida militar y la preparación combativa. Y demuestra falta de interés en estas actividades. En sus expresiones demuestra falta de maduración política. Demuestra problemas ideológicos serios ya que rechazó en tres ocasiones ingresar en la organización de la juventud comunista. Se recomienda trabajar con él porque demuestra condiciones para el futuro, pero no se recomienda para cargos de dirección o responsabilidad de ningún tipo. Hay que dirigirlo hacia una formación dentro de una moral acorde con el momento histórico que vive nuestro país.*

Unos meses después empecé a trabajar en una empresa constructora. No sabía que arrastraba esa bola negra. Los expedientes laborales eran secretos y los guardaban bajo siete llaves. Pasaron dos años. Yo trabajaba en la construcción de unos muelles gigantes para grandes buques, y no entendía por qué los jefes me trataban con hosquedad excesiva. Me hacían sentirme como si yo fuera un agente de la CÍA infiltrado en las filas victoriosas de los proletarios. Por suerte siempre he tenido un refugio a prueba de balas: me encierro dentro de mí mismo, como una ostra, e intento fabricar perlas. De ese modo olvido todo lo demás.

El dibujante técnico estaba enamorado de mí. Yo le gustaba y se insinuaba. Tenía que mantenerlo a raya. Me sucede con frecuencia. Entonces me dijo un día:

—Tengo un amigo en la oficina de personal y te quiere ayudar.

—¿Ayudarme?

—Para sacar tu evaluación del expediente.

—¿Cuál evaluación?

—La del politécnico.

—No sabía que existía una evaluación sobre mí.

—Es secreta. Lo que te pusieron es para aplastarte como a una cucaracha.

Ese día a la hora del almuerzo, cuando todos estaban en el comedor, entramos en la oficina de personal. El amigo del dibujante había dejado la puerta abierta. El archivo de los expedientes también estaba abierto. Buscamos y encontramos el mío. Arranqué con cuidado las dos hojas del informe. Lo pusimos todo bien. Guardé las hojas en mi bolsillo y nos fuimos a almorzar tranquilamente. El dibujante siguió insistiendo siempre. Escondí aquellas hojas en ese tomo del *National Geographic* e intenté olvidar.

Ahora hice lo mismo. Las volví a colocar allí y devolví el tomo a su sitio en el anaquel. Intento olvidar que siempre alguien controla, opina y decide sobre nuestras vidas. No es bueno recordar eso porque el tigre que llevo dentro se enfurece. Y es terrible. Puedo ponerme vengativo y salvaje. Puedo perder el control. Y en la jungla el que pierde el control perece. Nada de perder el control. Hay que ser astuto.

---

## EN EL MINUTO EXACTO

---

Tocaron a la puerta. Abrí. Había una mujer joven. Ni bonita ni fea. Atractiva. Con la piel muy blanca y el pelo muy negro. Usaba un vestido claro, ancho, vaporoso. Sin maquillajes, sin joyas, sin reloj. Sólo un bolso negro, pequeño y simple. El conjunto era sencillo y agradable. Se le podían calcular unos treinta años. Quizás veintiocho.

No saludó. Le faltaba el aire y sudaba. Normal. Hay que subir por las escaleras. Pensé que vendería algo. Esperé que se repusiera y me hablara. Percibí que no vendía nada. Tomó aire y, sonriendo levemente, me dijo:

—¿Puedo pasar?

Me quedé indeciso. De todos modos le dije:

—Sí. Adelante.

Entró con el mismo aire que adopta un viejo amigo, conocedor de la casa. Todavía transpiraba y respiraba fuerte. Se puso a mirar los cuadros de las paredes. Displícientemente. Como si estuviera en una galería de arte. Un poco fresca. Me molestó:

—Sal a la terraza. Hay buena brisa.

—No, gracias. Ya estoy bien.

Siguió mirando los cuadros. Me invadía con la mayor tranquilidad del mundo. Le pregunté:

—¿Nos conocemos?

—Yo a ti sí.

—¿Cómo es eso?

—Por tus libros.

—Ahh, ¿te has leído alguno?

—Todos.

Me miró sonriendo y vino a sentarse en una silla frente a mí. Teníamos la mesa de comer por el medio. Es una mesa barnizada, redonda, no muy

grande, pero de todos modos era un obstáculo interpuesto entre nosotros.

—¿Quieres agua?

—Sí. ¿Puedo fumar?

—Claro.

Le alcancé un cenicero. Pensé hacer café, pero me pareció un exceso. Bebió un sorbo de agua. Encendió el cigarro y me preguntó:

—¿Llevas mucho tiempo viviendo solo?

—No vivo solo.

—¿Tienes mujer?

—Sí.

—¿Hace años?

—Tres o cuatro.

—Pero en tus libros...

—Mis libros son mis libros y yo soy yo.

—Pero... estuviste un tiempo solo.

—Muchos años. No me gusta la soledad.

—A nadie le gusta.

—Depende. A veces es preferible estar solo. ¿Cómo te llamas?

—Jessica. —Qué bonito.

—En cubano.

—¿Cómo?

—Con Y. Con K. Con una sola S.

—No entiendo.

Sacó un bolígrafo y una pequeña agenda de su bolso. Lo escribió y me lo mostró:

—Yésika.

—Ah, un poco raro.

—Yo soy del campo. Para mis padres es así.

—¿Y qué haces, Yésika?

—¿Qué hago?

—¿A qué te dedicas?

—Estoy casada. Tengo dos hijas.

—Buen oficio.

—Jajaja.

—¿Vives en Cuba?

—¿Por qué?

—Por el acento. Pareces argentina. A modo de pausa botó el aire. Fuertemente, como quien suelta una carga pesada:

—Vivo en Milano. Hace siete años.

—Ahhh.

—Tus libros me los leí en italiano. Después en español. Ya hasta pienso en italiano.

—¿Te casaste con un italiano?

—Sí.

—¿Vives en la misma ciudad?

—No. En el campo, cerca de la ciudad.

Nos quedamos en silencio. Me da la impresión de que se distancia. Fuma y mira por la ventana que tiene al frente. Se ve un pedazo de cielo azul con nubes pequeñas y blancas. También se ven algunos edificios del Vedado y de Centro Habana. Parece que se queda flotando en el vacío y gana distancia y frialdad. Sin mirarme directamente me dice:

—Cuéntame de tu mujer. ¿Cómo se llama?

—Julia. No tengo nada que contar. O muy poco. No sé. Trabaja en una pizzería y cafetería de comidas rápidas. Pasa todo el día fuera. Regresa de noche. Ah, estuvo unos días en Milano. Hace cuatro años. Quizás estuvo cerca de tu casa.

—¿Contigo? ¿De visita?

—No. Es microbióloga. Tuvo un entrenamiento en aguas minerales. Pasó seis meses recorriendo manantiales y embotelladoras en Italia.

—Creo que en Milano no hay manantiales.

—Estuvo en la ciudad. En un curso sobre filtros especiales.

—¿Y ahora trabaja en una pizzería?

—Sí.

—No entiendo.

—La firma italiana pagaba dos mil dólares mensuales por su trabajo, pero la firma cubana se quedaba con todo, y le pagaban a ella once dólares mensuales. En la pizzería gana más.

—¿Qué tiempo lleva contigo?

—Ya te dije: tres o cuatro años.

—Debe ser una mujer feliz.

—¿Por qué?

—Me gustaría ser la mujer de un artista, de un poeta.

—Es muy difícil.

—¿Tú crees?

—Seguro.

—¿Por qué?

—Un artista siempre está a punto de volverse loco. Me miró en silencio, con un gesto de duda.

—¿A tú mujer le es difícil?

—Es una estoica.

—Pero te comprende.

—Uhhmm..., a veces sí..., no sé.

—¿No estás seguro?

—No hay nada que comprender. Además, nunca estoy seguro de nada. La duda es permanente. Para ella debe ser muy jodido.

—Tú eres un guerrero.

—Un artista. Los guerreros siempre ganan un botín en sus batallas. Los políticos, por ejemplo, son guerreros. Los artistas no compiten.

Saca una foto del bolso. Ella, sus dos niñas y el esposo. Sentados alrededor de una mesa. Al parecer es Navidad y están en un restaurante. Su esposo parece un hombre tranquilo, reposado, de unos cuarenta y cinco años o poco más. Sus niñas pueden tener cinco y seis años, o menos. Todos usan sombreritos de papel de colores y tienen silbatos de cartón. Sobre la mesa hay restos de comida y bebida, flores, serpentinas, un candelabro con tres velas y un 2000 grande, hecho con cuatro piezas de cartón, forrado con papel dorado. Miran a la cámara fijamente, serios, tienen cara de aburrimiento. O de sueño. Yésika frente a mí es una mujer inteligente y sensual. Un poco felina y astuta. En la foto es demasiado gris. Me parece estúpido ese 2000 encima de la mesa. Miro todos los detalles de la foto. Detenidamente. Ella me dice:

—Esta foto fue en el minuto exacto en que comenzaba el milenio.

—¿Es tu esposo?

—Sí. No quería que yo viniera sola a conocerte.

—¿Celoso?

—Discutimos varias veces y me prohibió que viniera.

—¿No confía en ti?

—No le gustan tus libros.

—Ahh...

—Dice que son indecentes.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—Te costó trabajo decidirte.

—Es que... no podía regresar sin conocerte. Mi vida es una novela. Me botaron de la universidad, por inmoralidad, trabajé en un parqueo de bicicletas, di muchas vueltas en Varadero, con..., con los turistas, tú sabes. Vendí de todo en la bolsa negra y estuve presa unas cuantas veces, me casé con un alemán y me fui, y..., uf, si te cuento... es mucho..., ahhh, no sé. Ya ni sé.

—¿Qué no sabes?

—Me siento confundida. No sé si hago bien o mal.

—Yo tampoco sé si hago bien o mal, Yésika. Nadie lo sabe. Y también estoy confundido.

Cierra los ojos y levanta mucho las cejas.

—Te hubieras quedado en el campo, con papá y mamá, y estarías tranquila.

Abre los ojos y me mira riéndose. Burlonamente. Un rayo de cinismo y perversidad atraviesa su rostro. Rápidamente lo borra y vuelve a adoptar aquel aire sereno, dulce, apacible. Comunica paz y tranquilidad.

—¿Vienes a Cuba con frecuencia?

—No. Cada dos o tres años. Las niñas no hablan español, y es un problema.

—¿Cuándo vuelves ahora?

—No sé. Uff...

Cierra los ojos de nuevo. Respira profundo y bota el aire con fuerza. Le digo:

—Has llevado una vida intensa.

—Demasiado. Podría escribir una novela.



—Todos podemos escribir una novela.

—¿Por qué?

—A todos nos gusta vivir en el novelón. Los cubanos somos noveleros de nacimiento.

—Eres cínico.

—Lo suficiente para resistir.

—Ufff...

De nuevo cierra los ojos. La siento atormentada:

—Sal a la terraza, Yésika. Refresca un poco.

Salió un minuto. Busqué un poco de agua para ella. Regresó inmediatamente a la sala. No quiso el agua. Yo fui detrás, con el vaso en la mano. Abrió la puerta, salió al vestíbulo, junto a la escalera. Entonces me dijo sonriendo, con su aire habitual de sosiego, serenidad y educación, casi rozando la elegancia:

—Me voy. Muchas gracias. Disculpa por molestarte. Es que... creo que tú y yo nos parecemos.

—Todos nos parecemos.

—¿Quiénes son todos?

—Todos.

---

# CAZADORES DE MAMUTS

---

Era un día normal de agosto: un sol terrible, calor y humedad agobiante. Me fui temprano a la playa y alcancé un poco de sombra bajo una uva caleta. Mucha gente. Detrás de las dunas había ómnibus, autos y camiones, parqueados en una callejuela estrecha y sin pavimentar que une la carretera principal con aquel trozo de playa.

El mar tranquilo y azulverde, poco viento. Yo intentaba ignorar a la multitud y concentrarme en el mar, en el azul y el verde. Llegó una guagua con excursionistas. Cuarenta o cincuenta personas. Gente de campo. Se conocen a la legua, como en todas partes del mundo. Salen desesperados, casi corriendo sobre la arena, buscando un pedazo de terreno para asentarse con su familia, colonizar y marcar fronteras. Se dispersaron por los alrededores. Uno de ellos se acercó. Traía unos palos cortados a la medida, cepillados y bien atados, además de unos trozos de alambre y un pedazo de tela. Era un mulato muy activo. Escogió un sitio a dos metros de mí, bajo el sol, y no perdió un segundo. Venía frenético. Se le veía en el rostro y en cada gesto: frenesí obsesivo, concepto de propiedad, alto sentido de responsabilidad familiar.

Llamó a su mujer, una mulata oscura, gorda y tetona. Tenía unas enormes mamas rebosantes de leche fresca. Cargaba a un bebé de pocos meses. Tenían dos hijos más, de unos tres o cuatro años. El tipo era muy delgado. La mujer muy gruesa. El tipo le dijo al hijo mayor que buscara una piedra grande para martillar los palos y clavarlos en la arena. El niño lo intentó, pero con desgana. El tipo, de cuatro zancadas apresuradas, alcanzó una buena piedra. Se la apropió rápidamente y la utilizó. Clavó los cuatro palos en la arena y colocó la piedra a buen resguardo, por si era necesaria en otro momento. Dejó

dos metros de cada palo fuera de la arena. Puso estacas. Colocó alambres para tensar los palos, que ya se habían convertido en columnas. Encima, a modo de techo, situó el pedazo de tela y lo amarró con trozos de cordel que traía en los bolsillos. Lo tenía todo previsto. Hizo una casita en pocos minutos. El bebé empezó a llorar. La mujer se introdujo en la casita, sacó un pecho y se lo metió en la boca al niño. Los otros dos empezaron a berrear porque tenían hambre. El tipo se fue aprisa. Diez minutos después regresó con una bolsa de pan y croquetas y una gran botella de refresco de naranja. Repartió la comida entre los niños y la mujer. Ella le dijo que comiera él también. El le contestó: «Después. Ahora no». Se lo tomaba en serio. No sonrió jamás en todo ese tiempo ni miró a los lados. Concentró toda su energía en aquellas tareas. La mujer se quejó:

—Estoy cansadísima. Este niño pesa demasiado y tú no me ayudas.

El tipo cargó al bebé, que se había dormido después de mamar. La mujer le dijo que no perdiera de vista a los otros dos, que jugaban en la orilla del agua. Ella se recostó. Utilizó una bolsa como almohada y se durmió al momento. Roncaba. Echó una siesta de una hora. El tipo cuidó a los niños y evitó que hicieran ruidos o hablaran en voz alta. Ella despertó de mal humor porque había mucho calor y humedad y todos sudaban. El bebé gimoteaba. Ella de nuevo le dio el pecho. El tipo seguía atentamente a los otros dos que jugaban en la orilla del agua, a unos veinte metros. No pestañeaba. Miraba fijamente y hacía rechinar los dientes. Entonces sacó del bolso una pequeña caneca de ron. Bebió un trago sin quitar la vista de los niños. La mujer lo miró con enojo y le dijo:

—No empieces a beber. No puedes hacer nada sin darte un trago.

El tipo guardó la caneca en el bolso. Seguía muy concentrado, muy serio. En todo ese tiempo no se había sentado. Permanecía agachado, en cuclillas, aprovechando un pedacito de sombra que su mujer dejaba libre. Empezó a soplar un poco de brisa fresca del noreste y se refrescó el ambiente. El se protegió detrás del bolso y logró encender un cigarro después de varios intentos. Miró de reojo a dos mulatas jóvenes, lindas y delgadas, que usaban hilos dentales y se paseaban lánguidas y seductoras a lo largo de la playa, inmunes al sol, al calor, a la humedad. Parecían hechas con algún material especial.

La mujer vio de reojo que él observaba de reojo. Rápida y frontalmente le recordó que los niños estaban en peligro de muerte jugando en la orilla del agua. Había que traerlos a la sombra antes de que se deshidrataran. El tipo fue hasta la orilla y los trajo para la sombra. Así siguió durante varias horas más. Muy serio. Muy concentrado.

El cazador de mamuts perfecto.

Intenté mirar de nuevo al mar azul y verde y alejar esos pensamientos de mi mente. Pero no pude. Siguen ahí. Bien incrustados.

---

# EL INSACIABLE HOMBRE ARAÑA

---

Hay una carretera estrecha y arruinada a lo largo del mar. La reparan, y a cada trecho han depositado un poco de asfalto mezclado con grava. El mar aquí es una playa de arrecifes y piedras, sin arena, en la orilla el flujo y el reflujo forman pequeñas olitas, a tres o cuatro metros de la carretera. No me explico a quién se le ocurrió hacer esta vía estrecha y asfaltada tan cerca del agua. Lo cierto es que ahora está cerrada al tráfico y la reparan porque la corrosión del salitre la destruye. Es de noche y hay una hermosa luna llena y plateada rutilando sobre el mar. Una brisa muy leve riza la superficie del agua y la luz plateada viene hasta mí, como un camino en el agua. Estoy solo, sentado sobre una tanqueta de aceite de motor, junto a un cilindro aplanador, un camión, y diversas herramientas: palas, picos y vagones de mano. Al día siguiente regresarán los hombres para continuar el trabajo y estos equipos harán mucho ruido para esparcir el asfalto y compactarlo hasta que endurezca.

La noche fresca, todas las estrellas en el cielo, la luna. Es un momento perfecto y no tengo sueño. Hace un par de horas que observo esta escena. Quiero mantenerla en la memoria: la cinta negra de la carretera estrecha, el mar azul-negro-gris-acero, el camino plateado y brillante de la luna, y los bultos amarillo ocre de los equipos oxidados. La luz de la luna difumina un leve tono azul en el aire. Todo está impregnado de silencio y soledad absoluta. Después pintaré una versión de esta escena y la gente dirá que mis cuadros son abstractos. Yo no hago comentarios. Me llevó casi toda la vida aprender a ver algunos trozos coherentes en medio del caos.

Entonces aparecieron las vacas. Salieron del pedregoso campo de malezas espinosas, abrojos y lirios de costa, que se extiende por varios kilómetros

entre el litoral y unas colinas no muy lejanas. Las dos vacas caminan lentamente a través del campo. No hay un alma ni una casa hasta donde alcanza la vista. Quién sabe de dónde salieron. Cruzaron la carretera. Caminaron un pequeño trecho sobre las piedras de la costa y entraron en el mar. La orilla es muy baja y el agua les cubre poco más arriba de los cascos. Se quedan tranquilas en medio del camino de luz plateada. Al rato salen, van hasta uno de los montones de asfalto con gravilla y arena. Lo olfatean detenidamente. Se deciden y comienzan a lamer. Les gusta el sabor acre del asfalto. Actúan simultáneamente, como si fueran jimaguas. Quizás lo son. Parece que están de acuerdo en todo. Entonces regresan al agua y se quedan muy quietas. Tal vez se refrescan. He visto cómo a los toros sementales más valiosos del mundo les colocan la cabeza dentro de una cabina con aire acondicionado y a ellos les basta. Sienten fresco todo su cuerpo. Quizás con estas vacas es igual.

Repiten la acción de ir a lamer asfalto y regresar un rato al mar. Cuando se aburren se internan de nuevo en el campo, por el mismo sitio por donde aparecieron, y lentamente se pierden en dirección a las colinas. Entonces percibo que tengo una erección animal. Quizás hace una hora o más. Tengo la tranca tiesa como un palo. Estiro la mano. Busco a Julia. No hay nadie. Estoy solo en la cama y es una sensación extraordinaria. Toda la cama para mí. ¡Cuánto tiempo, cuántos años sin tener esta sensación de libertad e independencia! Abro bien las piernas. Me extiendo. Ocupo toda la superficie y no molesto a nadie. Y nadie se interpone. Me masajeo un poco la pinga y pienso en esa niña que a veces camina junto a mí y me dice:

—Calvo, calvo, enséñamela. Deja verla. Ven. Entra en aquella escalera.

Es una mulatica adolescente de ojos grises, o azulverdosos, no sé bien. Debe de tener trece o catorce años. Quizás menos. Me persigue por el barrio. Ahora recuerdo el olor de su sexo y sus téticas mínimas y el triángulo de vello copioso negro y rizado del pubis. Me masajeo un poco más. La bato. Por ahí viene Julia, arrastrando las chancletas de goma, medio dormida. Se acuesta junto a mí. La acaricio un poco y la obligo a chupármela:

—Julia, estoy volao. Mira cómo tengo el pingón, chupa, chupa.

Lo hace a regañadientes. No tiene deseo. La distancia crece entre nosotros. Las mujeres quieren todo o nada. Necesitan permanencia,

estabilidad, solidez. Nada de cambios. Son pragmáticas. Sin embargo la mayoría de los hombres somos románticos. Quiero decir, somos juguetones, inestables. Al menos yo, tengo una visión poco trascendente de la vida.

Cuando uno descubre esto, la vida se facilita. Por eso —habitualmente— los hombres no queremos mujeres juguetones y traviesas. Se nos escapan de las manos. Son incontrolables. Y eso nos disgusta.

Julia abandona su tarea y se recuesta suspirando:

—No me siento bien.

—O no quieres.

—No me siento bien.

—¿Qué te pasa?

—Estaba en el baño. Tengo diarrea.

—¿Y eso?

—No sé. Tuve dos por la madrugada y ahora de nuevo.

—¿Te has levantado tantas veces? No te oí.

—Claro. Si has dormido como un puerco toda la noche. Y yo..., ahhh, qué mal me siento.

—¿Tienes fiebre?

—Creo que sí. Y me duelen los riñones y todo el cuerpo.

—Con estos calores cualquier cosa está podrida, Julia.

—¿Sería la *pizza* de anoche?

—A mí me sentó bien.

—Tú eres tú y yo soy yo. La flora bacteriana de cada persona es diferente.

—Ah, carajo. Yo no sé de flora bacteriana, pero está comenzando el verano, así que prepárate.

—No está comenzando. Hoy es viernes veintiocho de julio del dos mil.

—Estás enferma, pero tu mecanismo de alta precisión no falla.

Nos quedamos en silencio. Acostados uno junto al otro. Miramos el techo. ¿Nos repelemos? Siento algo así como un viento solar electrificado que procede de Julia. Entonces me dice:

—Ay, me acordé de una pesadilla que tuve anoche, ¡qué horror!

Me la cuenta detalladamente. Estaba en la consulta de un médico y de pronto comienzan a brotar de su brazo izquierdo unos gusanos negros,

gordos, y con una gran boca, con dientes aguzados. Le pregunto:

—¿Como Alien?

—¿Qué es eso?

—¿No has visto la película?

—No.

—Los monstruos salían de la boca de la gente. Incubaban dentro.

—¡Qué horror! Yo intentaba aguantarlos con la mano derecha para que nadie los viera. Pero seguían brotando y se retorcían.

—¿Te dolían?

—No sé. Creo que no.

Nos levantamos. Me afeito, me cepillo los dientes, hago café, cago. Miro por la ventana. Todo está peor que ayer, pero, por tradición y conveniencia, eso no se dice. Lo correcto sería: «Miro por la ventana. Todo bien».

A Julia no le apetece el café. Dice que tiene sabor amargo. Me visto y voy a casa de mi madre. Vive en El Calvario, un barrio de las afueras, al sur de la ciudad. Ella sola. Enviudó hace años. Subo a una guagua atestada de gente irritada y sudorosa. Hay peste a grajo, penetrante. Parece que unos cuantos no tienen dinero para desodorante. En cada parada bajan tres o cuatro y suben veinte. Y seguimos hacia el sur. Algunos hablan entre ellos. Y se quejan. Otros se desentienden y miran afuera por las ventanillas. Intento no escuchar a los que hablan quejándose de todo y criticándolo todo. Estoy hasta los cojones de lamentaciones y quejas. A veces pienso: «Eres tú el que anda mal del coco. Eres tú el quimbao y el pesimista de mierda. Eres un imbécil y te pones viejo, amargado y arteriosclerótico». Pero en cuanto salgo a la calle escucho a la gente molesta, irritable, quejándose de todo, inyectándose odio y rencor unos a otros. ¿Qué es esto? ¿El calentamiento global? ¿El Apocalipsis? ¿Por qué tanta amargura y frustración?

Intento mirar por la ventanilla y desconectar. La calzada de Diez de Octubre está tan asquerosa que deprime. ¡Ay Santa Bárbara, me voy a volver loco, quítame un poco de lucidez!

Mi madre vive en una casita pequeña, fea, ridícula, mal ventilada y calurosa, atestada de adornos polvorientos de plástico y de yeso. Tiene un pedazo de tierra entre la casita y la calle. Podría ser un jardín amplio, pero no es exactamente un jardín. Es un pedazo de tierra donde ella siembra algunas



plantas. Hay, además, un limonero, un almendro, un naranjo y un framboyán. Completamente cubierto de flores rojas. Se oyen los pájaros siempre y hay muy poca gente en los alrededores. El Calvario es un barrio tranquilo. Mi madre mantiene las puertas y ventanas abiertas todo el día. A dos cuadras hay un pequeño cementerio en una colina. A pocos metros, más abajo de la colina, pasa la autopista que circunvala la ciudad. Cada cierto tiempo me reitera que por nada del mundo la entierre en ese cementerio, que está a doscientos metros de su casa. No, no, no. Hay que llevarla a doscientos kilómetros de aquí, hasta San Luis, Pinar del Río, pueblo donde nació hace ochenta años.

—Vieja, eso es una cabroná tuya. Ganas de joder hasta después de muerta. Te entierro aquí mismo y al carajo.

—¡No, señor! En San Luis. Y hay que pasarme frente a la iglesia y que doblen las campanas. Y hay que hacer una misa por mí antes de las cuarenta y ocho horas.

Dictatorial la señora.

—¿Y si no lo hago? Da igual podrirse aquí o allá.

—Te salgo todas las noches hasta que me desentierres y me lleves para San Luis.

Bueno, en fin, ni después de muerta va a dejar de dar órdenes. Sus dos abuelos paternos eran asturianos. Eso explica en parte su carácter cerrero y montañés.

El Calvario es un sitio muy diferente de mi barrio. Centro Habana convulsiona y es como una gran cueva húmeda y mugrienta, rebosante de mierda, ratas y cucarachas. He pensado muchas veces buscar una casa en El Calvario y alejarme de las convulsiones. Pero la cercanía de mi madre sería una tortura. Es mejor así. Un par de horas al mes.

Ya está muy vieja y cansada y no tiene fuerzas para trabajar. Quiero decir que la casa está un poco sucia. No un poco. Bastante sucia. Llego, no veo a nadie y entro de puntillas hasta el fondo. La encuentro en la cocina gesticulando y hablando sola:

—Vieja, no hables sola. Te vas a volver loca.

—Al contrario, lo que me salva es que hablo sola todo el día.

Nos besamos. Veo un periódico puertorriqueño. Lo cojo y me siento en el

piso del portal. Al aire puro, a la sombra del almendro. Es mucho mejor que adentro, con tanto polvo.

—¿Y este periódico?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? Es de Puerto Rico. Y del domingo pasado. ¿Quién lo trajo?

—No sé, hijo, no sé.

—¿Cómo no vas a saber? ¿Te metiste a jinetera después de vieja? ¿Te echaste a un puertorriqueño? ¿Cuánto te pagó?

—Déjate de falta de respeto. Voy a hacer café.

Se va a la cocina. Es una vieja cabrona. Sabe perfectamente quién trajo el periódico, pero evita que yo le siga la pista a todos sus pasos. Tal vez alquiló una habitación a una jinetera por una noche. No, no lo creo. Este barrio es demasiado tranquilo. Bueno, al carajo, a mí qué me importa. El periódico trae mucha mierda, como todos los periódicos, pero viene un tabloide dominical, con los muñequitos de *Fantomas*, *Olaf*, *Lorenzo y Pepita*, *Los Picapiedra*. En la primera página abre con el plato fuerte: «Mordido por una araña radiactiva, Stan Jeff adquiere superpoderes que lo transforman en... el increíble hombre araña».

Mi madre regresa con el café. No me deja leer. Me habla tonterías acerca de los vecinos. Su casita está en una callejuela con otras diez o doce más. A simple vista parece que cada quien vive su vida y no se inmiscuye. Todos tienen un jardincito o un patio de tierra, crían pollos, siembran plátanos, tienen cocoteros. Pero es sólo un espejismo. En realidad todos conocen la vida de los demás. Milimétricamente. Ese callejón es un micromundo perfecto para mi madre. Ya está muy vieja y se atormenta en exceso con gente nueva o situaciones inesperadas. Cualquier elemento que la saque de su galaxia íntima la desequilibra.

Va a la cocina, trae más café y me dice:

—No debes tomar tanto café. Hace daño.

—Me gusta.

—Te voy a decir una cosa, pero... me da miedo.

—¿Sigues soñando con muertos?

—No, no.

—¿Entonces?

—Esta mañana me levanté temprano. Abrí la puerta y ¿tú sabes lo que había en el portal?

—Brujería. Te tiraron una gallina prieta.

—No, hijo. A mí nadie me echa brujería. Yo no tengo enemigos.

—Todos tenemos enemigos.

—El peor enemigo es uno mismo, algún día lo comprenderás.

—Hoy estás muy filosófica. ¿Qué había en el portal?

—Había un perro negro. Un perro sato, callejero y flaquito, con las costillitas afuera.

—Y Madre Teresa de Calcuta le dio agua y comida.

—No. Déjame terminar, que es serio. El perro me miró con unos ojos desorbitados que daban miedo. Me impresionó tanto que no pude azorarlo. Además, me dio un presentimiento y me aparté. Lo dejé tranquilo. Ay, mira cómo me erizo nada más que de acordarme. ¿Tú sabes lo que hizo?

—No.

—Se asomó a la puerta. No entró. Se asomó nada más. Miró a un lado y a otro, pegó un aullido como de un dolor muy fuerte y cayó muerto.

—¡Cojones, vieja!

—Eso digo yo. Que Dios me perdone, yo no puedo decir malas palabras.

—¡Lo que tenías metido aquí dentro era mucho! Te mandaron al perro a recogerlo. ¿Qué le hiciste?

—Llamé al vecino del frente, y él lo botó.

—Toma. Coge diez pesos. Juega cinco al quince, que es perro. Y otros cinco al diecisiete, San Lázaro. Y ya. Esta noche vas a ganar un dinerito. Y de paso te das unos baños con hierbas y perfume y despojas la casa. Tú sabes. Tres noches consecutivas, desde hoy.

—Ay hijo, hace años que no juego.

—Pues te dieron los números. Y son esos: Perro y San Lázaro. Tienes que jugar la lotería de esta noche. No juegues más de cinco pesos. Si juegas más, no salen.

—Bueno, si tú lo dices, así es.

Mi madre es un poco espiritista. No mucho. Menos que mi abuela, que murió hace quince años, pero todavía ronda cerca y nos guía en lo que puede.

De todos modos, mi madre a veces tiene premoniciones y ve a mi padre sentado en un rincón del portal. Ella sabía que el perro recogió algo fuerte y cayó fulminado. Lo mío es más sencillo. Por suerte no veo muertos. A veces doy el número de la lotería. Pero nunca para mí. Cuando me late decirle a alguien: «Juega hoy tantos pesos a tal número», es un cañonazo. No fallo. Algo es algo. Lo de mi abuela era mucho más completo. Sanaba a todo el vecindario pasando la mano y rezando. Pero está bien. No me quejo.

Volví a el estupendo hombre araña. Imposible:

—Ay hijo, vienes un ratito y te pones a leer. Doblé el tabloide y lo guardé en el bolsillo. Ya tendría tiempo para leer. Tuve que escuchar pacientemente todos sus chismes del barrio. Se concentran en el dinero y la comida, que no aparecen, y los que se van para Miami o para otro país, y los inventos que hace cada uno para irse. Dinero, comida y visados. Esos son los grandes anhelos del vecindario, según las versiones cablegráficas de mi madre.

Almorzamos juntos. Dormí una siestecita de media hora. Tomamos café y regresé. Eran las cuatro de la tarde y la gente estaba mucho más irritada. También había más calor. Más peste a sudor grajiento. Intenté desconectar. Saqué el tabloide y traté de leer a el tenebroso hombre araña. Imposible. Demasiada gente empujando, carteristas, algún jamonero pegándole la pinga en las nalgas a las mujeres más culonas. En realidad, no es exactamente una guagua, sino un «camello»: una especie de rastra de dieciocho ruedas, con más de doscientos pasajeros apretujados unos sobre otros, para un trayecto de una hora quince minutos o algo así. Intenté alejarme mentalmente. Cuando era muy joven tomé un curso para guionista de cómics. Jamás pude escribir un guión. No se me ocurría nada. Ni siquiera una idea para algún personaje original.

Ahora creo que tampoco podría, el increíble hombre araña, el extraordinario hombre araña, el maravilloso hombre araña, el voraz, el fascinante, el misterioso, el mortífero hombre araña. No podría pasar jamás del título. Ni una palabra más allá. ¿A quién se le puede ocurrir que exista una araña radiactiva que comunique superpoderes al morder? El estúpido hombre araña, el imbécil hombre araña.

Es evidente que abandoné la infancia hace demasiado tiempo. Estoy

convertido en el adulto hombre araña. Sin imaginación, sin sentido del humor. Si me hacen un test psicológico seguramente me encuentran grandes dosis de veneno en las glándulas de los colmillos. Deseos insatisfechos de asesinar y golpear, y una sexualidad excesiva. Ya con cincuenta años debiera ser más realista y ecuánime. El sexo me tortura. Me fijo en infinidad de mujeres: unas con buenos culos, otras con pezones erectos, el ombligo al aire, en topecitos y licras que les marcan hasta el vello y los labios de la vagina. Algunas me miran directamente a los ojos, provocativas, con esos ojos color caramelo. ¿Qué coño ven en mí? ¿Creerán que tengo dinero o buscan sexo realmente? ¿O necesitan amor? ¿O es solamente la vocación innata de provocar y seducir? Me confunden. Hace unos días me decidí y le pregunté a un vecino. Es un tipo muy viejo, pero siempre ha sido un duro de la calle. De esos que nunca sueltan las riendas. Su negocio es recoger apuntes para la lotería clandestina de la noche. Se premia por la lotería de Venezuela, que aquí se oye bien en la radio. Es todo un arte. El camina por el barrio, habla con sus clientes y lleva solo listas de números. Sabe de memoria quién jugó cada número. Si la policía lo agarra es sólo una larga lista y se hace el viejito con demencia senil, que habla incoherencias. Es un artista, el muy cabrón. Estuvimos un rato sentados en los escalones, a la entrada del edificio. Entonces le pregunté:

—¿Qué edad tú tienes?

Y él, muy orgulloso:

—¡Ochenta y cuatro años!

—Ven acá, mi hermano, ¿a qué edad se le cae el rabo a uno?

—¿Y tú qué edad tienes?

—Cincuenta.

—Uhhh, tienes un mundo por delante. Tú eres un niño todavía.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de lo que te digo.

—No me vayas a decir que tú todavía...

—No, ya no. A mí se me cayó..., no se me cayó, porque siempre se sigue parando y..., pero bueno, dejé de venirme a los setenta y seis. Y de paso se me quitó el deseo. Ya no estoy desesperado atrás del culo de cualquier mujer, no, no, no...

—Coño, esto es una tortura, yo quiero estar tranquilo, pero no puedo. Y tengo la tranca que vaya..., si la mujer me gusta estoy dos o tres horas dando jan. Se vuelven locas conmigo. Averiguan mi número de teléfono, me llaman, joden a cualquier hora.

—Tú no te das cuenta, pero el hombre maduro gusta más a las mujeres.

—¿Sí?

—¡Claro! Yo pasé por esa etapa, entre los cuarenta y los sesenta y pico: tienes la tranca tiesa y experiencia. Además de toda esa gentileza de regalar flores, tener una conversación interesante, ¿te das cuenta?

—Pero yo necesito un poco de tranquilidad. ¡Me voy a volver loco!

—Hay que controlarse. Y tú tienes una mujer decente.

—Sí, Julia...

—Se ve que es una mujer seria. Eso vale mucho.

Hablamos un poco más, pero al final el viejo me dijo:

—Cuídate y contrólate, pero tiempla todo lo que puedas. Es como un deporte: buena alimentación y *training* diario, sin fallar un día. Eso te mantiene joven, alegre, con ilusiones.

—¿Con ilusiones?

—Sí. Uno se pone viejo cuando pierde las ilusiones.

Cuando llego a la casa, Julia tiene fiebre alta, dolor de riñón, orina apestosa, un catarro asqueroso, flemas amarillas que escupe continuamente, la garganta inflamada, y no puede tragar. El aliento hiede a hígado podrido. Está débil y pálida. Pienso que tal vez se muere. No siento lástima ni compasión. No siento nada. Me molesta tener que enfrentar ahora la enfermedad de ella y atenderla y cuidarla.

En esa tontería paso el resto de la tarde y la noche: aspirinas, cocimientos de manzanilla y tilo, compresas de alcohol, soportando los quejidos. Me despierta continuamente. Al fin duerme un poco, ya de madrugada. Cuando despierto son las ocho y treinta de la mañana. Me duele la garganta y no puedo tragar. Tengo fiebre y cólicos que me atraviesan el estómago. Voy al baño. ¡Diarrea!

Dos horas después estoy blando, fofo, deshidratado, como si me hubieran machacado todos los huesos. Me duelen hasta los párpados. He tenido tres diarreas y los cólicos se repiten cada quince minutos. Sabor amargo en la

boca. Sólo agua y limonada. No puedo tragar nada más.

Pasa un día, dos, tres. Seguimos igual o peor. Parecemos dos viejos apestosos y decrepitos a punto de morir. No nos resistimos uno al otro. No tengo deseos de beber ron, ni de fumar, ni de comer, ni de templar, no puedo leer más de diez minutos. Me duelen los ojos. Poco a poco comprendo que tengo que concentrar todas mis fuerzas sólo para respirar, beber agua, tragar aspirinas y esperar. Voy de la cama a la silla, arrastrando los pies. Julia está igual o peor. Y me repite:

—Esto es un virus. Son siete días por lo menos.

Pero lo cierto es que ella amanece bien al cuarto día. Y yo empeoro. Pasa el quinto, el sexto, llega el séptimo. Hago propósitos firmes para aumentar mis dosis de amor y compasión hacia la humanidad. Y me repito: «Tengo que controlar la producción de veneno. No puedo seguir así».

Entonces llega una postal de Emilio, un viejo amigo que vive en el norte de España. Es un poeta excesivamente corrosivo y se autopromociona continuamente: «Estoy muy bien dotado, ¿sabes? Mi polla ha hecho feliz a mucha gente». Acaba de divorciarse: «Aquí la vida transcurre como por un pasillo. Poca cosa de interés a un lado y a otro, al menos de interés para mí, que lo voy perdiendo a medida que pasan los años. No sé si estoy muy airado con el exterior o simplemente ya no me importa. No escribo, y no sé qué va a ser de mi vida en los próximos...». Ah, carajo.

Busco las aventuras de el estúpido hombre araña. El guión es una imbecilidad. Me gustan mucho los dibujos. Lo leo despacio una y otra vez y miro bien cada detalle. Sí, podría escribir esos guioncitos morrongueros y crearía un personaje terrible: el asombroso hombre gorila. Que tendría un romance tumultuoso y eternamente erótico e hipnótico con la fascinante mujer serpiente, que sería bellísima y malvada, pero con una vulva de niña precoz, y que a su vez lo engañaría y se burlaría de él con el misterioso hombre vampiro. Y en algunos capítulos, en noches de luna llena, aparecería el sanguinario hombre lobo, hermafrodita de cuerpo y alma, con ambos sexos bellísimos y muy bien proporcionados. El escenario sería Baelo Claudia, con los fantasmas de los generales romanos haciendo de *voyeurs* en sus mansiones de retiro. Con ese cuadrángulo de odio, amor e incertidumbre podría escribir miles de capítulos. Hasta venderíamos discos compactos con

las bandas sonoras grabadas «en vivo» de las prolongadas y extraordinarias orgías de la mujer serpiente con el gorila. Y ella con el vampiro. Y el gorila con el lobo. El vampiro sodomizando al lobo. En fin. Todas las combinaciones posibles. O imposibles. Sería un éxito. A todos nos excita ser *voyeurs*.

Uf, la fiebre y la diarrea continúan y me tienen muy mal. Quizás hasta tengo mierda destilada, es decir, toxinas venenosas, penetrando en mi cerebritito. Hago un esfuerzo para concentrar la poca energía que me queda. Siete días de virus y diarreas intensas es algo muy serio.

Preparo las pinturas. Intento hacer aquel cuadro de la carretera junto al mar, la luna y los equipos ocre. Al primer intento no sale. Pongo las dos vacas. Queda peor. Es falso. Completamente falso e incoherente. Lo intento de nuevo. Tapo algo y cambio. Peor aún. Julia viene y lo observa un instante. No abre la boca. Se retira. Regresa un minuto después y me pregunta, muy cariñosa:

—¿Quieres un caldito de pollo para esta noche?

—Sí.

—¿Y unas malangas hervidas?

—No. Arroz blanco. Que te quede asopaíto, Julia. Ese arroz desgranado que tú haces no hay quien se lo trague.

Ella se recuperó completamente. Es más tenaz y estoica que un alacrán. Yo entro en el octavo día de virus y sigo medio desvanecido. Me alejo un poco y miro el cuadro a cierta distancia. Es una mierda. Comprobado. No me puedo trazar objetivos. Tengo que olvidar aquella escena. Me llevará años olvidarla y dejarla en libertad para que pase al subconsciente. Con los objetivos a la vista todo mi espíritu funciona como un gran muro de contención. Tengo que olvidar los objetivos. Tengo que olvidar los objetivos. Tengo que olvidar los objetivos.



---

## EN LA ZONA DIABÓLICA

---

Yo estaba pintando un cuadro, pero salía demasiado bonito. Puse a Mahler. La sinfonía número diez, en La Mayor. Subí el volumen a toda mecha. Mahler atronaba. Todas las cuerdas chillaban. Y ni así. El hijoputa se resistía a embrutecerse un poco. Seguía lindo, atildado, tonto y estúpido. Eran las once de la mañana. Antes de las doce del día no bebo y no fumo. Quizás era eso. Me tendí en el piso y cerré los ojos. Sólo existíamos Mahler y yo. Nos abrazamos y fue una penetración mutua. Llegamos al final. Quiero decir, llegamos al silencio, y yo estaba muy emocionado. Abrí los ojos. El cuadrilo no se había enterado. Era completamente insensible, joven y petulante. Me dieron deseos de cagarme encima de él. Era un imbécil. Había nacido imbécil y al parecer no tenía arreglo y yo no podía con él. Eso me puso furioso. Y aún no debía beber. No podía ceder a la tentación. Si tomo un trago antes de las doce estoy perdido. Digo las doce del día como un símbolo. En la realidad siempre logro correr un poco más el horario y empiezo ya en el crepúsculo, que es una hora legítima para las libaciones. Un crepúsculo junto al mar, desde mi azotea, pide ron, mujeres, negras culonas, hierba, películas porno, travestis. Todos los pecados posibles. Los pide a gritos. Hay que ser un tipo muy duro para negarse esos placeres en un crepúsculo.

A pesar de todo, esa tarde quería ir a los Alcohólicos Anónimos. Quizás me servía de algo. Por lo menos ya era capaz de reconocer ante mí mismo que, como promedio, me tomaba una botella de ron al día. Un ron asqueroso y barato. Me arruinaba el bolsillo, el hígado, el páncreas y todo lo demás. Y Julia, según cómo tuviera el *software* ese día, bebía fifty-fifty conmigo, o me rechazaba tajantemente y me repetía cuarenta veces: «Eso es veneno. Quién sabe cómo lo fabrican y dónde. Te está matando».

Tocaron a la puerta. Me sorprendió pero me alegró. Eran dos mujeres con biblias en las manos. Predicaban. Lo hacen mucho en este barrio diabólico.

Van de puerta en puerta, pero aquí todos venimos de África. Y por tanto se practica la santería. Cuando las predicadoras preguntan: «¿Usted cree en Dios?», la respuesta usual es: «Sí, pero aquí tenemos nuestra religión. Y ésta es la de verdad, porque todo esto me lo dejó mi abuela que...». Los predicadores piden disculpas humildemente, se retiran, tocan en la próxima puerta y se repite la escena. Así hasta el infinito.

Venían vestidas muy decentemente, con ropa antitentación: blusas amplias y grises, de mangas hasta el codo y cuello alto, con unos encajes blancos que se usaban en los años cuarenta del siglo pasado. Faldas plisadas y negras, dos pulgadas por debajo de las rodillas. Zapatos negros, cerrados hasta los tobillos. Peinados simples y nada de maquillaje. Hacían un gran contraste con el resto de las mujeres en la calle, vestidas casi todas con licras, *shorts* mínimos y ajustados que a veces dejan ver un trocito de nalga, tops que apenas cubren los pechos y dejan el ombligo al aire. Blusas transparentes o bien apretadas, sin ajustadores, con los pezones erizados. Y así se abren paso en la vida, con la manzana en la mano. Me saludaron con una sonrisa leve:

—Buenos días. ¿Usted nos permitiría hablarle un momento sobre la existencia de Dios y su bondad divina?

—Sí, cómo no. Adelante.

Se sorprendieron, no esperaban una acogida tan amable. Entraron, se sentaron y no perdieron tiempo. Saben de memoria lo que tienen que decir. Sólo habló una. La más joven. Quizás tenía mejor preparación, o era más convincente, o aspiraba a ser una gran profesional. No sé. La otra era una mulata de unos treinta y pico o cuarenta años. Muy interesante. A pesar de la blusa recatada y amplia, se le notaban muy buenas tetas. No las podía disimular. Tenía una boca gruesa y una mirada seductora. Casi lasciva. Casi. Se controlaba. Nuestras miradas se cruzaron unas cuantas veces y ella, rápidamente, desviaba los ojos al suelo, y apretaba los labios. Me gustaba muchísimo ese gesto de Caperucita Roja temblando ante el Lobo Feroz.

La predicadora invirtió un minuto en lanzar la primera ráfaga, y me preguntó algo. Es un truco para continuar la conversación. Siempre lo uso. Si usted pregunta algo, el otro tiene que responder. Si el otro habla, usted sólo tiene que prestarle mucha atención, mirarlo fijamente al entrecejo y usar una

exclamación breve de interés. Algo así como «ahhh», o «qué bien». Fui periodista de radio muchísimos años y éstos eran mis trucos básicos para desarrollar la imbecilidad más y mejor.

Por supuesto que no contesté su pregunta. Era metafísica y sin respuesta posible: «Dios nos puso a todos sobre la tierra para amar y ser amados. ¿Cuál debe ser nuestra respuesta ante la gracia divina?».

Me sonreí y le dije:

—¿Quieren un poquito de agua?

—Ohhh...

—Está hervida, no se preocupen. Así se refrescan. Con este calor y ocho pisos por la escalera... Les traje el agua y les pregunté:

—¿Quieren un cafecito?

—¡No, no! —me dijo la predicadora, aterrada, como si le hubiera propuesto jugar a la ruleta rusa. La cafeína debe de ser mortal. Volvió a la carga:

—¿Usted conoce la Biblia?

—Sí, me gustan mucho los evangelios.

—Ah, entonces usted...

—Mira, mi amor, los evangelios son unas noveletas espléndidas, pero no me gustan los curas, ni las iglesias, ni las misas, ni los ritos y las obras de teatro que se montan. Ni religión ni política. Por principio, rechazo todo lo que constituya un eje de poder.

—¿Un eje de poder?

—Sí.

—Ehhh...

—¿No sabes lo que es un eje de poder? A ti te manipulan desde un eje de poder.

—Ehhh..., seguramente usted habrá leído en la Biblia que Jehová...

Había logrado su propósito: hacerme discutir y entrar en su juego. Opté por quedarme en silencio. Busqué un par de veces la mirada de la mulata, que se mantenía con la boca cerrada. Ella también me miraba del mismo modo. A hurtadillas. Me pareció que no entendía o no apreciaba en todo su valor lo que predicaba su compañera de apostolado. Quizás solo ejercía la función de guía en la zona diabólica de la ciudad.

La predicadora al fin hizo una pausa para respirar y ahí mismo aproveché para despedirlas:

—Bueno, muchachitas, les agradezco mucho, pero estoy trabajando.

—Ha sido un placer, hermano. ¿Podríamos venir en otro momento?

—Por supuesto. Cuando quieran.

Cuando ya casi cerraba la puerta, la mulata buscó mis ojos de nuevo y nos miramos intensamente. Coño, qué lástima. Me pareció que estaba ansiosa por cometer un largo y sabroso pecado. Debió venir sola. Cerré la puerta y fui hasta el cuadro. Yacía en el piso, orgulloso y prepotente, sobre los periódicos viejos. Me dieron deseos de pisotearlo un poco y magullarlo. Me contuve. Me puse los tenis y una camiseta y bajé las escaleras. Fui hasta la panadería a comprar el pan escuálido de cada día.

Frente a la panadería había dos carros de la policía y otro más de criminalística. Se les veía laborando dentro de un pequeño apartamento con balcón, en el segundo piso. Había un grupo de curiosos apostados en la calle. Llegó una ambulancia de medicina legal. Subieron una camilla. Averigüé entre los curiosos, pero nadie quería hablar. Todos decían: «No sé». A veces la gente cree que soy un policía vestido de civil. Me lo han dicho siempre. Me miraban con recelo y encogían los hombros. Al fin encontré una viejita que me dijo:

—Mataron a uno anoche. Pobrecito.

—¿Un vecino?

—Sí, Rodolfito. Vivía solo.

—¿Y le robaron algo?

—No sé. Él tenía su defecto. Figúrese...

Me hizo un gesto con la punta de los dedos aleteando. El tipo era pato.

—Ah, ¿era...?

Y le repito el gesto.

—Sí, figúrese. Yo sabía que iba a acabar mal. Pobrecito.

—¿Por qué?

—Metía a cualquier hombre ahí. Hombres no, porque un hombre que se acueste con otro, yo..., yo respeto a todo el mundo para que me respeten a mí, pero no..., eso no se ve bien. Pero era buena gente.

—Ahhh.

—Dicen que fueron dos muchachos que vinieron con él. Tenía dinero. Trabajaba en la cafetería Venecia, ahí en Galiano. Usted tiene que haberlo visto. Un blanco, delgado, de unos cuarenta y pico de años. Muy amanerado. Se le veía por encima de la ropa.

—No, no, nunca me fijé.

—Dicen que lo ahorcaron con la manguera de la lavadora.

Ya bajaban el cadáver en la camilla, cubierto con una sábana. Lo introdujeron en la ambulancia y salieron lentamente. No había prisa. La policía siguió trabajando. Me fui. Eran las doce y había calor y humedad en exceso. Soporté la tentación de ir hasta el bar Las Delicias y sentarme tranquilo en la barra, con ron y tabaco. Exactamente frente a las bóvedas del tesoro. Me gusta muchísimo el sitio. Bebo ron, fumo, y pienso en los lingotes de oro. Y el tiempo pasa. Logré controlarme y regresé a la casa. Nada que hacer. No quería mirar más el cuadro. Julia regresaría por la noche de su trabajo, con olor a humo de *pizzas* y a queso rancio, impregnado hasta en el culo. Concentraba toda su energía física, mental y espiritual en las jodidas *pizzas* y las comidas rápidas. Por si fuera poco, atravesaba la menopausia: tenía terror a las arrugas, celos nauseabundos ante cualquier señorita que se me acercara, ataques repentinos y frecuentes de sudoración y calor. Insomnio algunas noches y letargos absolutos en otras. A veces parecía Santa Teresa levitando en Ávila, y otras veces una de las brujas de Salem, corriendo desnuda por la casa a las dos de la mañana y gritando: «¡Me ahogo, me ahogo!». La ignoraba completamente. Todo era confuso e inexplicable.

Me pasaba el día leyendo, pintando, escribiendo, escuchaba música. Me entretenía con negocios de trasiego en porcelanas, bronce, miniaturas. Pero sufría perplejidades y confusiones continuas, como quien sufre coriza y catarro frecuente. Intentaba despreciar todo el caos y echaba la basurita bajo la alfombra.

Hacía un calor sofocante y me entretuve mirando por la ventana a los vecinos de los pisos inferiores. Me pregunto si todas las vidas son tan vertiginosas y caóticas como la mía. ¿Todos vivirán tan desesperadamente? Es insoportable. A veces pienso que necesito frenar un poco. Otras veces pienso que ya todo está hecho. Y no hay marcha atrás. Cuando uno escribe hasta convertir la escritura en un vicio, lo único que hace es explorar. Y para

encontrar algo hay que ir hasta el fondo. Lo peor es que, una vez en el fondo, es imposible regresar a la superficie. No se puede salir jamás.

A eso de las seis salí caminando despacio hacia la iglesia. El calor y la humedad eran sofocantes todavía. La entrada a las reuniones de A. A. es por atrás. Era temprano y estaba cerrado. Caminé un poco más. Me paré en una esquina para hacer tiempo. Y ahí estaban todas las tentaciones delante de mí: el bar Casa Grande, viejísimo, arruinado hasta la cochambre, y sin productos en los estantes, pero en una esquina de la barra había un camarero vendiendo ron barato, cigarros y tabaco. Eso no faltaba jamás. Y las mulatas y las negras —las blancas me aburren, definitivamente— pasando por la acera con sus hermosos cuerpos y su desparpajo fresco y provocador. Entré en el Casa Grande. Me senté en una banqueta y pedí un doble. Está en la esquina de Águila y San José, es decir, rodeado de fuego al rojo vivo. Me gusta ese barrio, atrás del Capitolio. Es una caldera infernal de aceite hirviendo. Pero no quería complicarme. Me limité a beber y a mirar a las mujeres que pasaban por la acera. A las siete menos cinco me levanté y me fui a mi primera reunión de A. A. Iba esperanzado. Y curioso. No tenía la menor idea de cómo sería. Me detuve a unos metros de la puerta. Miré adentro. Desde la calle. Y no pensé. Sencillamente no pensé.

Volví al Casa Grande. Pedí un doble y un tabaco. Lo terrible es la incertidumbre. Es tan mortífera como un balazo en la sien.

---

# CAMINANDO BAJO LOS ÁRBOLES

---

Camino por una avenida sombreada con árboles viejos y enormes, siempre verdes. Una zona tranquila de la ciudad, casi soporífera. Todas las casas tienen jardín y garaje. Las construyeron sesenta años atrás. Están arruinadas y abandonadas a su suerte, como todo. Hay poca gente. Voy despacio. No hay prisa. Entonces vi un pequeño anuncio: «Vendo libros y revistas antiguos». Está escrito con lápiz, con una letra temblorosa y fea, sobre un trozo de cartón. Cuelga de una ventana. La casa alguna vez fue hermosa y espléndida. Ahora se ve maltrecha.

Abrí la verja. Me llevó tiempo porque la aldaba es pesada y complicada. Atravesé unos pocos metros de un jardín muy descuidado, invadido por la maleza. Toqué el timbre. No funcionaba. Di unos golpes con los nudillos en la puerta. Unos perros empezaron a ladrar frenéticamente dentro de la casa. Abrieron apenas una rendija. Era una señora muy gorda y tan alta como yo. Quizás tenía un metro ochenta, con un rostro apacible, excesivamente amable y sonriente. Le dije:

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Puedo ver los libros que vende?

—Sí. Entre.

Abrió un poco más la puerta. Los dos perros ladraban desaforados y pugnaban por salir. Ella se las arregló para que yo entrara y ellos no salieran. Eran pequeños, con un poco de pelo sucio y la piel cubierta de llagas purulentas y apestosas. Ladraban incesantemente y daban saltos a mi alrededor, pero no mordían. Quizás amenazaban o se sentían amenazados. No sé. Entré y la señora me hizo pasar a un pequeño recibidor a la derecha de la

sala principal. Era una casa grande, con todas las puertas y ventanas herméticamente cerradas. Todos los muebles, cortinas, lámparas, ceniceros, adornos, cojines, todo, absolutamente todo, provenía de los años cuarenta. Era una casa de la clase media de esa época.

Me senté en una butaca desvencijada. En una mesilla a mi derecha había un montón grandísimo de revistas *Life*. Manchadas, rotas y remendadas con cinta adhesiva. Al parecer las habían releído millones de veces. El número que estaba encima tenía la foto de una rubia de perfil, y a su lado: «Eva-Marie Saint, estrella de la película *Waterfront*. 16 de agosto de 1954».

Frente a mí, junto a la pared y entre dos ventanas, había un anaquel bastante grande con miles de revistas viejas colocadas de cualquier modo. A simple vista se veían cientos de *Selecciones* y *Popular Mechanics*. Todas muy manoseadas, algunas rotas y sin cubierta, manchadas de agua. A mi izquierda había un sofá, tan destrozado y sucio como mi butaca. Sin embargo, conservaba sobre los brazos y en el respaldo unos viejos tapetes tejidos a crochet, que alguna vez fueron blancos.

Lo peor de todo era el olor repugnante a perros sucios que comen cosas podridas. Pensé: «Voy a ver los libros rápidamente y salgo corriendo de aquí». Los perros callaron cuando me senté. Se echaron en el piso, frente a mí, y cerraron los ojos. Una pequeña radio estaba conectada y daban una novela. Era una Phillips antigua, con cubierta de madera, y le habían añadido una bombilla roja muy grande. No sé para qué. Seguramente se apagaba cuando desconectaban la radio. Estaba sintonizada en una emisora especialmente estúpida y se oía el rumor del narrador de la novela. Yo lo conocía personalmente. El tipo tenía una voz gruesa y potente, que colocaba bien abajo. Se consideraba un macho seductor. Ponía la voz bien grave y leía poemas de amor y cosas ridículas. Trabajé algún tiempo en aquella emisora. No sé cómo se las arreglaba aquel tipo para leer siempre cosas picúas: «Ella se acercó amorosamente a Eduardo, le dio un beso leve en su mejilla calenturienta, debido a la alta fiebre que padecía, y se alejó de la cama de puntillas, sin hacer ruido, para no despertarlo. Su amor de madre sacrificada y abnegada la encadenaba de por vida al más infeliz y desgraciado de sus hijos. Ella presentía que la enfermedad del pobre Eduardo era incurable. Hasta hacía poco era un joven deportista, sano y alegre, ahora se veía cruelmente



postrado en aquella cama...».

Entonces percibí que la mujer, de unos cincuenta años, tal vez más, me esperaba a mí, parada junto a la puerta corredera, entre la sala principal y el recibidor. Sonreía tontamente, en silencio, se rascaba la barriga a la altura del ombligo —quizás tenía sarna, como los perros— y me miraba. Yo estaba noqueado por la peste abominable de los perros, por los ladridos que recién habían cesado, y por el melodrama imbécil de Eduardo y su madre.

Me repuse y la miré. Hice un gesto para ponerme de pie y decir algo. Los dos perros se lanzaron contra mí, ladrando a más no poder. Ella me indicó que me sentara de nuevo. Lo hice. Automáticamente se callaron.

—Es que son fox terrier y están entrenados para cazar zorras.

—¿Zorras?

—Sí, son legítimos. De raza pura, con pedigree.

—Ahhh... ¿Y cazan zorras? ¿En Cuba?

—No, no. Es que están muy nerviosos. Me robaron hace poco. Los ladrones les dieron puntapiés y los golpearon mucho.

—Ahhh..., ¿puedo ver los libros?

—Sí. Yo se los traigo. No se mueva de aquí.

La gorda se fue. Me quedé solo con los perros y con el novelón de Eduardo y su madre. Yo atravesaba un período de intolerancia total. Y eso es terrible. Tenía que controlar el deseo de entrarle a patadas a los perros hasta matarlos. Y romper el radio contra el piso. Esas etapas son muy dañinas. A veces logro rebasarlas un poquito y entro en fases de serenidad. Entonces la gente cree que yo soy un tipo noble y generoso de nacimiento.

Permanecí inmóvil todo el tiempo. La vieja gorda se demoraba mucho. Bueno, no era exactamente vieja, pero ya me lo parecía. Seguí esperando, como un monje tibetano en meditación. Y respirando muy leve para no tragarme aquella mierda que flotaba en el aire. Al fin regresó. Traía tres libros en las manos. Sólo miré las portadillas. Eran textos de Derecho, editados en Madrid en 1912 y 1911.

—No, señora. Esto no.

—Se los puedo dejar muy baratos. Están forrados en cuero y son muy finos. Eran de mi tío, que llegó a ser secretario del ministro de Hacienda. Cuando Prío Socarrás.

—Yo busco algo de literatura. Algo más...

—Ah, sí, sí. Hay de todo. Espérese un momento.

Caminaba pesadamente. Era muy gorda y enorme. Quizás pesaba ciento cincuenta kilos y tenía más de sesenta años. Marchó de nuevo al fondo de la casa. Desde mi butaca no se podía ver nada. Sólo un pedazo de pasillo, muy oscuro, pero veía que en la pared habían pegado unos carteles enormes de películas norteamericanas de los cuarenta. Apenas se adivinaban. El recibidor donde yo estaba era el sitio más iluminado de la casa. Tenía tres grandes ventanales, con vidrios gruesos y esmerilados que dejaban pasar la luz desde el jardín. Seguí inmóvil, escuchando la jodida novela, que se ponía más y más picúa a medida que avanzaba. Ahora la novia de Eduardo lo abandonaba y al tipo se le escapaban unas lágrimas silenciosas. Detesto a los cretinos que escriben esa mierda, y a los cretinos que la escuchan.

La gorda se demoraba mucho. Quizás diez minutos. Volvió con un libro en cada mano: una edición en inglés de *Ivanhoe* y *The Talismán*. Editada en New York, sin año impreso. Y el método de Oliendorff para aprender francés, editado por Appleton and Company, Chicago, 1911. Polvorientos y roídos por unas polillas plateadas, que caían sobre mí como sardinas diminutas. Me levanté rápidamente, para sacudirlas al piso, y los perros ladraron muy furiosos. Me senté de nuevo. Los perros se callaron. Devolví los libros a la gorda:

—No, no. ¿Puedo pasar a ver sus libros?

—Yo se los traigo. No se apure.

—¿A cómo los vende?

—Depende. Hay cosas muy buenas que he vendido a cinco pesos cada uno, pero normalmente los vendo a un peso.

Los regalaba. Ni lo pensé:

—Mire, señora, no pierda el tiempo. Le compro el lote completo. A un peso cada uno.

—Eh..., no, no, qué va..., no puede ser.

—¿Por qué no? Déjeme pasar. Los contamos. Vengo dentro de una hora con un camión. Me los llevo y pago al cash.

—No me gusta vender así. Quiero venderlos de uno en uno. Poco a poco.

La miré fijamente. Tenía una expresión demasiado apacible y tranquila.

No podía ser cierto. Me preguntó:

—¿Usted se dedica a ese negocio?

—Me dedico a cualquier negocio, señora. Lo mío es comprar y vender.

—¡¿Sí?! Oh, qué bien. Venga acá. ¡Venga, venga!

Estaba entusiasmada. Me levanté de la butaca y los perros empezaron a ladrar como dos locos. Me amenazaban en los tobillos pero no mordían. Salimos del recibidor, atravesamos el *hall* y el pasillo. Me fijé en los carteles de cine. Eran tres. Dos de películas de guerra y uno del Oeste. Sucios y grasientos. Me pareció que uno tenía a John Wayne de *cowboy*, disparando con dos Coks. Quizás era Gary Cooper. Llegamos a un comedor amplio. A un lado estaba la cocina, con una puerta abierta que daba al patio. Hacia atrás había varias habitaciones con las puertas cerradas. El olor a perros apestosos lo impregnaba todo. Me fijé en los cacharos de la cocina, los muros agrietados del patio, las paredes y puertas demasiado mugrientas. Al menos hacía cincuenta años que allí no entraba un vaso o un plato nuevo. Todo estaba detenido en el tiempo, cochambroso y grasiento. La gorda hablaba aún más suavemente. «Con una voz aterciopelada», diría el narrador imbécil de la radio. Me mostró una cabeza de mujer, envuelta en un pañuelo batido por el viento. Era una pieza hermosa, realizada en cerámica gris. Me dijo que era francesa. Por la puerta de la cocina comenzó a entrar la voz de la vecina. Cantaba un bolero. Totalmente desafinada: «... y me lo dijo el corazón, no sé luchar contra el amor, por eso te espero hasta el finalllll..., te esperoooooo, te esperooooo, no me hagas sufrir más, te esperoooooo, y si después ya no quieres, me marcharé lejos, muy lejos, mi amolllll, muy lejos...». La mujer cantaba con una voz chillona y me pareció que inventaba aquella letra y pegaba una frase tras la otra. Los perros seguían ladrando y la gorda no se daba por enterada. Actuaba con una parsimonia increíble. Me preguntaba dulcemente si me gustaba la pieza. Pensé que pasaría el día tragando sedantes. Le dije:

—Sí, es muy bonita.

—Me ofrecían cien dólares. Pero me han dicho que en Europa puede valer hasta dos mil dólares. ¿Por qué la gente será tan codiciosa?

—Pero hay que llevarla hasta Europa. Aquí la Aduana no la deja sacar.

Siguió hablando. Me decía que necesitaba dinero para comer. Pensé que

si comía más se pondría mucho más gorda y reventaría. Me mostró un cuadro al óleo. Un bodegón con frutas y mariscos. Y un juego de vasos fabricados con vidrio soplado en Escandinavia. Yo seguía escuchando a la vecina que cantaba. Los perros ladraban un poco más bajo. Quizás se habían cansado. La vecina chillaba y desafinaba. Y la gorda hablaba muy bajo. Tenía la voz lenta, pero educada y serena. Y una sonrisa apacible. Al parecer nada podía sacarla de quicio. Me dijo:

—He vendido todo poco a poco.

—¿Usted vive sola?

—Sí. Mis padres murieron y tengo un hermano en Estados Unidos.

—Y usted se acostumbró a vivir sola.

—No me he acostumbrado, no. Llevo casi treinta años sola, pero no me acostumbro.

—Mucho tiempo, señora. En treinta años se pueden hacer muchas cosas.

—Yo lo he vendido todo.

—Bueno, señora, tengo que irme. Vengo en otro momento.

—Cuando usted desee. Sí, sí. Venga cuando guste.

Me moví hacia la puerta. Los perros arreciaron los ladridos y yo seguía respirando lo menos posible. La gorda se me adelantó y abrió un poquito la puerta. Apenas lo suficiente para que yo pudiera salir. Uno de los perros intentó escapar y ella volvió a cerrar. Me quedé sorprendido. Ella me dijo:

—¡Regáñelo! A mí no me hacen caso.

—¡Ehhh!

—¡Regáñelos! A los dos. Dígales que no pueden salir. Tiene que regañarlos fuerte.

Me aproveché. Estuve a punto de darles unos cuantos puntapiés y partirles el espinazo:

—Eh, oigan, no jodan más. Tranquilos, ya. ¡Échense ahí y no jodan más, cojones! Échense al piso. ¡Al piso, cojones, al piso, a ver!

Los perros se callaron y se echaron, aplastados contra el piso. Me sentí muy bien. La gorda se sorprendió por la andanada que solté, pero abrió la puerta sin perder tiempo. Salí al portal, intenté despedirme. No. Ya había cerrado. Uf, qué alivio.

Di unos pasos y atravesé el portal. Bajé tres escalones, hasta el jardín, y

respiré profundamente. Me llené bien los pulmones. Una, dos, tres veces. Ah, qué bien, aire puro. Dentro de la casa había un silencio total. Tampoco se escuchaba a la vecina, que debía de seguir con su bolero al otro lado del muro.

Caminé unos cuantos pasos. Llegué a la verja. Me concentré para recordar cómo se abría aquella aldaba tosca y pesada. Exactamente frente a mí, en la calle, sonó un golpe seco. Miré y había un hombre tirado en el asfalto, junto a la acera, enredado en una bicicleta retorcida. La rueda trasera de la bicicleta se había doblado por completo. Lo golpeó un auto moderno, color marrón, que se alejaba a velocidad. El tipo se levantó del asfalto y miró con estupor al auto que huía. Hizo un gesto con los brazos, como interrogando: ¿Qué sucedió? Al fin logré comprender el mecanismo de la aldaba. Había que alzarla y al mismo tiempo hacerla girar hacia fuera. Era simple e ingenioso. Abrí la puerta. Salí a la acera y no supe qué decirle al tipo. Yo también quedé totalmente bloqueado por el estupor. Era un hombre muy delgado, de unos cuarenta años, y por la ropa parecía albañil o algo así. No podía hablar. Yo tampoco. Desde la acera del frente cruzaron tres o cuatro personas apresuradamente. Detuvieron un auto que pasaba en dirección contraria por la avenida. Le gritaron que había un herido. Cuando lo movieron para ayudarlo a subir vi que en la cadera izquierda, por la parte inferior de la nalga, tenía el pantalón desgarrado. Por allí salía sangre muy roja y espesa. El tipo no podía apoyar esa pierna porque le bailaba, como si no fuera de él. No habló. Lo montaron en el auto y alguien dijo:

—¡Llévenlo al hospital!

El chofer preguntó:

—¿A cuál?

Nadie supo responder. Uno dijo:

—Al cuerpo de guardia de Maternidad.

—¿A Maternidad?

—Maternidad de Marianao. No sé. Aquí no hay más hospitales. O al Pediátrico.

El tipo seguía mirando a su alrededor con estupor. No podía hablar. En el asfalto, junto a la bicicleta retorcida, había un charco de sangre muy roja y espesa. Respiré profundo. Al fin había aire puro a mi alrededor. Cerré los

ojos con fuerza y respiré bien profundo. El auto partió con el tipo herido. Di un último vistazo a la sangre y a la bicicleta inutilizada, y seguí caminando bajo los árboles. Ahora iba un poco más aprisa.

---

# NADA HEROICO

---

El calor y la humedad me ahogaban. Eran las cuatro o las cinco de la tarde. El sol estaba muy alto y hacia el sur se formaba una tormenta. Joseíto hablaba sin parar de su negocio en el agromercado de Cuatro Caminos. Siempre repite lo mismo:

—Los guajiros venden muy caro y nosotros tenemos que ganar algo.

Y yo también digo lo mismo:

—Joseíto, el final de la historia es que hay que pensarlo cuatro veces para comprar una pina. Es como si uno fuera a comprar un carro del último modelo. Todo el dinero se va en comida.

—Todo está caro, no es sólo la comida.

—Bueno, sí. Mira cómo tengo los zapatos. Y no me atrevo...

—Ahora sí estás hablando como es. Todos los precios están disparados pa' arriba: comida, ropa, zapatos. Todo, los precios son de Japón y los salarios de Haití.

Joseíto es ingeniero civil. Hace años que dejó su profesión. Gana mucho más con un puesto de frutas y vegetales en el agromercado. Y éstas son nuestras conversaciones. Un poco aburridas: el dinero no aparece, el dinero que no alcanza, el dinero.

A nuestro alrededor había mucha miseria. Joseíto vive en una casita pequeña, en la calle Esperanza, a dos cuabras del mercado. Convirtió la sala, de tres por cuatro metros, en almacén de frutas y vegetales. Siempre hay peste a frutas podridas. Los ratones, las cucarachas y las moscas invaden su casa. Su mujer resiste. No habla. No tienen hijos. Ella nunca pudo parir. Ahora tiene cincuenta años, igual que Joseíto, pero se mantiene atractiva. Joseíto está gordo y barrigón. Es una mujer amargada y silenciosa. Sabe que Joseíto tiene romances con otras mujeres, sobre todo con las pelandrujas vendedoras del mercado. Pero no le queda más remedio que aguantar en

silencio. No tiene otra opción.

—Bueno, Joseíto, préstame la cámara y esos tarecos. Me voy.

—¿Te vas a tirar esta noche?

—Sí. Y mañana y pasado. Si pican te traigo algo.

—Tú no te dejas caer, acere. Pareces un niño.

—Yo estoy normal. Tú eres el que te has puesto gordo y viejucu.

—¿Viejo yo? ¡No jodas! Si tengo la tranca como una espada. Todos los días me paso por la chágara a una jeba.

—Sigue tomando jengibre y huevos de codorniz en la fonda de los chinos. ¡Te vas a morir con esas puticas!

—Jajajá, al contrario. Me dan vida, jajajá.

Fuimos hasta el patio de la casa. Joseíto es un tipo jodedor y simpático, pero muy organizado. Lo tiene todo ordenado en un closet: una cámara de neumáticos de tractor, grandísima, bien enrollada y protegida con grasa de lubricación, los nylons, anzuelos, plomadas, carretes, cebos artificiales, todo bien colocado en una bolsa de loneta.

Su mujer trabaja en la máquina de coser. Hace camisitas de niños, *shorts*, gorras, lo que le pidan, y los vende. No me miró. Las mujeres tienen un sexto sentido. Siempre la he mirado con deseo. Joseíto y yo somos amigos desde la universidad. Ella nunca estudió. Era un poco torpe. Le gusta coser y estar siempre en la casa. Joseíto siempre en la calle. Los tres nos conocemos desde muy jóvenes. Desde fines de los años sesenta. Los años heroicos. A veces nos encontramos en el mercado, nos sonamos unos cuantos buches de ron, y Joseíto me dice:

—Tengo ganas de que me llegue el bombo con la visa pa' Yuma, acere. No aguanto más esta jodienda y esta miseria. Pero no creas que me voy a quedar en Miami. No, no. Pa' l Norte. Pa' la nieve. Para no ver un cubano jamás en mi vida.

—Estas revirao, Joseíto. Tú, que eras come candela en los años heroicos.

—Sangre, sudor y lágrimas, jajajá, me engañaron como a un niño chiquito.

Saludo a su mujer de lejos, desde el patio, a través de la ventana donde ella cose:

—Buenas tardes, ¿qué estás haciendo?



—Buenas.

—Cuando hagas gorras me avisas para comprarte una.

No me contestó. Ni levantó la vista de la máquina. Nunca he sido simpático para ella. Cargué la bolsa al hombro. Pesaba un poco. Joseíto me acompañó al portal. Nos dimos un apretón de manos y me fui. La tormenta tenía el cielo cerrado por completo y los truenos se oían mucho más fuertes. Ahora había un vapor aún más caliente, sin un poquito de brisa. Igual que una sauna. El sudor me corría hasta por los huevos. Este es un barrio muy pobre. Peor que el mío. En Centro Habana al menos pasan turistas y la gente se las arregla para venderles algo, estafarlos, robarles, lo que sea y como sea. Siempre se les quita algún dólar. Pero los turistas no entran en las profundidades del infierno. Prefieren tomar las fotos desde el Malecón. Es una gran aventura observar el terremoto desde la periferia y evitar el epicentro.

Salí caminando por Esperanza hacia Cuatro Caminos. Es un barrio sólo de negros. No sé por qué. No se ven blancos. Están todos sentados en la acera y no hacen nada. En una esquina, frente a la panadería, hay una mulata con el brazo izquierdo enyesado. Golpea a un niño de doce o trece años. Le da muy duro por la cabeza. Usa el brazo escayolado como si fuera un garrote. Lo golpea y le grita. El muchacho soporta los golpes y la mira retadoramente a los ojos. Sin pestañear. Y no llora. Debe de ser su madre, y está preñada. Tiene una barriga pequeña, de pocos meses. Golpea al niño con mucha furia y le grita. El muchacho soporta sin hacer un gesto. Aprieta los labios y no baja la vista. Ella le grita:

—¡Llora! ¡Llora!

El tipo no llora. Es un muchacho muy fuerte. Ya se le hinchan los músculos y el rostro se le pone cuadrado. Empieza a ser hombre y aguanta las lágrimas. Ningún hombre llora en la calle, delante de todos. Ni aunque lo maten a patadas. Ella seguía golpeándolo con mucha furia. Podía partirle el cráneo. Se ponía más y más histérica y le gritaba:

—¡Llora, cojones, llora!

Seguí caminando con mi bolsa. Los truenos se oían fuertes y muy seguidos uno del otro. Llegué a Cuatro Caminos y fui hasta la parada de la guagua. Esperé un rato. Comenzó a llover. El asfalto evaporó las primeras

gotas de lluvia. Arreció rápidamente y llovió mucho más fuerte. Salía un calor tremendo de la calle. Lo sentía en mi cara. Era una sauna cabrona. Llovió más. Con un viento sur que metía el agua en los portales. Y al fin empezó a refrescar. Qué alivio. Llovió muchísimo, con ráfagas de viento y rayos y truenos. Las mujeres se persignaban. La calle se inundó en pocos minutos. La calzada de Diez de Octubre y todas las calles aledañas tienen el alcantarillado tupido. El alcantarillado y lo demás. Todo lo tienen tupido y después de estas lluvias torrenciales algunos edificios se desploman. Es una zona folklórica. Muy folklórica.

Pasaron dos guaguas atiborradas de gente. No pararon. Me fui a pie, caminando bajo los portales y mojándome un poco, en dirección al Malecón. Caminaba y me entretenía mirando a las mujeres de esa zona. El barrio le baja la moral al más duro, pero estas mujeres están diseñadas para levantarle todo a uno. Casi todas son chusmas, bullangueras, vulgares y depravadas. Algunas van un poco mejor vestidas y sobresalen. Lo que más me gusta es que todas son diferentes, como me decía una amiga española: «Diviértete ahora porque cuando seáis homogéneos, como en Europa, te aburrirás mucho».

Yo miraba a las mujeres y pensaba que no existe la mujer ideal. No existe nada ideal. Todo lo que alguna vez aspiró a ser ideal fue aplastado por el espíritu de la época: vértigo, caos, dinero y confusión. ¡Mierda, cojones!

Cuando llegué al Malecón ya no llovía. Fui hasta la ponchera del Trucu para inflar la cámara con el compresor de aire. El Trucu es mi amigo de muchísimos años. Juntos hemos cogido muy buenas curdas:

—¿Vas a pescar esta noche, acere?

—Sí, Trucu, voy a aprovechar la corrida.

—Uh, y cómo están picando. Mis socios del edificio fueron anoche y agarraron siete pargos grandísimos.

—Coño, está bien.

—Sí, pero ellos fueron en una cachucha de remos. Tú, con esa cámara, estás embarcao.

—Bueno, aunque sea uno o dos saco pa' fuera.

Subí a mi azotea. Me vestí con una ropa muy vieja. El Trucu me ayudó a llevarlo todo hasta los arrecifes y me lancé al agua. Oscurecía lentamente.

San Juan sería el sábado 24 de junio, pero la corrida siempre comienza ocho o nueve días antes, con la luna llena, hasta el cuarto menguante. El agua estaba fría y revuelta después del aguacero. Me calcé las aletas, me acosté boca arriba en la cámara, con los pies en el agua, y salí pateando hacia el veril.

El pargo de altura se concentra allí, en la línea que hace el bajío y el mar profundo. Hacía mucho que no pescaba. Cinco o seis años. Durante algún tiempo viví de la pesca, en una cámara como ésta. La noche entera con el culo en el agua. Los huevos se enfrían y se acalambran. Es uno de los oficios que prefiero olvidar. Es más fácil pintar y vender los cuadros y escribir mi autobiografía. Al menos no me mojo el culo ni me da artritis.

Me alejo bastante de la costa. Con las aletas el movimiento es lento. Se hizo de noche y oscureció mucho. Aún no había luna. Me entretuve mirando hacia la costa. La Habana es muy linda con las luces y todo el mar negro delante de uno. La he mirado así cientos de veces, flotando en el mar, a quinientos metros de la costa. Y siempre me gusta. Entonces me acordé de los tiburones. Uno sabe que está solo y los tiburones siempre pueden merodear. De repente mis pensamientos se cortan: un buque enorme está casi encima de mí. No lo vi acercarse. ¿Cómo es posible? Avanza en la oscuridad y navega con pocas luces. Se lanza sobre mí a toda velocidad. Es gigantesco. Parezco una hormiga flotando delante de un elefante. Sin percibirlo me había metido en el canal de entrada del puerto. El buque sale. Los motores están en la popa, debajo del puesto de mando y de los camarotes. En la proa no se oyen. El barco avanza implacable y silencioso. Sólo oigo el leve rumor de la proa picando el agua y formando remolinos. Les doy a las aletas y a las manos como nunca en mi vida. Un golpe de adrenalina inyectó mis músculos. Logro separarme tres o cuatro metros y en un segundo ya la proa está rebanando el sitio donde yo flotaba. Sigo dándole fuerte a los pies y a las manos. La succión de la propela me tragará si me quedo tan cerca del casco. Seguí alejándome. Más, un poco más. Estoy a veinte metros. Todo sucedió en pocos segundos. Ahora el barco se interpone entre la costa y yo. Es un buque tanque y sale muy oscuro del puerto. Sólo la torre de mando y los camarotes, en la popa, están bien iluminados. Es enorme. Puede tener doscientos metros de largo, y navega vacío. La línea de flotación sobresale ocho metros sobre el

agua. Las propelas también están un poco afuera, revuelcan el agua y forman espumaraje. Miré hacia arriba. En la tercera cubierta, recostados a la barandilla, van dos marineros, beben cerveza directamente de las botellas. Me vieron y me dijeron adiós alegremente. Me pareció que se besaron en la boca y me miraron de nuevo, riéndose. No estoy seguro y sigo mirando fijamente. Sí. Lo repitieron. Se besaron de nuevo. Se abrazan y se acarician, mirándome. Me llaman con la mano y se masajean por encima de los pantalones. Están alegres y se divierten. El buque se alejó rápidamente. Me quedé solo de nuevo, flotando en el mar negro y tranquilo. A lo lejos, en el veril, se veían las luces de toda la gente que pescaba pargos. Fui dándoles a las aletas sin prisa. Preparé un nylon con dos anzuelos grandes y cucharas plateadas. La carnada buena son las sardinas frescas, pero de noche las cucharas parecen sardinas. Fui soltando el sedal y acercándome al veril. Cuando llegué a la línea del bajío, salía la luna por el este. Inmensa y naranja. La noche se iluminó. El aire y el agua tomaron un leve tono azul. Sobre el veril habían anclado tres yates de la high life. Hermosos yates. Veinte o treinta lanchas de motor. Otras veinte o treinta cachuchas de remos, mucho más modestas. Y finalmente, cincuenta o sesenta tipos como yo, flotando, con el culo en el agua.

Aleteé un poco y me alejé todo lo más que pude. No me gusta la promiscuidad para pescar. El veril es larguísimo, pero los pescadores tienen la cabrona costumbre de acercarse cuando ven que en algún sitio están picando. Hay que saber lo que uno hace. El pargo de altura viene a comer los peces pequeños y de colores que viven en los arrecifes del bajío. Lo importante es saber eso, conocer por dónde va la línea del veril, colocar los anzuelos en ese sitio, moverlos un poquito arriba y abajo y esperar con paciencia y fe a que el otro cometa un error y se trague la cuchara, creyendo que saborea una sardina. Así se encaja el anzuelo hasta el buche.

A la media hora picó uno. Le di tres o cuatro metros de cordel. El tipo haló y tragó. Se enganchó bien el anzuelo y le dije:

—Bueno, compadre, te jodiste porque te vas a cansar. Y yo no tengo apuro.

Y empezamos a trajinar. Nadó hacia abajo y se metió a lo profundo. Si encontraba una cueva me podía joder porque el filo de las rocas corta el

nylon. Bajó sesenta brazas por lo menos. Tenía tremendo susto y seguramente nadaba temblando de miedo. Ya presentía que se había metido en una lucha a muerte. Aún me quedaba mucho nylon en el carrete, pero tenía que aguantarlo un poco. Lo frené suave, sin brusquedad, y le dije:

—Recuerda que tienes un gancho de acero ensartado en la garganta, nene, ya no eres libre. Eres mío. Ven. Sube. Sube, nene, que ya eres mío.

El tipo cedió un tin. Casi nada, pero sentí que quería coger un respiro. No. De eso nada. Empecé a recoger y lo traje lentamente hacia mí. Era un animal pesado. A veces se dejaba arrastrar, pero continuamente daba tirones para soltarse. No podía. Tenía el anzuelo bien trabado. Cuando se vio en la superficie y sintió el agua tibia, se asustó. Dio un tirón y bajó de nuevo a buscar profundidad. Tuve que aflojarle el nylon. Pero lo contuve un poco. No mucho. El tipo ya nadaba nervioso y sin rumbo. Perdía el control. El pánico en él era un punto a mi favor. Buscaba desesperadamente un refugio para encuevarse. Le dije:

—Eso es lo que tienes que hacer: nada sin rumbo. Cánsate, cabrón, cánsate bien y afloja. Ríndete, cabrón, y no busques más porque no hay cuevas en todo esto.

Yo tenía el control en mis manos: ni estaba nervioso, ni tenía un anzuelo enorme enganchado en la garganta, desgarrándome el alma, ni me halaban para obligarme a salir de mi lugar, ni tenía que buscar una cueva para hacerme fuerte. Nada de eso. Todo estaba a mi favor. Yo tenía el poder. El poder absoluto. Cuando uno tiene el poder total crece mucho el hijoputa que todos llevamos dentro.

Me sentí alegre y triunfador sobre el imbécil sin cerebro que tenía enganchado en mi anzuelo. Y me reí a carcajadas mientras le gritaba:

—Dale, cabrón, dale. Acaba de morirte que ya vas pa' fuera.

Pero el pargo es fuerte y luchador. Y es astuto. Lo mismo sucede con la picúa y la aguja, son hábiles y batalladores. No se rinden enseguida ni se debilitan. Un pargo de altura puede batallar durante una hora y al final logra cortar el nylon y se escapa. Con la boca destrozada pero huye. Así se me han escapado unos cuantos. Si no tragan bien el anzuelo, el pescador tiene todas las de perder. Pensé en todo eso, y le dije:

—Ya, compadre, se acabó el jueguito. Vamos pa' fuera.

Empecé a recoger pita y preparé el palo. El tipo se había cansado. Actué rápido. Recogí pita y el animal cedió, sin fuerzas. De pronto salió del agua entre mis piernas. Rápidamente agarré el palo y le asesté un macetazo muy fuerte en la cabeza. Dio un solo coletazo y se quedó tranquilo. Lo saqué del agua. Temblaba un poco y boqueaba, pero sin aletear. Eran los últimos estertores de la muerte. Entonces, *prac*, se aflojó y se quedó tranquilo. Ya, adiós. Su almita subió al cielo y yo me quedé con los despojos. Soltaba sangre porque le abrí la cabeza con el garrotazo. Era grandísimo. Tenía alrededor de ocho o nueve kilos de peso y casi un metro de largo. Me lo tiré encima y salí aleteando rápido hacia la orilla. En el veril hay tiburones y huelen la sangre a mucha distancia. Lo mejor es no provocarlos. Hay que escapar a tiempo. Lo mío era sencillo, nada heroico: agarrar un pez como éste cada noche durante la corrida del pargo y tratar de mojarme el culo lo menos posible.

Sólo hay que tener precisión, porque la cosa es un poco misteriosa: los pargos se acercan al veril por miles, en la primera noche de luna llena de junio. Están ahí nueve o diez días y de nuevo regresan al océano profundo cuando comienza el menguante. Así cada año. Quizás vienen a la orilla a aparearse, o a desovar. No sé. Los pargos lo tienen todo bien calculado entre ellos, y no fallan en las fechas. Me asombro cada vez que lo pienso.

Me costó mucho subir la escalera con el pargo, la cámara y la bolsa de lona cargada de tarecos. Al fin llegué. Tuve que tocar el timbre. Julia había pasado todos los pestillos por dentro. Vive aterrada. Piensa que le van a robar y a matarla. Me abrió dormida y de mal humor. Le pregunté la hora. No me contestó. Ni miró el pargo. Se acostó de nuevo. Salí a la terraza y en pocos minutos lo limpié, le corté la cabeza, lo dividí en ruedas y lo metí en el freezer. Me bañé. Bebí un litro de agua helada y miré el reloj: la una y cuarenta y cinco. Qué bien. Hice muchas cosas en poco tiempo. Bebí más agua y me acosté junto a Julia. Roncaba. Estuve un rato oyéndola. Abrí los ojos. Por las persianas abiertas entraba la luz de la luna. Miro al techo. No tengo sueño. Estoy excitado tal vez. Lo bueno ahora sería que Julia me gustara mucho y me pusiera duro el rabo al oler sus axilas. Un buen palo es un sedante. Uno descarga y ya. A dormir como un oso. Ah, pues no. La oigo roncando groseramente. ¡Parece un camionero, cojones! Y me pongo de mal

humor. Yo venía feliz con mi pargo, me acuesto junto a esta mujer y ya estoy irritado y con deseos de darle un empujón y sacarla de la cama.

Me levanto. Miro el reloj de nuevo. Las dos y diez. Voy a la azotea a tomar fresco y a despejarme un poco. No hay brisa. Calma chicha. El Morro lanza su chorro de luz, un borracho canta a voz en cuello en el Malecón. Las calles desiertas. Todo es simple. Momentos de placer y momentos brutales. Se alternan. Y eso es todo.

---

# VACÍO Y PERPLEJIDAD

---

Tenía que estar a las siete de la mañana en el laboratorio del hospital. Me dijeron: «Tres días sin relaciones sexuales, debe estar aquí a las siete. Puede venir con su pareja para que lo ayude en la maniobra».

Me levanté muy temprano, hice café. Le llevé una taza a Julia a la cama e inventé algún pretexto:

—Voy a ver un refrigerador en La Lisa. Me demoro un poco.

No me contestó. Quizás no me escuchó. Bebió el café Y siguió durmiendo. Me fui. El hospital está cerca. Antes de las siete yo esperaba frente a la puerta del laboratorio. Había tres parejas jóvenes. Todos tenían unos veinticinco años, más o menos. Se notaba que eran matrimonios felices, inundados de ilusiones, amor y esperanzas en el futuro, deseosos de tener hijos. Yo era el único viejeco, con cincuenta años y solitario.

Llegaron las muchachas del laboratorio. Eran tres mujeres muy jóvenes y serias. Dijeron: «Buenos días», sin sonreír. Me pregunté: «¿Por qué me habré metido en esto?». Pero ya no podía ir atrás, tenía que seguir adelante.

Las laboratoristas se pusieron sus batas blancas. Pasó la primera pareja. Después la segunda pareja. Después la tercera. Salieron los primeros, besándose y entusiasmados. Terminaron muy rápido. Me llamaron a mí. Llegaron otros dos jóvenes solos y una pareja más. Se quedaron fuera, esperando su turno.

Cuando estuve dentro, una de las laboratoristas me preguntó:

—¿Usted sabe cómo es la maniobra o es primera vez?

—Primera vez.

Anotó mi nombre, edad, dirección, teléfono, número de la historia clínica. Me alcanzó un vaso plástico y me dijo:

—Entre en aquella cabina. Recoge aquí la muestra y me la da enseguida. No puede perder tiempo. ¿Usted lleva tres días sin relaciones maritales?



—Sí.

—Bien. Le repito: la muestra tiene que depositarla completa en este recipiente. Sólo puede perder unos segundos desde la extracción de la muestra hasta que me la dé para el primer conteo. Eso es lo más importante.

¿Bien?

—Bien.

Entré en la cabina. La muchacha fue tras de mí:

—¿Usted vino solo?

—Sí.

—Mire, se puede ayudar con esto para la maniobra.

Me dio una revista pornográfica italiana, hecha trizas. Al parecer miles la habían utilizado antes. Cerré la puerta, me saqué el rabo, miré un poco la revista y empecé a masturbarme. No se ponía duro. Era un pellejo. Apretando el culo intenté que se parara un poquito. Nada. Intenté concentrarme en aquellas mujeres desnudas, con la lengua entre los labios. No. Eran insípidas. Estoy acostumbrado a las de carne y hueso. Empecé a sudar. Me costó tiempo, trabajo y concentración. Pensé en muchas mujeres. Cerré los ojos y me concentré en Gloria. Quizás media hora. No sé. Muchísimo tiempo. Sudé mucho y me puse nervioso. Nunca me había hecho una paja tan agónica. En algún momento pensé que quizás tenía que salir y pedir disculpas porque no había logrado extraer la muestra. Seguí luchando contra mi mente. Al fin logré echar un chorrito en el fondo del vaso. Miré. Habría un milímetro. O menos. Me escurrí bien y cayeron dos gotas más. Me guardé velozmente el rabo, que de nuevo era un pellejo infeliz. Subí el zipper del pantalón, y salí apresurado. La muchacha lo agarró con toda seriedad y con las manos enguantadas. Me dio la espalda y comenzó su trabajo. Muy seria. No sonreían con los pacientes. Eran precavidas. Le di las gracias. No me contestó. Me fui de regreso a la casa.

En los últimos meses yo había notado que tenía poco semen. Muy poco. Y Gloria me decía siempre que estaba ácido:

—Ya no tienes la lechita dulce como antes, papito. Y es muy poquita.

Julia no podía opinar porque no me la mama. Poco a poco entró en mi mente la idea de que podía tener un tumor aplastándome las glándulas, y por eso no funcionaba bien. Esa idea avanzó dentro de mí. Entonces comencé a

observarme mejor, durante varios meses. Todo seguía igual. Decidí ir al médico. Un especialista en urología. Habló conmigo y le noté muy extrañado con mi historia. Me preguntó:

—¿Tienes hijos?

—Sí. Tres.

—¿Y quieres tener otros ahora?

—No, no.

—¿Entonces?

—Doctor, ya le dije: tengo muy poco semen y muy ácido. Pienso que puede ser un tumor que está ahí, presionando sobre las glándulas, y no las deja funcionar bien.

—¿Y cómo sabes que tu esperma es ácido?

—Ah, bueno..., imagínese...

Yo lo había probado unas cuantas veces cuando Gloria lo tenía en la boca y me lo pasaba con la lengua. Pero no podía explicar eso al médico.

El tipo me hizo acostarme en una camilla. Me metió un dedo por el culo. Me dolió bastante. Aguanté. Lo sacó y me dijo:

—Nada en la próstata. Bájate. Ponte en media cuclillas, con las piernas abiertas.

—No entiendo.

Hizo la posición delante de mí y me dijo:

—Así. No te subas el pantalón. Que los huevos te cuelguen.

Adopté la postura. Los huevos me colgaban. El médico los palpó cuidadosamente y me dijo:

—Cero varicoceles. Vístete.

Se sentó en su mesilla metálica y me ordenó el espermograma.

Cuando llegué a la casa, Julia baldeaba la azotea. Echaba cubos de agua y barría enérgicamente. Sudaba mucho. Baldeaba con un frenesí extraordinario, como si en ello le fuera la vida. Eran las ocho de la mañana, pero ya el sol quemaba. Cuando me vio me preguntó:

—¿Tú no ibas a La Lisa?

—Sí, pero no sé la dirección, y Evelio no está en casa.

—¿Quién es Evelio?

—Un socio mío. Mecánico de refrigeración. Tiene que revisarlo antes de

comprarlo. Dicen que es un Kelvinator del cincuenta y dos.

—Pero aquí no hace falta.

—No, pero si lo dejan en buen precio, lo compro, lo pinto un poquito, lo pongo cuqui y lo tiro en el doble.

—Ah.

Supongo que se tragó el cuento. O aparentó que se lo creía. No sé. Ya casi no habla. Yo también sudaba. Me preparé una limonada. Julia me dijo:

—En Tercera y Setenta venden huesos y falda, por las mañanas.

—¿De res?

—Claro.

—¿A qué hora abren?

—A las diez. Me dijo la vecina que cada paquete vale un dólar y pico. Lo único que hay en esta casa es arroz y frijoles.

—Bueno, vamos. Tengo un dinerito. ¿A ti te gusta la sopa de huesos?

—A mí me gusta cualquier cosa, menos arroz y frijoles todos los días.

Fuimos al supermercado de Tercera y Setenta. Llegamos a las nueve y media. Había un grupo de cincuenta o sesenta personas, esperando bajo el sol. Cuando abrieron el portón —a las diez— todos entraron corriendo. Julia y yo nos miramos asombrados y corrimos también. Todos íbamos al mismo sitio: una mesa refrigerada, con cien o doscientos paquetes de huesos. La gente se empujaba violentamente para agarrar unas cuantas bolsas. Julia se quedó bloqueada cuando vio aquella guerra campal por el botín de la osamenta. A mí, por el contrario, se me disparó el verdugo y entré en la cancha. Metí mi mano izquierda en el bolsillo del pantalón y agarré firmemente el billete de diez dólares. Siempre hay carteristas acechando en los tumultos. Me metí entre la gente. La mayoría eran mujeres y me restregué un poco con algunos culos y algunas tetas. Es muy estimulante no perder el *training*. Empujé más. Lancé el brazo derecho por encima de todos y agarré tres bolsas. Las mujeres en primera fila habían corrido más rápido. Ahora se daban el lujo de escoger bolsas que tenían más restos de carne adheridos a los huesos. Salí de la turba. Alrededor de otra mesa comenzaba a formarse otro grupo de gente alterada. Eran los paquetes de falda. Le di las bolsas de huesos a Julia y fui hasta allí. Carne de cuarta: pellejos, tendones, cohetes, nervios. Le dicen «falda» y suena mejor. Es un poco más cara que los huesos.

Tres dólares el paquete. Cogí dos y nos fuimos. Julia nunca había estado en ese supermercado y quería mirar un poco, pero las bolsas de huesos chorreaban un líquido viscoso y sanguinolento. Lo manchaba todo.

—Déjame mirar un poquito. No te apures.

—¿Para qué, Julia, si no tienes dinero? Vamos.

Me ignoró y se acercó a unos estantes de cereales y chocolates. Le parecían atractivas las cajas. Después siguió a los anaqueles de yogur, quesos y mantequilla. Tuve que esperarla. Lo miraba todo cuidadosamente. Comparaba los precios. Al fin vino hasta mí y nos fuimos a pagar. Eran seis dólares de falda y cuatro ochenta de huesos. La muchacha en la caja llamaba «ternilla» a los huesos. Total: diez ochenta.

—No, señorita. Quite un paquete de huesos —le dije con el billete de diez dólares en la mano.

Lo hizo. Sacó la cuenta de nuevo:

—Nueve veinte.

—Tome.

Me devolvió ochenta centavos. Julia se mantenía alerta:

—Alcanza para dos jabones de olor.

Le di los ochenta centavos. Compró uno solo. Los más baratos son de cuarenta y cinco centavos. Se guardó el vuelto y nos fuimos. Cuando esperábamos la guagua le pregunté:

—¿Por qué no me dijiste que venía tanta gente a esta jodienda?

—Esa gente compra para revender. La vecina me lo dijo: «Sacan poco y se acaba enseguida porque los merolicos le caen en pandilla». No pensé que se ponían tan agresivos.

—Bueno, Julia, en fin, ya pasó.

La que no pasaba era la 232. Estuvimos una hora y media esperando. Al fin llegamos a casa y nos esperaba la cuñada de Julia, sentada en la escalera. Nosotros veníamos agotados, sudando. Yo pensaba que los huesos se pudrían de tanto calor. Julia lo puso todo en la cocina y comenzó a picar aquello, hirvió los huesos, arrancó pellejos. Hice café, le brindé a su cuñada y me fui para la azotea a mirar el mar. La peste a sebo de vaca hirviendo inundaba la casa y llegaba a la azotea. La cuñada de Julia se puso a su lado, cruzó los brazos y habló sin parar dos horas y media, mientras Julia trajinaba. Cuando

se fue eran casi las tres de la tarde y el calor era sofocante. Hice limonada y le pregunté:

—¿Hiciste algo para almorzar?

—Ay, por tu madre, no me hables de comida.

—Julia, yo tengo tremenda hambre. Son las tres de la tarde.

—Estoy asqueada con toda esa pellejera y esos huesos. ¡No quiero verlos delante de mí!

—Julita, no te pongas bruta. Hay que comérselos, y tú fuiste la que inventó comprar esa mierda.

—Te los comerás tú, que eres un huevón y te fuiste para la azotea, pero yo no puedo tragarme esa porquería.

—Haz picadillo. Así ni ves lo que te tragas.

—No puedo. Estoy asqueada y a punto de vomitar. No-pue-do.

—Te estás poniendo muy fina, Julita. ¿Qué tú quieres, filete y solomillo? Qué va, mamita, el tarro de la vaca es lo que hay pa' ti, jajajá.

—Y tú te ríes de todo. Eso no es ninguna gracia.

—Ah, cástate con un ministro, con un general. Son más serios que yo, pero comen filete, jajajá.

—No te sigas riendo, hazme el favor. ¡Imbécil!

Me miró con rabia. Yo quería joderla un poco. La peste a sebo de res me había quitado el apetito. También estaba asqueado, pero no puedo darle la razón. Tomamos limonada bien fría.

Intenté dormir una siesta. No pude. El colchón ardía. Me tiré en el piso, con una almohada bajo la cabeza. Julia leía la biografía de *Fouché*, de Stefan Zweig. Le pregunté:

—¿Está bueno ese libro?

—Sí. Este tipo era terrible.

—Apréndetelo de memoria, le añades *El Príncipe* y vas directamente pa' arriba y a comer filetes.

—No me interesa. Déjame leer.

—¿Qué le pasaba a tu cuñada?

—Se separó de mi hermano. Dice que ya no puede más. Y la entiendo, ella tiene razón.

—¿Por qué? ¿El tiene otra mujer?

—No. La borrachera. Cada vez que se da unos tragos le entra a golpes. Y ella se cansó de aguantar. Hace bien.

—Ella está buenísima. Dentro de una semana viene otro y vida nueva.

—Chico, ¿tú nada más piensas en lo mismo? No respetas ni a mi cuñada.

—Yo nada más dije que está muy buena.

—Tienen dos hijos y llevan casados como quince años. Es una lástima. Son personas mayores...

—Yo no los veo como personas mayores. Cuarenta y pico de años...

—¿Y con esa edad son dos niños? Ella quiere cuidar su matrimonio, como es lógico.

—Como es ilógico. Un matrimonio no se puede cuidar. Es ilógico, absurdo y estúpido.

—Tú tienes ganas de discutir hoy.

—No, no. Estamos hablando, nada más.

—El alcohol acabó con mi padre y ahora agarró a mi hermano.

Siguió hablando de su hermano. Me decía que no sabe vivir solo y que dentro de poco estará sucio y abandonado por la calle, como un mendigo. El piso estaba fresquito y yo tenía mucho cansancio. Me quedé dormido.

Dormí profundamente y desperté aletargado. Sólo quería seguir allí y no levantarme. Entonces pensé que sería un buen modo de alejar a Julia de mi vida: me trago una botella de ron por las tardes, le voy arriba, le meto unos cuantos pescozones y ya. Ella sola coge el caminito. Y me ahorro la discusión y tener que decirle a las claras que no la resisto. Y de paso me voy a sentir bien sonándole unos cuantos galletazos. Ya me tiene hasta los cojones. Por cierto, hablando de cojones, mañana tengo que ir a recoger el resultado del espermograma.

Hice un esfuerzo y me estiré todo lo que pude. Creo que me pongo viejo y rígido al lado de Julia, me levanté y conecté la radio. Salió una emisora de Miami, con canciones latinas. Entre una canción y otra el locutor decía: «Usted viene al Koper Southwest Supermarket, antes de las cinco de la tarde, y aquí estamos nosotros, con un *Looper Ticket* para usted. Lo estamos esperando en la puerta. Puede ganar fácilmente hasta mil setecientos dólares en efectivo. Es muy fácil. Se gana fácil con los *Looper Tickets*. Venga ahora mismo. No pierda tiempo». Después ponían más canciones latinas. Visto de

ese modo todo era simple y agradable. Demasiado fácil para ser cierto, pensé. Me sentía un poco perplejo y desconcertado. Apagué la radio. Salí a la azotea a mirar el mar azul, con el sol reverberando tanto que me dejó casi ciego. ¿Dónde estaría Julia? Y volví a pensar: «La perplejidad y el desconcierto ganan terreno». Pero enseguida reaccioné: «Ah, no te pongas patético y autocompasivo. Es sólo una mala etapa y nada tiene sentido, estás en baja».

Me repetí esto varias veces y lo comprendí. Ni siquiera me puse furioso. Sólo me quedé con esa sensación de vacío y perplejidad. Y no sabía qué hacer.

---

## EL PUÑAL CHINO

---

Mi vecina lleva años encerrada en su pequeño apartamento. Se ha puesto un poco morbosa. Sus únicas conexiones con el mundo son el televisor, el teléfono y unos pocos minutos de conversación diaria conmigo. Tenemos los patios comunes, es decir, compartimos la azotea del edificio.

Además de la incomunicación y el aislamiento, parece que su vida es excesivamente sórdida. Todo en estos tiempos es sórdido, pero en ella se agrava. Demasiada pobreza, demasiada soledad, su hija jamás la llama. Lucha contra la depresión y el deseo de abandonarlo todo. Creo que mi vida también es un poco sórdida y sin sentido. Quizás es sólo aburrimiento, días monótonos y una buena dosis de melancolía, que me inyectaron cuando aún era un espermatozoide. A veces pienso que la época y el lugar son sórdidos para todos. Ha sido un proceso de años: desde el caos y la confusión hasta la sordidez y el absurdo. Terrible.

Pero yo, al menos en teoría de estadísticas, tengo un poco más de futuro. Ella tiene setenta años. O setenta y pico. Yo cincuenta. Se supone que puedo vivir con esperanzas de algún cambio para mejorar. Ella sólo espera el silencio y la noche.

Hoy me llama como siempre. Me da una taza de café. La noto más apesadumbrada que de costumbre. O más descontrolada:

—Ojalá nunca te veas solo. No te imaginas lo odioso que es vivir solo. Tú tienes mucha suerte, porque Julia es una buena mujer y te quiere mucho.

No le contesto. Cada quien sabe lo de él. Prefiero estar solo que mal acompañado, pero me lo trago y pienso fugazmente en una pistola y un balazo en la sien de Julia.

Me alejo mentalmente, pensando todo eso. Mi vecina siguió hablando. Enviudó hace siete años. Desde entonces concentra en mí toda su energía porque su hija decidió cortar definitivamente. Un día —la última vez que la



visitó— me llamó por el patio y me dijo: «No soporto a mi madre, es un desastre. Una dictadora». Hace años de esto. Jamás volvió. Cuando de nuevo le presto atención, me habla de su sobrino:

—Me ha llamado tres o cuatro veces en estos días y dice que piensa suicidarse, que ya no merece la pena vivir.

—¿Y eso por qué?

—Le cortaron una pierna, se acomplejó y botó a su mujer. Está viviendo solo y tiene pensamientos muy negros.

Me gustó eso: «pensamientos negros». Nunca se me había ocurrido.

—Es muy joven, tiene cincuenta y siete años.

—¿Eh?

—Que es muy joven.

—Ah, sí.

—Yo lo animo y le digo que es muy joven. Para darle ánimo, pero con una pata de menos... está jodio. Y sigue con el alcohol.

Seguí pensando en los «pensamientos negros». Me gustaría indagar dentro de ese tipo. Enterarme de cómo son esos pensamientos.

—Dice que ella salía mucho y que tenía otro hombre desde que él se quedó medio inválido. Se puso celoso y amargado.

—¿Por qué le cortaron la pierna?

—Ya te dije: diabetes. Y sigue bebiendo. Si dejara de beber puede rehacer su vida.

—Si bebe al duro todos los días, no puede rehacer nada.

—Ay hijo, no digas eso.

—No, no, quiero decir...

—Es verdad, yo sé que es cierto. Pero no puedo desalentarlo. Todo son desgracias en la familia. La madre de él está paralítica en una cama. La tía con una esquizofrenia aguda que sólo reacciona con electroshock, el otro hermano mío...

—Dicen que las enfermedades se las atrae uno mismo.

—No lo creo. Mi familia es muy buena y noble. Y ya tú ves que todo es un desastre.

Era imposible pararla. Cuando coge por el caminito de los lamentos no hay quien la aguante. Tomé el café. Me gustan más sus conversaciones

cuando me habla de los agentes de la CÍA que vivieron en este edificio y de la planta de radio que tenían en el sótano. Otras veces me habla de las operaciones encubiertas en que participó en los servicios secretos. Llegó al grado de capitana. A veces se le suelta un poco la lengua y me dice:

—Yo he contado millones de dólares. Todo estaba muy compartimentado, pero yo sabía que ese dinero iba para bla, bla, bla...

O cuando en los años cincuenta era sirvienta y cocinera en la casa de una espía nazi y de cómo trataron de asesinarla en 1953, y ella la salvó porque no quería ser cómplice. La alemana había sido amante de Chiang-Kai-Shek, y espía en la corte de ese señor, en Formosa. Algún día escribiré una novela con las aventuras de mi vecina. Pero cada cosa a su tiempo. Ahora me podría tostar demasiado en la hoguera de los herejes. Y no puede ser. Tengo que cuidarme el pellejo.

En fin, hoy está demasiado depresiva. Eso es contagioso. Me levanté para irme, pero todavía me retiene para comentarme un accidente ferroviario de ayer, en el que murió un cantante muy popular. Sabe en detalle cuántos muertos y cuántos heridos graves, etcétera.

Al fin logro irme. A veces la admiro por su enorme capacidad de resistencia. Es demasiado estoica. Vive como una monja de clausura, con diez dólares al mes de jubilación. Y sigue aguantando. Cierro bien mi casa y me voy al Calvario. Hace más de un mes que no veo a mi madre. En los últimos días me ha llamado varias veces con pretextos tontos. Eso significa que está ansiosa y necesita verme y hablar un poco conmigo.

Dos horas después estoy con ella. Y se repite la historia. Hoy es el día de los muertos insepultos y las tragedias sin solución. Primero me hace un inventario del Apocalipsis entre los vecinos: el camionero del frente, que la mujer lo abandonó y él se ha hundido poco a poco. Ya no tiene trabajo y bebe todo el día. La negra vieja de al lado, con el hígado endurecido y el vientre inflamado. Debe de ser cáncer. Le queda poco para morir. La familia de al lado: se mueren de hambre literalmente, pero tienen miles de pesos escondidos porque la codicia los devora. La otra señora de más allá, amargada desde que su marido se ahorcó, pero en el barrio dicen que la avaricia de ella lo llevó a robar sin medida hasta que el hombre tuvo que ahorcarse.

Por ahí sigue. Con todo detalle. Sus notas incluyen algunos muertos que se le aparecen a cualquier hora. Lo describe todo con tanta precisión que la creo. Parece que sí ve a esos muertos inquietos. Si me sucede a mí me cago. Literalmente. Con mierda y todo. Ella no. Lo asume con una naturalidad total.

Pero habitualmente evita el folklore espiritista y regresa a las tragedias. Es como un radar para los desastres. Me habla de primos y tíos con sus vidas arruinadas por el alcohol. De otro al que sus hermanas —muy educadas y políticamente correctas— dejaron en la calle al quitarle la casa heredada de los padres. Aunque los padres aún no han muerto, ya ellas lo resolvieron todo, para ir adelantando. Otro primo que dirige algo y hace comentarios políticos por televisión parece que se está volviendo loco. Otra de sus sobrinas, con el marido muriéndose de cirrosis hepática, sobrevive nadie sabe cómo, en medio de una pobreza atroz, en su pequeña casita en el campo.

Todo es real. Yo sé que no inventa ni exagera. La familia es grandísima y todo está arruinado y en situación límite. Soporto dos horas. Al fin no puedo más y reviento:

—¡Cojones, vieja, me vas a volver loco! ¡No me hables más de tragedias! ¡Que se mueran de hambre, que se vayan pa' Miami, que tumben al gobierno, yo no sé! Yo también tengo veinte problemas y no se los digo a nadie.

—Ay hijo, no son tragedias. Es que la vida se ha puesto así. Hay una pobreza muy grande y no hay de dónde sacar dinero y...

—Ya, ya. ¡Cojones! ¡Ya! Esto es un infierno. ¡Vengo para acá huyéndole a mi vecina, que es una vieja diabólica, y tú eres peor!

—Ay hijo, que Dios te perdone. Yo soy tu madre, no me digas diabólica.

Y se le salen las lágrimas. Lloro como una niña. Hasta con mocos. La dejo que lllore y se desahogue. Voy hasta el jardín. Me siento a la sombra del framboyán. Necesito un trago. Pienso ir a buscar un poco de ron. Tengo tanta rabia que me dan deseos de meterme unos cuantos pescozones yo mismo. En eso veo a Daymí. Pasa caminando pausadamente por el frente. Me gusta esa mujer. Es alta, delgada, morena, con el pelo muy negro. Una mujer silenciosa, de treinta y dos años. Nunca sonrío. Tiene un rostro varonil, parece un muchacho. Me gusta mucho. Su expresión es plácida y serena, como si jamás pudiera alterarse. Lo que más me gusta son sus pies. Tiene

unas piernas muy hermosas, pero sus pies son grandísimos y fuertes, largos, musculosos, con grandes dedos y grandes uñas. Usa el cuarenta y dos. Yo uso el cuarenta y seis. Se lo he dicho:

—Me apasionan tus pies. Si fueras mi mujer escribiría un poema sobre tus pies.

—No te creo.

—¿Por qué?

—Estos pies no son de mujer. No consigo ni zapatos, tengo que mandarlos hacer.

—Eso no es un problema. Me gustan muchísimo.

—Te estás burlando. Son pies de hombre.

—Me gustan. Me excitan tus pies.

Bajó la vista. Un poco apenada tal vez. Es de esas mujeres que hablan poco o nada. Trabaja en cafeterías y pequeños restaurantes. Tiene un hijo de cinco años. Su marido está en prisión, con una condena de doce años. Ha cumplido cuatro. Lo agarraron en Camaguey, en una casa donde había coca. Dijeron que él traería un paquete para La Habana y que le pagaban dos mil dólares por el trabajito. Al parecer Daymí se mantiene fiel. Si tiene algún amante, es con demasiada discreción. La llamo y voy hasta ella:

—¡Daymí!

Se detiene y me mira muy seria. No le gusta que la aborde en el barrio. El marido se entera de todo, aunque esté en la cárcel. Me han dicho que el tipo se ha amargado mucho y desconfía hasta de su sombra.

—¿Cómo estás, Daymí?

—Bien. Oye, estoy apurada y no tengo tiempo. Se me hace tarde.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—Guille tiene visita hoy.

—Y pabellón después, porque vas lindísima. ¿Toda la noche?

—Sí, hasta las seis de la mañana.

—Qué suerte tiene tu marido. Toda la noche contigo.

—Es mi esposo y tenemos un hijo.

—¿Cuándo me aceptarás una invitación, Daymí? Aunque sea para una cerveza. Si aceptas, te escribo el poema.

—¿Qué poema?

—El poema de tus pies.

—Ah, ¿tú sigues con lo mismo? Eres un burlón y te gusta reírte de mí, por eso no te hago caso.

—Por nada del mundo me reiría de ti. Con tus pies te sucede lo mismo que a mí con la calva. A muchas mujeres les gusta mi calva y yo no lo creo.

—Sí, es verdad.

—¿Te gusta mi calva?

—Ehhh, ohh... Me confundes. Tú me envuelves y ya ni sé lo que digo.

—Yo no te envuelvo. Yo te adoro. Cuando me dejes besar tus pies y regalarte un ramo de flores y ese poema, te vas a sentir como una reina. La Reina del Calvario. Y una reina no va a una prisión. Yo voy a ser tu rey...

—Ya, ya. Tú estás loco y me confundes. Ningún hombre habla así.

—Porque yo te hablo con el corazón. Los demás hablan con el cerebro.

—No puedes estar bien de la cabeza. Me voy, me voy, adiós.

Y siguió apresurada. Pero iba herida.

—Hasta luego, Daymí. Vete, no importa. Yo tengo mucha paciencia.

Caminaba aprisa, turbada, mirando al piso, sin levantar la vista. Siempre me ha parecido un poco torpe. O simple. Me gusta eso.

Regreso al jardín y me siento de nuevo bajo el framboyán. Estoy indeciso si comprar ron y un par de tabacos o esperar a más tarde. Mi madre sale de la casa. Ya olvidó su escenita dramática. Trae un pequeño puñal chino en la mano. Es una réplica perfecta de una espada samurai. Lo compró muy barato a principios de los sesenta. Debe de tener doce centímetros de hoja y cuatro de mango. De acero inoxidable, con un filo implacable y mortal. La funda y el cabo son de marfil tallado. Es una pequeña joya, pero los vendían como si fueran baratijas. En esa época los chinos hacían grandes cosas para el futuro. Por ejemplo, concluían apresurados la bomba atómica. No le daban importancia a un detalle mínimo como este puñal.

Siempre ha estado guardado entre las sábanas y las toallas, en el armario del dormitorio de mis padres. Me gusta. Se lo he pedido muchas veces y me lo ha negado. Ahora viene sonriente, con el puñalito en la mano. Pero lo retiene y se sienta a mi lado.

—Te voy a regalar esto. Tu siempre lo has querido y..., total, yo cualquier día me muero.

Me lo da. Lo examino. Es muy peligroso. Tiene una punta y un filo terribles.

—¿Este puñal era de mi padre?

—Era mío.

—Con esto se mata a cualquiera. Y sin sangre. Este tipo de hoja cierra la herida cuando uno saca el puñal.

—Por eso lo compré. Para no mancharme con la sangre, y tener tiempo de huir.

—Ah, no jodas, vieja, ¿de qué estás hablando?

—De una puta. Ese puñal lo compré para matar a una puta. Ya te lo puedo contar.

—No me digas que la mataste y la tienes enterrada por ahí.

—La iba a matar y a tirarla al río. Pero se asustó tanto que se desmayó delante de mí.

—Ahhh, ya sé. ¿Alguna de las putas con las que andaba papi?

—Sí, pero con aquélla ya era demasiado. Y me iba a joder el matrimonio. No podía ser. Yo no iba a permitir que me abandonara, con dos niños pequeños, por una puta de mierda.

—¿Quién era?

—Tú no sabes, eso fue en el sesenta y uno.

—Yo tenía once años. Y siempre estaba con él, en el Sloppy Joe's Bar.

—Tú eras buen camaján también. Lo veías con todas esas putas y nunca me decías nada.

—Yo no veía nada, jajajá..., por esa época me enamoré de una puta que pasaba frente al bar todas las tardes, jajajá. No se me ha borrado de la mente jamás en la vida. ¡Qué linda era, cojones!

—Saliste a tu padre, cabrón. El por lo menos supo conservar el matrimonio y su familia, pero tú...

—Soy un desastre, ya lo sé.

—Ahhh, bueno..., cógete el puñal. ¿Para qué recordar cosas desagradables?

—No, no. No me dejes así. Hazme el cuento.

—Nada, ella era bonita y na', una gallina vieja, con tremendas espuelas, y yo tenía que parar aquello.

—¿Y la amenazaste? ¿Tú fuiste al vallú?

—Ella trabajaba en una tienda de ropa, a una cuadra del río. Un día la velé y, cuando cerraron a las siete, la sorprendí. La agarré de un brazo y le dije: «Vamos conmigo que tenemos que hablar».

—¡Cojones, vieja, estilo mafia! ¡Tú eres durísima!

—Jajajá, se asustó tanto que empezó a temblar y a sudar frío. Y cuando estuvimos en la orilla del río, saqué el puñal y le dije: «No voy a hablar mucho. O dejas tranquilo a mi marido o te voy a partir el corazón a la mitad, y te voy a tirar al río, pa' que te coman los tiburones. Te voy a desaparecer, cabrona».

—¡Cojones, vieja, pero tú estabas loca!

—Si tu padre me dejaba con ustedes dos chiquitos, ¿qué hacía yo? ¿Nos moríamos de hambre? Gracias a ese puñal tú y tu hermano se criaron como personas decentes.

—¿Qué hizo la mujer?

—Se echó a llorar. Lágrimas de cocodrilo. Las putas lloran fácil, y me dijo que no lo iba a ver más. Yo le dije: «Eso no es así. Lo dejas de ver y te buscas otro. Que yo te vea con otro. Te tienes que exhibir por todo el barrio con otro y que él se desencante de ti. De verdad que te mato, cacho de puta. Yo soy una fiera defendiendo lo mío». Y ahí mismo se desvaneció. Perdió el conocimiento y se cayó al piso. Yo me fui.

—Yo no sabía que tú eras tan guapa.

—Era guapa. Tu padre siempre tenía tres o cuatro putas entre manos. No le bastaba con tener una mujer decente en la casa. Si él no cuidaba a su familia, la tenía que cuidar yo.

—Bueno, eso ya pasó. Tranquilízate que te va a dar un infarto.

Se quedó pensativa y me dijo:

—Sufrí mucho cuando mis padres se separaron y la familia se deshizo. Nos quedamos en la miseria. Con mi matrimonio y con ustedes no podía suceder lo mismo.

Me quedé mirando el puñal y pensé que tal vez por eso mi padre fue un hombre melancólico y silencioso. Vivía entre dos mundos.

—Bueno, vieja, gracias por el regalo. Ya. Olvida las tristezas. Voy a darme unos tragos al bar.

—¿Vienes a comer?

—Sí. Esta noche me quedo aquí y mañana regreso a mi casa.

—Ten cuidado en el bar. En este barrio cada día hay más delincuentes.

—Okey.

En el bar están los borrachitos de siempre, y una radio atormentando con música. Demasiado ruido. Compré media botella de ron y un tabaco y me fui. Di un rodeo para no regresar a la casa de mi madre. Fui hasta el pequeño cementerio del Calvario, en una colina, en las afueras del barrio. Eran las seis o las siete. Atardecía. A un costado del cementerio hay unos árboles que dan buena sombra. La hierba crece alta, y nadie me ve. Me senté allí tranquilo. No quería molestias ni gente conversando a mi lado. A unos cincuenta metros corre la autopista sur de circunvalación de la ciudad. Bebí y fumé tranquilamente y en silencio. Me recosté en la hierba y me dormí. Tuve un sueño profundo. Cuando desperté, la noche era muy oscura y el cielo completamente estrellado. Bellísimo. Por la autopista pasaban pocos carros. Casi ninguno. Me quedé acostado sobre la hierba, mirando las estrellas entre los árboles, y con una sensación interior de lejanía y serenidad.

Entonces recordé un atardecer en mayo, hace más de veinte años. Yo trabajaba en los pantanos de Batabanó, al sur de La Habana. Había un crepúsculo hermoso y yo caminaba por un terraplén, entre los arrozales. De pronto unos patos verdiazules comenzaron a levantar vuelo desde las lagunas y los pantanos a mi alrededor. Graznaban y volaban en círculos amplios, subiendo más y más. Otros patos se unían, graznando. Cientos de patos. No sé cuántos. Quizás dos mil o tres mil. Se organizaron en un triángulo. Una bandada enorme. Siguieron volando en círculos, ascendiendo sobre mi cabeza y llamando a los otros. Me sorprendí. No sabía que pueden volar tan alto. Al fin se orientaron hacia el nor-noroeste y se fueron. Con ellos se llevaban los pichones que habían nacido aquí. Los jóvenes no se imaginaban qué larga y qué dura sería la travesía. No sabían que los más débiles perderían la vida en el camino. Fue un espectáculo bellissimo y jamás lo he visto de nuevo.

Cuando eso sucedió, las cosas para mí eran más fáciles, o más sencillas. O los tiempos eran mejores. O la gente necesitaba muy poco para vivir. Algo así. No sé bien. Quizás sólo era yo más joven y no sabía tanto, o no pensaba demasiado. Ahora comprendo mucho más. Ver en profundidad es un gran



inconveniente. Puede ser letal.

Metí la mano en el bolsillo. Toqué el pequeño puñal chino y pensé que no había escape posible. Todo podía ser terrible. Pensé que el amor es un sentimiento inusual en esta época caótica. Ojalá que en el futuro la gente aprenda a no inyectarse tanto odio y rencor unos a otros.

Me reí de mí mismo. ¿Quién me creía? ¿Buda o Jesucristo? La gente va a seguir igual siempre. Cerré los ojos y vi de nuevo todos aquellos patos, graznando, con sus colores bellísimos, brillando en la luz dorada del crepúsculo. Volando con alegría y libertad. Volando sobre mi cabeza.

---

## UN BUEN TEAM

---

Iván tenía cuarenta y ocho años, era un excelente fotógrafo y un tipo divertido, simpático y un poco filosófico. Pero sufría una resaca incurable desde que a los seis años tuvo que ir a la morgue a reconocer el cadáver de su madre: un amante la asesinó a puñaladas. El cuerpo estaba destrozado porque el tipo intentó descuartizarla, pero no lo logró completamente. El puñal no tenía buen filo. Desde entonces Iván sorprendía con reacciones inesperadas y vivía huyendo de algo. Al menos a mí me daba esa impresión de huida permanente.

Chiquito era el chofer. Había practicado lucha grecorromana en primera categoría, tenía veinticuatro años, dos metros de estatura, pesaba noventa y dos kilos. También era alegre. Yo tenía treinta años. Era un tipo idealista y romántico, lleno de buenas intenciones, convencido de que toda la humanidad se dividía en dos bandos: los buenos y los malos. Yo era de la pandilla de los buenos, heroicos, fieles y abnegados. En fin, me sentía muy bien trabajando como periodista. Todos teníamos varias cosas en común: éramos machitos satisfechos, con el pene siempre erecto, buenos bebedores, mujeriegos, defensores de la verdad, la justicia y todo eso, respetuosos del orden establecido. Tan respetuosos que ni tan siquiera sabíamos que existía un orden establecido. Lo teníamos metido en la sangre, como un virus, y no lo sabíamos. Hacíamos un buen team.

Han pasado veinte años. Desde aquí miro aquella etapa de mi vida y me asombro de lo fácil que es alcanzar y mantener un altísimo nivel de estupidez. Ya no tengo remedio: ahora soy un manojo de dudas e incertidumbres de todo tipo. A veces se acumulan tantas que llego a la perplejidad absoluta.

Aquella tarde hicimos un hermoso reportaje elegíaco en una fábrica de zapatos. Era un reportaje bondadoso. En el fondo yo sabía que sería aburrido e imbecilizante. Uno más. Cada oficio tiene sus rutinas. Lo importante no era

aquel reportaje ni un carajo, sino que conquistamos a cuatro mujeres, alegres y bebedoras como nosotros. Con deseos de divertirse. Hacía días que habíamos salido de La Habana y recorriamos varias ciudades haciendo aquellos hermosos reportajes laudatorios. Al mismo tiempo buscábamos mujeres alegres y desprejuiciadas. Era nuestro *hobby* favorito. El mundo está lleno de mujeres así, pero a veces no aparecen. Uno las busca y nada. Al fin, en aquella fábrica de zapatos, empatamos cuatro de un tiro. Las recogimos esa noche en un sitio neutral que ellas nos indicaron. Tenían mucho interés en que sus amigos, familiares y vecinos no conocieran sus andanzas nocturnas. Normal. Fuimos al motel donde nos hospedábamos, en una colina, en las afueras. Desde allí se veía la ciudad iluminada alrededor de la bahía, y hacia el otro lado las montañas, recortadas por la luz de la luna. Teníamos una cabaña pequeña y cómoda, para tres, rodeada de árboles y monte, y al frente, a unos pasos, disponíamos de una piscina grande y azul. El lugar era fascinante, como en un sueño, y hacía un poquito de frío y niebla.

Escuchamos boleros, bailamos, teníamos varias botellas de ron y unas sesenta cervezas en el frío. Bebimos, nos divertimos y todo pasó rápido. En dos horas se acabaron las cervezas. Fuimos a comprar más. No. Ya todo estaba cerrado. Eran como las once de la noche. Teníamos ron. Abrí una botella y bebimos. Pero sucedió algo entre las mujeres. Hablaron bajo entre ellas y de pronto nos dijeron que querían irse. Nos opusimos. La fiesta apenas comenzaba. Aquello era hasta la madrugada. Hasta que saliera el sol. Chiquito se puso un poco agresivo y tuvimos que aguantarlo. Ellas se asustaron cuando vieron aquel gorila con ganas de golpear. Entonces una me llamó aparte y me dijo que dos eran casadas y se le habían fugado a los maridos para venir a divertirse un poco. Pero nada de escándalos. Ya tenían que regresar. Sugerí que se quedaran las dos solteras. No. Imposible. Tenían gran sentido de solidaridad femenina. O todas pecaban o ninguna pecaba. Iván intentó llevar a la de él para la cama. Estaba un poco borracho y trágico, y decía:

—Por lo menos te voy a meter el rabo antes de que te vayas. ¡No me vas a dejar con el rabo parao!

La mujer se puso histérica y le repetía:

—No, por favor, yo no puedo llegar mojada a la casa. Mi marido me

revisa siempre. Si tiemplo contigo, él me mata. ¡No! ¡No!

En medio de aquel lío me imaginé por un instante al marido infeliz, revisando la vagina de su mujer dos o tres veces al día para saber si tuvo orgasmos con otro. Era un cavernícola. Yo estaba muy influido por el espíritu de los sesenta y aquello me pareció una monstruosidad abominable. Increíble cómo uno puede analizar todo eso en dos segundos y en medio de una bronca.

Las mujeres se alteraron más cuando vieron a Iván arrastrando a una de ellas al cuarto. Ya todos gritábamos muy alto. Vinieron dos policías. Los vi a través de la puerta abierta. Caminaban aprisa rodeando la piscina. Casi corrían. Cuando se acercaron más vi que no eran policías. Eran custodios del motel, pero tenían revólveres y unas porras muy largas y negras, de goma dura. Iván seguía con su obsesión y no soltaba a la mujer, que gritaba como si la estuvieran degollando. Cerré la puerta de la cabaña. Era un *show* particular. Salí afuera para recibirlos y contenerlos. Venían muy molestos y sin saludar me dijeron:

—Esto no es La Habana, compañero. Aquí hay que comportarse correctamente.

—Okey, no hay problemas.

—Sí hay problemas, compañero.

—No, no, eh... .

—Nos llamaron los otros huéspedes y ustedes están alterando el orden y no dejan dormir. Los compañeros que no son huéspedes del motel tienen que irse. ¿Ustedes solicitaron permiso en la carpeta para que esos compañeros los visitaran?

—No.

—¡Usted está violando las reglas, compañero! Esto no es La Habana. Allá la gente vive por la libre. Aquí no es así. ¡Aquí hay que respetar!

—Muy bien, compañero, yo resuelvo eso en dos minutos.

—Nosotros esperamos aquí. Tenemos que conducir a las compañeras visitantes hasta la puerta.

—No es necesario.

—Son órdenes superiores, compañero.

—Bueno...

—Tenemos que esperarlas y llevarlas hasta la puerta. Aquí no puede haber alteraciones del orden, compañero. Esto no es La Habana. ¿Usted sabe dónde está?

—Sí, en un motel.

—Esto es un motel con características especiales, compañero. Aquí hay que respetar.

—Está bien. Esperen aquí.

Entré de nuevo en la cabaña y cerré la puerta. Iván y Chiquito seguían alborotados. Yo tenía que asumir el papel de líder. Las dos mujeres casadas estaban aterradas. Una de ellas me dijo:

—Yo no puedo salir ahora. Ese custodio es vecino mío. Es tremendo chivatón y se lo dice a mi marido al momento. ¡Mi marido me mata! ¡Me tira por el balcón y me mata! ¡Ay, Dios mío, ayúdame!

Hablé con Chiquito. Intenté calmarlo. No. El tipo no podía conducir. Estaba muy ebrio. Le pedí las llaves del auto. Yo podía llevar a las mujeres a la ciudad. Me contestó:

—De eso nada. Si no tiemplan se van a pie.

—Chiquito, dos de ellas están casadas y se van a buscar un problema.

—¡No me importa, que se jodan!

—Chiquito, nosotros somos caballeros...

—¡Caballero serás tú! ¡Yo soy un hombre! ¡Yo soy tremendo macho, y a mí hay que respetarme por mis cojones!

Y se agarraba el mazacote de cojones por encima del pantalón y los remeneaba para que se viera que eran grandísimos.

—Chiquito, no te pongas bruto.

—Nada. O tiemplan o se van a pie por la loma pa' bajo.

Entonces me atacó Iván:

—Ven acá, chico, ¿tú estás con los indios o con los *cowboys*? Aquí hay que templar esta noche. ¡Yo soy habanero! ¡Y soy durísimo! De mí no se burla nadie. Y menos estas campesinas hacedoras de zapatos.

—Tranquilo, Iván, mira, déjame explicarte...

—No, déjame explicarte yo a ti. Estas mulatas se tomaron las cervezas que pagamos nosotros, bailaron, nos calentaron. Esta gorda lleva dos horas agarrándome la pinga por encima del pantalón. Me tiene loco. Y ahora me

dice que se quiere ir, pa' dejarme con la leche en la puntica. Y tú, de maricón, quieres llevarlas en carro, cómodamente.

—Oye, Iván, maricón ni pinga.

Chiquito se puso de parte de Iván:

—Maricón y bien. Esas son cosas de maricones. Tiémpate a la flaca pelúa y no jodas más. Y sobra una. ¡La que sobra es pa' los tres! ¡Y yo tengo el uno!

Las mujeres seguían aterradas, escuchándonos. Los policías tocaron a la puerta. Con fuerza. Teníamos un escándalo tremendo dentro de la cabañita. Volvieron a tocar. Tuve que abrir. Las dos mujeres casadas se escondieron dentro del baño. Ahora había tres policías. El nuevo parecía ser el jefe. Fue el que habló:

—Compañeros, los ciudadanos que no son huéspedes tienen que abandonar el motel de inmediato. Dos minutos para ejecutar la orden.

Los tres policías entraron en la cabaña. Tenían las porras en la mano y me pareció que habían perdido la paciencia. Ocuparon posiciones en triángulo y dominaron muy bien todo el espacio. Me asombró tanta profesionalidad. No me la esperaba. Eran verdugos bien entrenados y estaban impacientes por entrarnos a porrazos. Hasta les cambió el rostro. Ahora se los veía verdes. Iván y Chiquito también lo percibieron. Nos miramos los tres y nos quedamos en silencio y tranquilos. Las dos damas abrieron la puerta del baño y sacaron a las otras dos que se habían refugiado allí. Salieron con las cabezas envueltas en toallas. Los policías se adelantaron para quitarles las toallas:

—Eso es propiedad estatal. No se las pueden llevar.

Yo salté:

—No se preocupen. Nosotros pagamos esas toallas mañana.

—No es un asunto de dinero, camarada. Eso es propiedad del Estado y no se las pueden llevar.

Les arrancaron las toallas. Ellas se taparon el rostro con las manos y salieron a escape. Los policías fueron tras ellas. Quizás querían acompañarlas hasta la puerta, pero me pareció que más bien iban a chantajearlas y templárselas antes de que salieran del motel.

Iván y Chiquito se desplomaron en dos butacas. Yo fui hasta el portal y

me quedé observando. Efectivamente. Los policías guardaron las porras, conversaban con las mujeres afectuosamente y las condujeron hacia una puerta lateral muy oscura. No las llevaron hacia la entrada principal, bien iluminada. Nosotros pagamos las cervezas y los policías se templaron a las jebas. No dije nada. Si echaba más leña al fuego podíamos dormir esa noche en una celda, con una buena pateadura, como borrachos comunes. Y yo lo tenía claro: éramos borrachos especiales y seleccionados, nada de comunes. Quedaba una botella de ron. Serví y bebimos. Miré el reloj. Las doce de la noche. Todo había pasado rapidísimo. En tres horas.

Nos sentamos fuera, en el portal, frente a la piscina. Bebimos y hablamos de aquellas mujeres. Iván insistía:

—Mañana volvemos a la fábrica. Hablamos con ellas y las convencemos.

—Tú estás loco, Iván. Mañana tenemos otra ruta.

—¿Adónde vamos mañana?

—A la cooperativa de flores.

—¿En la montaña?

—Sí.

Estuvimos un buen rato allí, hasta que terminamos la botella. Entramos y nos acostamos. Era un solo dormitorio con tres camas personales. Apagamos la luz. Yo estaba rendido, pero al minuto de acostarme, en medio de la oscuridad, oigo a Iván llamando por teléfono. Marcó un número. Esperó. Al fin le contestaron:

—¿Cusita?

—...

—Sí, mi china, es muy tarde. ¿Estabas durmiendo?

—...

—¿De dónde?

—...

—¿Con quién fuiste?

—...

—Y seguro que bailaste y en tu gozadera, como siempre.

—...

—No me gusta. Tú sabes bien que no me gusta. Cada vez que salgo de La Habana es lo mismo. Te doy la espalda y haces lo que te sale de la papaya.

—...

—¡No me voy a ir de la casa! ¡Lo que tienes que hacer es respetar, cojones, tienes que recogerte! Tú eres una mujer casada. ¿Hasta cuándo vas a estar jodiendo por ahí? Me vas a volver loco.

—...

—¡Sí te grito, cojones! ¡Sí te grito! ¿No te basta con todos los machos que has tenido? ¿Todavía quieres más? ¿No te basta conmigo? Cada día eres más puta y... oye, oye. Me colgó, la muy puta.

Lanzó el teléfono con mucha fuerza contra la mesilla de noche y lo destrozó. Saltaron pedazos de plástico y cables hacia todas partes. Sollozaba. No sé si de rabia o de dolor o de impotencia. Rompió a llorar. Incontenible. Como un niño pequeño. Fui hasta él. Intenté consolarlo. Me lanzó un golpe. Lo esquivé a tiempo.

—Oye, Iván, tranquilo.

—¡Vete y déjame, cojones! Esa puta me va a volver loco.

—Cusita es tu mujer. No es una puta. Reacciona.

—¡Es una puta, la muy singa! Se pierde y aparece cuando le da la gana. Me tiene loco.

Siguió llorando y diciendo horrores de Cusita. Yo la conocía. Era una mujer muy atractiva, muy *sexy*, más joven que Iván. Siempre me pareció un poco provocativa, hasta con los amigos que visitaban la casa.

Al fin Iván se calmó. Entonces escuché a Chiquito. También lloraba. Me quedé en silencio para escuchar mejor. Sí. Lloraba a moco tendido. Había metido la cabeza bajo las sábanas y la almohada. Y lloraba como un niño. Por las ventanas entraba claridad y lo veía bien. Quizás se contagió de Iván. Lloraba y su corpachón se estremecía. Podía romper la cama. Hice cálculos. Teníamos que pagar el teléfono. Si además había que pagar la cama, tendríamos que regresar de inmediato a La Habana, sin dinero, y sin reportajes. La vida de los líderes es muy dura. Tienes que pensar todo. La masa no piensa ni calcula nada y se deja arrastrar por sus emociones. Asumí de nuevo mi papel. Con mucho cuidado, con ternura paternal, como un buen líder, le dije:

—Chiquito, ¿por qué estás llorando? No llores más. ¿Qué te pasa?

Aquel salvaje se estremecía como un elefante y la cama chirriaba y él



seguía llorando sin consuelo. Fui a hablar de nuevo, para sugerirle que al menos llorara de pie, pero Iván se había recuperado y me hizo un gesto. Me contuve. Entonces habló Iván:

—Chiquito, ¿quieres un vaso de agua? No llores más. ¿Por qué tú lloras?

—Por mi madre. Mi madre le hacía eso mismo a mi padre.

—¿Qué le hacía?

—Lo que te hace tu mujer. Eso mismo le pasaba a mi padre. Y aguantaba tarros y más tarros. Todos los días se fajaban como perros.

—Bueno, ya, deja eso.

—Mi madre es una puta y mi padre es un borracho y un tarrú, Iván. Mi madre es una puta.

Iván comenzó a llorar de nuevo. Los dos lloraban a moco tendido. Me senté en la cama y me crucé de brazos. Todo me daba vueltas alrededor. Dos borrachos llorones son mala compañía. Por suerte, yo era un triunfador. Los triunfadores no lloran jamás. Es que no tienen motivos. Son triunfadores. Me hacía falta un trago de ron, pero se había acabado. Salí al portal a respirar aire puro. Los dos seguían sollozando. Los miré despectivamente y me acomodé en un chaise long, junto a la piscina. Cerré los ojos y me dormí al instante.

Iván me despertó muy temprano al día siguiente. Nos duchamos por turnos, nos afeitamos. Repartí aspirinas. Dos para cada uno. Y nos fuimos a desayunar. Sonreíamos. Hablamos de cualquier cosa menos de la noche anterior. Los tres policías habían terminado su turno y no los vimos. No había pasado nada. Tomamos varias tazas de café bien negro y salimos hacia la ruta de las montañas.

No era época de flores. Sólo tenían unas pocas dalias pequeñas y feas. No podía escribir sobre la hazaña laboral de aquellos heroicos agricultores sin unas buenas fotos de flores. En cambio, encontramos un personaje curioso. Eso gusta mucho a los lectores. La gente diferente, que ha tenido aventuras. Era un hombre de unos sesenta y cinco años. Vivía en una casita de madera desvencijada, con una pobreza extrema. Tenía diez hijos y veintinueve nietos. Se había juntado con aquella mujer cuando tenían catorce años. Cincuenta años después decían que aún se amaban y hacían el amor dos veces al día. Lo decían orgullosamente y sin sonrojos. Se los veía felices a pesar de la miseria

atroz que los rodeaba. No había ni sillas en aquella casa en medio de las montañas. El tipo fue marinero toda su vida y navegó por el mundo entero. Se jubiló y regresó a su montaña. Se sentía muy satisfecho y me repetía:

—Yo llegué a ser alguien en la vida. Llegué a hacer cosas importantes. Y quiero que sepa que yo vivo de milagro. Yo soy sobreviviente de un tifón en el Pacífico. Eso es algo grande. Pocos en el mundo sobreviven a un tifón en el océano.

El tipo era muy feo y tenía muchas arrugas, espinillas negras y verrugas en la cara. Hacía días que no se afeitaba. Su rostro era un asco. Me imaginé un close up desplegado a página entera y el título: «Yo sobreviví a un tifón». Sería un buen material. Me gustaba destacarme. Me gustaba agarrar a los lectores por el pescuezo y obligarlos a leer hasta el final. Algunos se leían mis reportajes dos o tres veces y después escribían cartas muy elogiosas a la redacción. Decían que yo era tremendo periodista, y mis colegas soltaban espuma por la boca y se recomían los hígados. Algunos me odiaban tanto que no podían ocultarlo. Yo disfrutaba mucho. Los buenos periodistas siempre han sido grandes hijos de puta.

Iván le tomaba fotos y el tipo me repetía que él había llegado a ser alguien importante. Y sacaba diplomas y certificados y medallas patrióticas. El tipo se sentía la gran estrella y me hablaba de sus galardones y se elogiaba desmesuradamente porque donaba sangre todos los años para no sé qué. Al fin logré llevarlo al cuento del tifón. Lo único que me interesaba era conseguir la historia completa.

El tipo empezó. El tifón los sorprendió y no pudieron eludirlo. Los azotó durante cuatro días, los arrastró y los sacó de la ruta.

—Yo era el hombre de confianza del capitán. El capitán me lo decía todo a mí.

—¿Y usted era marinero de cubierta o...?

—Yo era ayudante de cocina. El cocinero y el ayudante son personas muy importantes en un barco. Los más importantes después del capitán. Mire, le voy a enseñar unos diplomas que me dieron en la embajada de...

—No, no. Después. Siga con el cuento del tifón. ¿Qué pasó?

—Nos faltaban dos días para llegar a Japón. Queríamos llegar en fecha para saludar el congreso del sindicato porque...

—Por favor, concéntrese en el tifón y nada más. Siga.

—De pronto todo aquello se puso feo y las olas nos tapaban. Fue en pocos minutos. De sorpresa. Imagínese cómo sería el viento que yo asomé la cabeza por la escotilla y el aire me viró los párpados al revés. Las pestañas se me pegaron arriba, a las cejas.

—Uhhmm, ¿y el barco podía zozobrar?

—Claro. Ese era el problema. Todos los marinos empezaron a sacar santos y velas y resguardos, y collares de santería. Y arrodillados, rezando, encendiendo velas a las once mil vírgenes. Casi todos tenían los santos escondidos...

—Pero eso es lógico. En una situación así...

—¡No, no, compañero, eso estaba prohibido! Nada de religión. ¡La religión estaba prohibida, compañero! Nosotros hacíamos círculos de estudio sobre ateísmo científico. Nosotros teníamos que ser un ejemplo para las jóvenes generaciones, porque el oscurantismo está reñido...

—Bueno, bueno, bien, okey. Todos tenían santos escondidos. ¿Y qué más?

—¡Usted no puede escribir eso de los santos en el barco! Porque eso estaba prohibido y...

—Despreocúpese.

—Sí, porque los periodistas dicen lo que no tienen que decir y embarcan a uno.

—Despreocúpese, siga con el tifón.

—Unos cuantos se pusieron demasiado nerviosos y me dijeron que tenían ganas de tirarse al agua porque el barco se iba a pique. Y yo fui corriendo y se lo dije al capitán. Yo era su hombre de confianza entre la gente, ¿usted me entiende?

—Sí, sí.

—Y el capitán me dice: «Mongo, cada vez que uno quiera tirarse al agua hay que llevarlo a la enfermería. No podemos perder ni un solo hombre. Esa es una tarea que te asigno a ti». Y yo le pregunto: «¿Para qué a la enfermería?». Y él me contesta: «Eso no es asunto tuyo, Monguito, tú los llevas a la enfermería, a las buenas o a las malas. El enfermero sabe lo que tiene que hacer». En la enfermería les ponían unas inyecciones y se dormían

veinticuatro horas. Caían como piedras.

—Pero si el barco se hunde...

—Ah, figúrese. Seguían durmiendo en el fondo del mar. Pero si uno saltaba, detrás de él saltaban todos y se perdía el barco. ¿Usted me entiende? Esa fue la tarea que me asignó el capitán para salvar el barco. Y yo fui el que salvó el barco. Por ahí tengo un diploma que me dieron por cumplir...

—Espérese un momento. ¿Y qué pasó? ¿No se hundió?

—No, un momento. Todavía falta, jejejeje. No se apure, compañero, no se apure. Se ve que usted es muy joven. No se apure, jejejeje. Al segundo día aquello seguía y no se podía anestesiar a todos porque había que mantener el barco funcionando. Ya había como doce anestesiados.

—¿Y qué hicieron?

—El capitán repartió ron. Abundante. Una botella para cada uno por la mañana y otra por la tarde. El ron te pone alegre y se te olvidan las penas, jajajá..., el capitán era un hombre muy inteligente.

—Pero era lo mismo que los sedantes. Si el barco se hunde...

—Pero no se hundió, compañero. El capitán sabía lo que hacía. Era un hombre con mucha experiencia, ¡pero usted no vaya a escribir eso del ron! Vaya, esas cosas se hacen a bordo, pero usted no vaya a escribir eso porque...

—Sí, ya, despreocúpese. ¿Y llegaron a Japón?

—Sí, pero fuera de fecha. Yo ayudé mucho al capitán porque el barco quedó patas arriba y había que limpiar y ordenar todo. Cuando llegamos al puerto hicimos un acto y a mí me dieron un diploma..., deja ver si lo encuentro aquí..., yo era un héroe, figúrese..., si no es por mí se pierde el barco.

El tipo siguió hablando y hablando y mostrando sus diplomas. Yo desconecté. No podía publicar aquella historia. Iván dejó de tomar fotos y nos miramos. Los dos sabíamos que era impublicable. Nos despedimos de aquel héroe y bajamos la montaña. Nos quedamos tres días más por allí, conseguimos algunos temas ejemplarizantes, los hicimos y regresamos a La Habana.

Dos meses después me llamaron a la casa: Iván había muerto esa tarde. De un infarto. Por la noche fui al velorio en la funeraria. Cusita lloraba a más

no poder, sentada junto al ataúd. La saludé y me acerqué a mirar a mi amigo para despedirme. Me gustan mucho los rostros de los muertos. A veces he estado hasta media hora hipnotizado, mirando fijamente al rostro de un cadáver, detallando cada milímetro.

Iván tenía el rostro azul gris. Cianótico. Me dijeron que no dio tiempo a nada. Le faltó el aire, un dolor fuerte en el pecho y cayó al piso. Todo fulminante, en un minuto.

Un grupo de sus amigos me comentaron que Cusita lo había matado con tanto sufrimiento. Uno me dijo:

—Todos los días se emborrachaba y se fumaba tres cajas de cigarros. Más las broncas y los tarros.

Yo pensé que en todo caso se había matado él mismo por aguantar todo aquello. Alguien dijo:

—Estaba enamorado de Cusita como un perro. No la podía dejar.

Todavía yo no sabía qué era eso de enamorarse como un perro y no poder alejarse tranquilamente de una mujer. Y me decía a mí mismo: «Un hombre no puede perder el control jamás». Yo pensaba como un líder, con el control absoluto en la mano. Y me gustaba mucho: yo, el implacable. Después los años pasaron sobre mí. Y sucedieron muchas cosas.

---

## ALGO QUE ME HAGA SALTAR

---

Sucedía algo terrible. Unos caballos desbocados me atacaron con mucha furia. Me mordían y me pateaban brutalmente. También había perros. Como lobos. Perros muy fieros que me mordían. Tenían intenciones asesinas y me arrastraban por el polvo. Yo sentía sus cascos pateando mi cráneo. Querían reventarme la cabeza. Y aquellos lobos clavaban los colmillos y arrancaban pedazos de mis brazos. De repente un resbalón y caigo escaleras abajo. Caigo en el vacío, me precipito en el aire. Desciendo a mucha velocidad. Desperté asustado, desesperado y respirando como un loco. Abrí los ojos. Me senté en la cama. Ufff. Bien. Sí. Ya pasó. Me toqué los brazos. Esperaba encontrar sangre y las heridas de los colmillos. Sí, ya, ya. Julia duerme a mi lado y estoy en El Calvario. Estamos en El Calvario, en casa de mi madre, pasando el fin de semana. Ya recuerdo. Mañana es domingo. No. Hoy es domingo. Debe de estar a punto de amanecer. Anoche bebimos un poco y nos acostamos tarde, quizás a la una o a las dos de la madrugada, medio borrachitos. Me levanto, voy a la cocina. Como siempre, hay cucarachas paseando y se esconden cuando enciendo la luz. Tomo agua. Apago la luz. Voy al baño y orino mientras miro por la ventana abierta. En el tejado de los vecinos, a pocos metros de mí, hay un tipo agachado que se mueve adelante y atrás. Lo observo con calma. La noche es clara y sólo veo su perfil recortado contra unos árboles de mango y aguacate que hay más allá. Sí, es un hombre. Termino de orinar. La sacudo bien y la dejo que cuelgue. Estoy desnudo. Me acerco a la ventana. Sí, no hay dudas, es un tipo joven y delgado que se mueve adelante y atrás, como si mirara algo en el patio de los vecinos y de nuevo se escondiera. Debe de ser un ladrón o un pajero. Sin pensarlo le grito:

—¡Sal de ahí, hijoputa, ladrón, pajero, descarao! ¡Sal de ahí! ¡Te voy a

cortar la cabeza, espérate que tengo un machete y te voy a cortar la cabeza!

Giró la cabeza lentamente y me miró. Era un gato. No se movió de su sitio. Siguió imperturbable y miré mejor. Me pareció que destripaba un ratón o un pájaro y lo devoraba pausadamente. Con los gritos desperté a mi mujer. Me dijo, muy asustada:

—¿Qué pasa? ¿Un hombre en el tejado? ¡Ay mi madre! ¡Ven para acá! ¡Ten cuidado! ¡Puede tener un arma! ¡Ven, ven!

Me dio pena defraudarla y hacer el ridículo. Lo había escuchado todo. No le contesté. Volví a la cocina. Tomé agua y le alcancé un vaso a la cama. Lo bebió de un golpe. Seguía asustada. Y me preguntó:

—¿Ya se fue? ¿Huyó?

—Sí. Salió corriendo por los tejados.

—¿Sería un ladrón?

—O un pajero. No sé.

—¡Ay Dios mío! Ese es el problema en estos barrios de orillas. Hay muchos delincuentes y viciosos. —En Centro Habana es peor, Julia.

—No lo creo. Estos barrios de orilla...

—Ya, ya pasó. No le digas nada a mamá para que no se asuste.

Así era mejor. Si le decía que era un gato, iba a empezar con lo de siempre: «¡Estás nervioso! Ya hasta ves visiones de noche. Cada día estás peor. No escribas más para que se te refresque la cabeza».

Mi madre dormía en el sofá, en la sala. Nos deja el cuarto y la cama grande a nosotros. Ni se enteró. Se empastilla tres veces al día: cuando despierta, al mediodía y antes de acostarse. Toma una gran cantidad de estimulantes, sedantes, tranquilizantes, equilibrantes. Tiene una gaveta con todas las píldoras bien clasificadas y ordenadas, como si fuera una colección de sellos de correo. Anoche, además, tomó unos cuantos vasos de ron mientras hablaba conmigo y con Julia.

Miré el reloj. Cuatro y veintisiete. Me acosté de nuevo. Saqué la cuenta. Había dormido..., vamos a suponer, desde la una y media..., menos de tres horas. Me sentía cansado pero no tenía sueño. Había mucho calor. Toqué a Julia. Sudaba. Me da asco. Los dos dormíamos completamente desnudos y con la ventana del cuarto abierta. No corría aire. Nada. Julio y agosto son insoportables. La casita de mi madre es un cajón asqueroso, sucio y

polvoriento, con peste a humedad y cucarachas y sin ventilación. Me recuerda una cloaca. Ella siempre fue limpia y escrupulosa, pero la vejez es abominable. En mayo o junio, no sé bien, cumplió setenta y cinco años. Ya no tiene fuerzas ni ánimos para limpiar ni para nada. Se concentra demasiado en las vidas arruinadas y en los desastres ajenos y sobrevive hasta que Dios quiera. Reza todos los días a sus santos. Supongo que pedirá dinero y salud. Nunca le he preguntado. Enciende velas y pone flores. Tengo que preguntarle qué pide. Los santos son inflexibles. Si pide dinero y cosas materiales no le prestan atención. Es una vieja tradición de ellos. Nada material en las plegarias. Sólo espiritual. Y mi madre es bastante pragmática. Dudo que sus plegarias se refieran sólo a cosas espirituales. La preocupan mucho sus cuatro dólares mensuales de jubilación. Cree que la voy a dejar morir en la inanición. Me ve llegar y le parece que es el sol. Siempre llego con dinero.

Pensando todo eso me masajeo un poco y la tranca se me puso tiesa y gorda. Me masturbo. Suave. Con la punta de los dedos. Julia debe de estar despierta y no quiero que sepa que estoy excitado, pensando en la negra Ivon. Ahh, qué bien. Toco a Julia. Le pongo la mano en su sexo. La masturbo un poquito. Se moja:

—Ven. Clávate.

—¡No, no! Tú, tú.

—Ven tú y clávate, pa' que goces.

Hablamos en un susurro. A dos metros de nosotros está la sala y mi madre duerme. Esto es peor que una cueva. Se pone a horcajadas sobre mí y se clava ella misma. Apenas con dos centímetros dentro tiene el primer orgasmo. Tengo que taponarle la boca con las manos porque se entrega y suspira. Se sofoca como una odalisca. En esa posición siempre se viene como una adolescente. Una y otra vez. Ella misma maniobra. ¿Quién dice que está en la menopausia? Sube, baja, bate hacia los lados. Se clava a fondo. Todo adentro: dieciocho centímetros. Ella lo hace todo. Y yo ahí, acostado boca arriba, tranquilo, con los ojos cerrados y pensando en Ivon. ¡Cómo me gusta esa prieta y cómo yo le gusto! Le encanta treparse a horcajadas sobre mí y tiene un orgasmo tras otro. Es escandalosa y grita y suspira. Tiene treinta y siete años, pero queda extenuada en cinco minutos. Cuando ya no puede más, la acuesto boca arriba, me trepo yo y me demoro una hora o más.



Lentamente. Eso es lo bueno de mi edad: nunca tengo prisa y ya no busco, encuentro. La negra empató un gallego hace un año. Creo que es de Vigo. Ha engordado, la muy cabrona. Le saca bastante dinero y ha echado unas tetas y un culo de campeonato. Estaba delgada por hambre y yo creía que era por estética. El gallego se babea atrás de ella y le trae hasta botellas de orujo. Mejor dicho: me trae. El ni se imagina para quién carga el orujo. Ivon no bebe.

Con Julia no puedo templar tanto. No me excito bien. La dejo que tenga tres o cuatro orgasmos y ya. Me aburro. Cada día me gustan menos las blancas. Nos acostamos uno junto al otro. Sin hablar. Ni una palabra de amor. Apenas un par de besos desabridos. No sé cómo es posible que tenga tantos orgasmos. ¿Ella no percibe que esto ya se acabó? ¿No entiende que seguimos juntos por inercia y cuesta abajo? ¡Cojones, qué mujer más terca y persistente! Seguimos sudando como dos mulos. Hay un solo ventilador y anoche se lo dejé a mi madre. Me relajo todo lo que puedo. Tengo un charco de sudor en la espalda. Al menos esta noche no hay mosquitos. Julia ya ronca. Me dormí. Cuando desperté era de día. Miré el reloj. Las siete. Me levanté para hacer un café. Estoy pegajoso de sudar tanto anoche. Me visto con un *short* y salgo al patio, al aire fresco. A respirar de verdad. El aire dentro de la casita es malsano.

El barrio muy tranquilo. Es domingo y la gente duerme. Dentro de un rato tengo que salir a buscar algo para el almuerzo. Sólo hay dos huevos, arroz y frijoles negros. Mi madre tiene una pequeña cría de pollos criollos: dos gallinas, un gallo viejo y diez o doce pollitos. Todos encerrados en un corral. Si tuviera maíz podría tener cuatro veces más pollos. El corral es grandísimo. Bueno, en fin. Entro y hago café. Le llevo una taza a Julia a la cama. Despierto a mi madre y le alcanzo otra taza. Se queja:

—¿Por qué me despiertas tan temprano?

—Son más de las siete. Arriba.

—Eres igual que tu padre. No me dejaba dormir.

—Eso debe venir de mi abuelo.

—Tu abuelo era peor. Se levantaba a las cinco de la mañana. Decía que en Canarias lo acostumbraron desde niño.

—¿Y qué hacía a esa hora?

—Ordeñar vacas. Son costumbres del campo, hijo. Tú debías dormir más y descansar.

—Cuando me muera ya descansaré bastante.

—Ay Jesús, María y José, no digas esas cosas, muchacho.

—Debías tener una vaca en el patio. Por la mañana necesito un café con leche.

—Ay, hijo...

—Sí, ya sé. En este barrio nadie vende leche ni venden nada.

—Este es un barrio de gente pobre.

—¿Y Centro Habana es de ricos?

—No, pero allí se mueve más dinero. Los barrios de orilla siempre son así..., humildes.

—Bueno, shhh, por la mañana uno no debe hablar tanto. Tómate el café.

Habla demasiado. Cualquier pretexto es bueno. Salí al patio y me senté bajo el framboyán. Me gusta mucho ese sitio. Al fresco. Oigo a mi madre hablando ahora con Julia. Me molesta tanta lata acabado de levantar. Tengo el cerebro embotado. Cierro los ojos y respiro profundo. Julia me trae otra taza de café:

—¿De verdad que te gusta este barrio? Yo no lo puedo creer.

—Sí, me gusta. Está a mitad de camino entre el campo y la ciudad. ¿Vamos a intentarlo?

—No, no. Ni me hables del tema.

Me dejó con el café y entró de nuevo en la casa. Nació en el campo. Ocho hermanos, con una pobreza atroz. Una vez me dijo: «Yo tenía cuatro o cinco años y todos los días cargaba unas latas enormes de agua desde el río hasta la casa. A los ocho años me fui para el pueblo con mis tíos y por eso pude estudiar. Tú sabes que mis hermanos son analfabetos. Únicamente muerta regreso al campo. Y sería en contra de mi última voluntad». Y yo le contesté:

—Julia, conmigo sería distinto. Sería una casa moderna, con algunas comodidades.

—No seas bobo, chico. Despierta que estás en Cuba. La misma miseria que hay ahora la habrá dentro de veinte años y dentro de treinta. Esta mierda no se arregla con nada.

—Mente positiva, Julia, mente positiva.

—Si quieres irte al campo nos divorciamos y te vas para una loma o para el monte. Tú solo. O con otra mujer. ¡Conmigo no! ¡Y no me hables más del tema en el resto de tu vida!

Cuando se pone bruta es mejor dejarla tranquila. Pero lo pienso con toda seriedad. Cualquier día me divorcio. Consigo una casa por aquí, con un pedazo de tierra, compro dos vacas lecheras y hago una granjita. Lejos de tanta mierda.

Entré en la casa, me vestí y salí a la calle. Mi madre y Julia hablaban. Di una vuelta por el barrio. Había un tipo vendiendo mangos en una esquina. No. Estaban verdes. Le pregunté dónde venderían algo de carne. Me indicó una vieja pescadería arruinada, pintada de azul. Me aseguró que los domingos abrían hasta las doce del día. Fui hasta allí. Sólo había ancas de rana. Pequeñitas y flacas. No puedo comerlas. Hace muchos años me invitaron a una cacería de ranas toro. Era de noche y teníamos que estar todo el tiempo metidos en el fango y el agua, hasta las rodillas. Los dos que pescaban eran profesionales. Muy rápidos. Las agarraban vivas y de un tirón las descuartizaban en dos trozos: la parte de atrás iba al saco. El otro pedazo: cabeza, patas delanteras y un poco de tripas sanguinolentas, salía chillando. Saltaban, se arrastraban y se hundían en el fango. Había mucha peste a pudrición en aquellos pantanos. Eran los restos de las ranas. Vi hacer eso cientos de veces en tres horas. Los tipos eran algo así como campeones nacionales en caza de ranas. Le pregunté al empleado:

—¿Recibirán pescado hoy?

—¿Pescado? No, compañero, no. Estamos esperando croquetas. Y ya hay una cola afuera y tiene que marcar. Si forman relajo no despacho nada y las dejo pa' mañana.

No le contesté. Yo conocía las croquetas: unas bolitas de harina con un levísimo sabor a pescado. Salí. No los había visto: a pocos metros había un grupo de diez o doce viejos depauperados. Una vieja bretera y muy agresiva me dijo:

—¡Pa' las croquetas hay cola, compañero! Tiene que marcar en la cola. Nada de relajo, compañero, que nosotros estamos aquí desde las cuatro de la madrugada.

No la miré. Cuando me agreden me pongo despreciativo. Salí caminando.

Quizás aparecía algo con proteínas. Algo más creíble que aquellas croquetas morrongueras. Las proteínas siguen siendo un problema existencial y trascendental. Es como alcanzar el dharma. Salí a la Calzada de Managua. Nada a la vista. El barrio demasiado tranquilo. Una mujer vende café y dulces de coco. Tiene un pequeño puesto en la puerta de su casa: una mesa y encima la dulcera, un termo y unos cuantos vasos. Nos miramos y nos reconocemos al mismo tiempo. Es Zaida. Nos saludamos con cariño. Somos amigos desde jóvenes, cuando yo vivía aquí algunas temporadas cortas, con mis padres. Hace muchos años que no nos vemos y ahora me cuenta de su vida: Tuvo un hijo que acaba de cumplir dieciséis años. Gana algo con este puesto de café y coquitos. Le dije:

—En fin, todo normal.

—Ojalá fuera normal.

—¿Por qué?

—Ya no sé qué hacer con Jorgito.

—¿Tu hijo?

—Sí.

—¿Qué le pasa?

—Chico, yo creo que está traumatizado. No sé. Quiere estudiar para cura.

—¿No jodas? ¿Está loco?

—Ni sé qué pensar. Dice que hay demasiada bajeza, que todo es dinero, hipocresía y corrupción. Que la gente piensa una cosa y dice otra.

—Bueno, él tiene razón, pero...

—El otro día me dijo: «¿Esto es desarrollo, mami? No, esto es inmoralidad y bajeza. Ya fui al seminario de San Bartolomé y averigüé para ingresar».

—¡Coño! Está quimbao.

—Ese es el temor mío. A veces se lee hasta tres o cuatro libros al mismo tiempo. A esa edad se le funden los metales y ya. ¡Siquiátrico el resto de su vida!

—Sí, hay que tener cuidado. ¿Y de verdad fue al seminario?

—Sí. Cuando regresó me contó. Venía maravillado por la tranquilidad, el silencio, el respeto que hay allí. Todo eran elogios. Le dije: «Jorgito, olvídase de eso. Refréscate la cabeza, búscate una novia, ve a la discoteca». Me

contestó: «No me interesa eso. Hay demasiada vulgaridad».

—¿Nunca ha tenido novia?

—No. Al menos que yo sepa. Entonces le pregunté: «Jorgito, ¿a ti te gustan los hombres? Habla claro. No hay problema. Yo soy tu madre». Y me dijo: «No me interesa el sexo. No me gustan los hombres y no me gustan las mujeres. Hay demasiada inmoralidad y no hay amor. Nadie sabe lo que es amor. Todos corren atrás de los dólares».

—¡Cojones, habla como un Mesías! Como un enviado del cielo.

—Jajajá, no te burles.

—No me burlo. Si es sincero se puede buscar muchos problemas. Así hablaba Jesucristo, y le cortaron la cabeza.

—Ese es el problema. Habla así en todas partes, con sus compañeros de estudio, con cualquiera. Como si estuviera predicando.

—Ah, si cae mal lo cierran y no le dan carrera en la universidad.

—No le interesa la universidad. Dice que va para el seminario y después para una iglesia perdida en un pueblecito. Ah, por cierto, a Cristo lo crucificaron, no le cortaron la cabeza.

—Eso es lo que dicen los curas, porque es más dramático un tipo en la cruz que un tipo decapitado. Es un asunto de puesta en escena.

—Ah, tú estás quimbao también.

—No, yo no estoy quimbao. Aguanta a Jorgito para que no hable tanto. La verdad siempre es culpable. Y le van a hacer la vida un yogur.

Zaida suspiró:

—Para mí que se cree un mártir.

—Ya esa época pasó. Está desfasado en la historia. No sé qué aconsejarte.

—Yo tampoco sé qué pensar. A esa edad lo normal es que le gusten las mujeres.

—O que se haga pajas por lo menos.

—No es pajero tampoco. Lo he vigilado, y nada.

—Búscales una jeba que lo seduzca. Cuando él pruebe el mantecado y descargue el queso, se refresca.

—Estoy pensando en eso. Hay cantidad de chiquitas que están atrás de él, pero no les hace caso.

—Actúa. Y si no da resultado no te preocupes, en el seminario aprende

mucho. Pero, además, por el camino quedan casi todos. De cincuenta que entran en primer año se gradúa uno.

—¡Ay mi madre, es mi único hijo!

—Zaida, no hagas una tormenta en un vaso de agua.

—Tú lo dices porque no es tu hijo...

—Si fuera mi hijo me lo llevaba por ahí a templar putas, y le quitaba esa idea de la cabeza.

Nos quedamos en silencio. No tenía otro consejo. Las putas resuelven muchas cosas en la vida. Creo yo. Me brindó café. Le pregunté si había dónde comprar pescado, pollo, algo de proteínas para el almuerzo. Me contestó:

—No sé. Tienes que ir a Mantilla. El Calvario es el fin del mundo. Aquí nunca traen nada.

Por la acera, junto a nosotros, pasó una negra jacarandosa, con unos *shorts* muy pequeños y un culo grandísimo y tentador, duro, musculoso. Tenía unos tatuajes en los muslos y usaba un gorro muy extraño, con una inscripción bordada con hilos dorados: OLIVIA. Parecía una presidiaria durísima acabada de salir de la cárcel. Quizás por asesinato. Por los bordes del *short*, en las entrepiernas, se le salían los vellos. Era una bola de lujuria y tentación caminando y riéndose con desparpajo. La seguí con la vista. Zaida me dice:

—Esa prieta vive al doblar y es la candela. ¿Te gusta? ¿Ya ves lo que te digo? Eso es normal. ¿Por qué mi hijo no es así?

—No me hagas caso. Yo soy un desastre.

—Pero es que yo quiero que mi hijo sea así. Macho. Buscador de mujeres. Un tipo normal.

—Bueno, es un adolescente. Ya se le pasará. La adolescencia en los varones es complicada.

—¿Tú crees?

—Seguro.

—En mi adolescencia yo...

—Eras todo lo contrario, Zaidita, jajajá. Me acuerdo perfectamente.

—Tienes buena memoria.

—Para lo bueno, lo malo se me olvida.

Nos miramos a los ojos y nos reímos de nuestras travesuras. Tuvimos unos encontronazos muy buenos por aquellos montes del Calvario. Yo tendría unos treinta años y ella catorce más o menos. Fue bueno pero ya pasó.

—Bueno, Zaida, te dejo con tu café y los coquitos.

—Nos vemos.

—Cuida al cura de la familia. Quizás te hace arrepentirte de tus pecados.

—Jajajá.

—Eso es lo que tienes que hacer. Ríete de la vida. Tú siempre has sido alegre y risueña.

—Qué bien que nos vimos. Al menos me diste aliento.

—Ah.

Un poco más allá, en otra casa, tenían un equipo de música tronando a todo volumen. Una orquesta de salsa repetía un estribillo de moda:

*Soy suavecito, soy refrescante.*

*Soy envolvente, soy elegante.*

*¡No hay quien me aguante!*

Dos adolescentes muy *sexys* bailaban moviendo la pelvis, riéndose, y me gritaron cuando pasé frente a ellas:

—Vamos, temba, ven, pa'cá, que tú eres suavecito y refrescante, envolvente y eleganteeeeeee, y con el money generosoosooooo, jajajá. ¡Dale, tembón rico, ven pa' cá y vamos a gozallllll!

Las miré bien. Tendrían quince o dieciséis años. Eran dos mulatas muy delgadas y con tremendo *swing*. Unos años atrás me quedaba allí y formábamos una orgía de cuatro días. Pero los años no pasan por gusto. Uno se pone precavido y comemierda. ¡Qué horror! Nunca pensé que llegaría a ser tan decadente y reaccionario como para rechazar una invitación así. Quizás Julia me ha contaminado su visión trágica de la vida.

Regreso a la casa. Julia le retuerce el pescuezo a una gallina y se lo parte. La tira al corral para que muera aleteando, en convulsiones. El gallo se excita y la monta. Su compañera de tantos años en aquel corral. Quizás sólo quería despedirse cariñosamente. La monta de nuevo. Da una vuelta y de nuevo, por tercera vez. La gallina tiene el pescuezo destrozado y sufre los estertores de la

muerte, y el gallo no se imagina lo que sucede, cree que la gallina tiembla con los orgasmos.

Julia viene con una cacerola con agua hirviendo para desplumarla. Me miró y me dijo, riéndose y burlona:

—Ya tú ves, así te puedo hacer. Te retuerzo el pescuezo y te mueres con una pataleta, jajajá.

—Eso se lo haces a la gallina porque es más chiquita que tú.

En un rincón del patio hay un closet de desahogo, con un candado en la puerta. Mientras Julia despluma y limpia la gallina busco la llave, abro el closet y registro. A veces encuentro cosas interesantes en lugares así. Quedan algunas herramientas de mi padre, botellas vacías, basura de todo tipo, cosas inservibles que se acumulan y un cajón de libros viejos y libretas mías y de mi hermano. Libretas de la escuela primaria. ¿Por qué mi madre guarda esto todavía? Entre los libros hay una edición ilustrada de *Memorias del Club Pickwick*, de Dickens. Recuerdo cuando lo leí, con doce o trece años. Me pasaba horas leyendo aquel libro tan grueso y me divertía mucho. No vivíamos en El Calvario aún, sino en Matanzas. Cada vez que podía me escapaba un par de horas a la biblioteca pública de la ciudad. Era un lugar muy limpio, climatizado, silencioso, con aroma de rosas y lavanda. Muchos años después me enteré de que aquélla era la pulcritud perfecta de los WASP. La biblioteca era donación de una familia aristocrática norteamericana, creo que de Boston.

Me atraía encerrarme allí a leer. Era como tener dos vidas. Mi vida diaria se desarrollaba en el solar de la calle Velarde. En aquel pequeño cuarto sofocante, con malos olores, calor, ruido, moscas. La gente más vulgar del mundo hablando porquería siempre, sin parar. No se cansaban de beber ron, pelear por cualquier motivo y hablar imbecilidades. Era desagradable y me repugnaba. Me gustaba salir a la calle a vender helados con mi padre. Sobre todo vender helados en el puerto o en la valla de gallos. Era muy entretenido ver de cerca aquellos enormes buques y las peleas de gallos. Y cada vez que podía me escapaba a la biblioteca y entraba en un mundo higiénico, espléndido, sin moscas ni malos olores. Me gustaba aquella pulcritud perfecta.

Dejé todo como lo encontré en el closet. Es mejor no remover lo que ya



pasó. Julia termina con la gallina y la pone al fuego. Voy hasta la sala, conecto el televisor. Dan un programa para cinéfilos y pasan un largo documental sobre David. W. Griffith. Hablan de una película que le quedó un poco sórdida, creo que *The Struggle*. No gustó al público. El narrador decía: «Era la época de la Depresión. La gente quería evasión y no ver sus propias miserias reflejadas en la pantalla».

Julia estuvo unos minutos junto a mí. La gallina ya hervía hacía buen rato. Cuando oyó aquello me dijo:

—¿Estás oyendo? Aprende. Aquí no te publican tus libros, y caes como una pata en el culo.

—Ahhh, Julia...

—Sí, por chocante y pesao. Escribes siempre de la misma mierda de todos los días, y la miseria y la jodienda. Ni yo puedo leer esos libros. Escribe algo más alegre, más decente.

—¿Más estúpido?

—No seas pedante. ¿Los demás escritores escriben estupideces?

—No sé. No los leo.

—¿Ya ves? Siempre crees que lo tuyo es lo mejor.

—No lo creo, estoy seguro.

—¿Tú hablas en serio?

—Al menos no soy adulón y lacayo.

—Tú lo que estás amargado y desencantado.

—Y escéptico. No creo en nada ni en nadie. Necesito un corrientazo.

—¿Qué dices?

—Algo que me haga saltar.

—Uhh, no hables mierda.

Mi madre la llamó a la cocina. La gallina estaba dura y no se ablandaba. Una gallina vieja, dura, y sin sabor para el almuerzo dominical. Julia quiere que escriba cosas alegres y bonitas. Y mi verdadera vocación es meterme en las cloacas, atrapar ratas y abrirles el vientre con una cuchilla para ver qué tienen dentro. Apagué el televisor, me quedé tranquilo, cerré los ojos y me relajé. Tenía hambre.

---

## UNOS POCOS ELEGIDOS

---

Un buen amigo me llamó desde Lima una noche y me pidió que mostrara algo interesante de La Habana a dos de sus compañeras de trabajo. Ellas me llamaron al día siguiente por la tarde y me dijeron, con una voz musical, muy divertida:

—¡Holaaaaaaaaa! ¿Qué tal? Somos las amigas de Lucio. Ya estamos en La Habanaaaaaaaaa... Yo soy Teresa y mi amiga es Ana María.

Me sonó falso. «Quizás creen que esto es un carnaval infinito», pensé. Para muchos el trópico es como la cocaína.

—Ah, bien. Buenas tardes.

—Oye, ¿te parece si nos vemos esta noche? ¿Qué nos sugieres?

—Ehhh..., no sé.

—Nos dieron un tip: El Pico Blanco. Dicen que hay buena música y un ambiente muy... romántico y todo. ¿Cierto?

—Sí, es *feeling*.

—Oh, sí, es muy romántico, qué bien. ¿Se puede bailar? ¿Te gusta bailar? Sí, claro, tú eres cubano. Debes bailar muy bien.

—Ehhh... ¿Están cansadas del viaje? Quizás mañana...

—No te preocupes. Tenemos mucha energía acumulada, jajajá. Es que sólo estaremos una noche aquí. Mañana pasaremos a Jamaica y seguimos por Bahamas, Miami, Acapulco, Isla Margarita. ¿Qué te parece?

—Muy bien. ¿No conocían el Caribe?

—No. Por eso tomamos este paquete. ¿Te parece bien? Deben ser lugares estupendos.

—No sé.

—¿No los conoces?

—No.

—Oh, pero ¿cómo no has dedicado una semanita? Tienes que conocer a

tus vecinos más cercanos.

—No es un problema de tiempo, sino de dinero. Debe ser bastante caro.

—Eh..., no sé. Supongo..., no sé si es caro.

—Además, los cubanos no podemos viajar libremente. ¿Ustedes no lo saben?

—Ehh..., oh, pero esta isla es preciosa. Un paraíso. Ustedes no necesitan viajar, ¿para qué?

Estuve a punto de colgar y dejar desconectado el teléfono. Aún no sé por qué seguí escuchando. Acordamos vernos a las nueve. Llegaron puntuales al *lobby* del hotel. Pero no eran dos, sino tres: Teresa y Eduardo, su marido. Y Ana María. Nos presentamos. Todos muy alegres, con deseos de divertirnos, como si nos conociéramos desde siempre. Ana María se fijó en mi cabeza afeitada. La tocó, muy cariñosa, y me dijo:

—¿Y tú por qué protestas?

—No protesto. Quiero estar feo.

—¿Por qué?

—Para que las mujeres me dejen tranquilo.

—Pues no lo logras.

Uff, una limeña seductora. Era morenita, con una pizca de india, la piel canela, el pelo negro y largo. Y un cuerpo relleno, pero bien. Teresa era alta, delgada y con imagen más intelectual, feminista y todo eso. Me pareció que era sólo una pose y que daba cualquier cosa por ser la mujer de un camionero. De todos modos, tenía a Eduardo a su lado. Subimos, nos sentamos cerca de la terraza, a unos pasos del pequeño escenario, y pedimos *whisky*. Eduardo insistió en que fuera de la mejor marca y hasta pretendió ver el año de fabricación. El camarero era un hombre de unos cincuenta años, forjado en la dictadura del proletariado. Lo miró con desdén. Colocó la botella y los vasos sobre la mesa. Nos dio la espalda dignamente y se retiró. Era evidente que quería vivir sin César, ni burgués ni Dios, aunque perdiera la propina final. Después me enteré por Ana María de que Eduardo era asesor del Fondo Monetario Internacional. Bebimos y hablamos de nuestras vidas. Teresa y Ana María eran profesoras de una universidad de Lima. «Amigas desde siempre», me dijeron riéndose. Yo tenía poco que contar. Divorciado, vivía solo, ruina económica total, y no tenía la más mínima idea de qué

sucedería conmigo y con mi vida en el minuto siguiente. Y nada más. Pero no quería hablar mal de mí mismo. Mejor decía cualquier tontería:

—Ahora estoy pintando.

—Ah, Lucio nos dijo que eres periodista.

—Era. Es un oficio muy peligroso.

—Sí, claro. ¿Aquí también matan periodistas?

—No, aquí los anestesian.

—Ohhh...

—Pintar es mucho más inocente. Y gano más dinero.

—Ahhh...

Así fuimos calentando los motores y bebiendo *whisky*.

En algún momento nos quedamos en silencio. No teníamos más que decir. Para mover la cosa se me ocurrió soltar alguna mentira:

—Ahora estoy pasando una buena etapa. Vivir solo es muy saludable.

—No lo creo —dijo Eduardo.

—Pues yo sí lo necesito —dijo Teresa—. Estar con una misma. Cada vez que puedo me voy sola a la montaña. Tenemos una casa en el campo. Le doy asueto a la servidumbre y me quedo sola en medio de la montaña, ohhh..., fascinante. Es una experiencia trascendental.

Ana María me miró con sus ojos negros y apacibles. «Ojos de india», pensé fugazmente. Bueno, no sé exactamente si lo pensé o imaginé que lo pensaba. Ojos dulces, con una humildad aterradora. Casi con miedo me preguntó:

—¿Será bueno verdaderamente?

—¿Qué?

—¿Estar sola?

Teresa no me dejó contestar. Interrumpió:

—Oh, no empecemos, Ana María.

Ana María miró al piso. Se hizo un silencio total. Era más bien un vacío. Sentí la tensión: la botella de *whisky* y los vasos podían estallar. Por un instante no supe adonde mirar. Eduardo, acostumbrado a ser líder de opinión, asumió el mando y dijo:

—No te sientas mal, cubano. Te explico. Creo que no es un secreto después de todo.

Teresa intentó cortarlo:

—Oh, Eduardo, por favor. Aquí estamos para divertirnos. Es mejor alejarnos del tema.

Todos teníamos unos tragos dentro, y me pareció que Eduardo un poco más. Sólo quedaba un cuarto de botella.

Miré el reloj. Nueve y treinta. Sí. Bebíamos aprisa. Eduardo insistió. Quería explicarme. Hablaba como los negociadores de la ONU en conflictos internacionales:

—No voy a revelar secretos, Teresa. ¿Sabes qué sucede, cubanito? Algo normal: Ana María está distanciada de su esposo, que es un gran amigo mío y un caballero. Ligeramente distanciados. Ella está triste por esa situación lamentable. Y él también está apesadumbrado. Eso es todo. Un simple suceso en vías de solución, sin trascendencia.

Y Teresa:

—Nos costó mucho sacarla de casita. Pero tiene que divertirse, y nada de depresiones. Distraerse un poco. El divorcio apenas está comenzando.

Eduardo la cortó, airado:

—Divorcio, no. No creo que esa demanda progrese. No tiene sentido.

—¡Divorcio, sí! Ya es imposible una reconciliación, Eduardo, tú lo sabes.

Ana María guardó silencio. Ellos se habían alterado un poco. Eduardo se dirigió a Ana María:

—Es que me parece una reacción inmadura y precipitada. Te pesará el resto de tu vida. Gilberto es un hombre excelente. Un caballero, en toda la extensión de la palabra. Creo que no debes continuar adelante de ningún modo. ¡De ningún modo!

No obtuvo respuesta. Las dos mujeres se mordieron los labios. Eduardo de nuevo se dirigió a mí:

—A ver, tú que eres un hombre y piensas con madurez.

Teresa saltó a la defensiva:

—Y nosotras somos mujeres y pensamos con tanta madurez como ustedes.

—Ustedes están ofuscadas, Teresa.

—No lo estamos. Y si lo estamos es con motivos. Tú sabes bien que esa relación ya no tiene sentido. No hay amor.

—El amor sólo es una parte del matrimonio. Hay intereses.

—El amor es lo más importante.

—No siempre. Pero, además, creo que ya está bien. Tú tienes razón, vinimos a divertirnos...

Teresa tragó de un golpe su *whisky* y ripostó:

—¡Pues sí, pues sí! ¿Por qué no? Tú has traído el tema a colación y, ya en este punto, pues seguimos. Te voy a decir algo esencial: Ana María es infeliz hace ya mucho y se está haciendo daño. Son daños sicológicos que se pueden agravar. Por eso opino que divorcio sí. Y cuanto antes mejor. No puede perder tiempo.

—Eres demasiado apasionada, Teresa.

—Soy un ser humano, Eduardo. Tú eres una computadora.

—Oh, oh. ¿Qué dices? *Stop! Stop!*

—Estoy hablando de sentimientos, querido.

—Hay que equilibrarlo con racionalidad, querida. A ver, cubano, tú que eres...

Teresa hizo un gesto para interrumpir. Eduardo la atajó:

—No me interrumpas, por favor. Déjame explicar al cubano, que es imparcial, porque esto es importante. Ana María y Gilberto tienen dos hijas, una casa bellísima, dos autos. Tienen de todo. Gilberto disfruta un trabajo de primera categoría internacional, con perspectivas inmediatas excelentes. Viven muy por encima de la media. ¡Muy por encima! Y, vamos a ser realistas, lo que ustedes ganan en la universidad no cubre los gastos de gimnasio, cosméticos, peluquería, masajes, saunas, etcétera, de una sola. ¡De una sola!

—Ah, no seas exagerado —dijo Teresa.

—No exagero. Yo soy quien pago las cuentas. Y sé lo que te digo. Te lo puedo demostrar, factura en mano. Tú ni te enteras de a cuánto ascienden esas sumas cada mes. Entonces, ¿Ana María va a dejar a un hombre solvente, un hombre en ascenso, un hombre que la necesita, por un simple capricho? Un hombre que la quiere, dicho sea de paso, ¿por un futuro incierto y de pobreza y mezquindad?

—Ya no se aman, Eduardo.

—No creo en eso del amor a ultranza. Nosotros también tenemos

pequeñas..., eh... situaciones.

—Oh, por favor, lo nuestro es peor. Tú lo sabes.

Un guitarrista comenzó a improvisar algo. Me pareció que Ana María no se sentía bien. Le agarré una mano y me apretó como si fuera un madero en medio del océano. Le susurré al oído:

—¿Quieres bailar un poquito?

—Sí, por favor.

—Con permiso. Los dejamos por un rato.

Eduardo y Teresa discutían en serio. Al menos así me pareció. Nosotros salimos a la terraza. Era imposible bailar con aquella música. Nos recostamos en la baranda. Mirar cualquier ciudad desde el piso veinticinco siempre es interesante. Le dije:

—Parece que se les subió el alcohol a la cabeza.

—Estoy apenada contigo.

—Ahhh, deja las formalidades.

—Es que cuando beben, discuten. Siempre.

—Eso es bueno. Se desahogan.

Por suerte, Ana María no quería hablar más del asunto. Empezaron a cantar boleros. Bailamos. Bebimos más. Ya teníamos una buena nota cuando vimos a Eduardo y Teresa bailando a nuestro lado, muy acaramelados. También estaban borrachos.

Ana María quería un poco de calor. Se lo di. Bailamos bien apretados, nos acariciamos. La noté muy desenfadada y avancé más. Bien, le gustó. Yo intentaba tener un período de descanso, de soledad, me sentía muy agotado. Quería comenzar a practicar yoga y levitar. Alejarme de la tierra lo más posible. Necesitaba flotar un poco. Y de repente aparece esta mujer terrenal, apetecible, y se arroja en mis brazos dulcemente. Dejé que el tiempo avanzara. No tenía prisa. Se acabó la botella. Eduardo pidió otra, que también se vaciaba rápidamente. Me pareció demasiado. Si me emborrachaba a *full*, me iba a perder los postres. Se lo dije a Ana María:

—¿Qué te parece si nos vamos?

—Lo que tú digas.

—Para mi casa. Es cerca.

—Lo que tú digas.

Estaba borrachita. Hacía rato que no bailábamos. Sólo nos manteníamos juntos y nos acariciábamos, como dos adolescentes. Fuimos hasta Eduardo y Teresa. Bailaban. Me despedí:

—Bueno, nosotros nos vamos. Hasta mañana.

Eduardo reaccionó con sorpresa:

—¿Cómo? ¿Para dónde van? Ana María regresa con nosotros al hotel.

—Vamos para mi casa. Yo la cuido, no se preocupen.

—No, no, pero... eso es imposible. Quiero decir, yo soy responsable de lo que suceda...

Teresa lo cortó:

—¡Eduardo, por favor! ¡Pareces el marido de Ana María! ¡Ella es responsable de sí misma!

El tipo puso muy mala cara y guardó silencio. Ana María se apoyó en mí y nos fuimos. Caminamos un buen rato por el Malecón, calentando un poco más. Me gusta mucho hacerlo en la calle. Nos detuvimos en el parque Maceo. Hay algunos rincones muy buenos y oscuros. Abundan los policías, pero se mantienen a distancia si la pareja es tradicional: hombre y mujer. Cualquier otra combinación es un gran problema. La masturbé un poco. Soltaba litros de líquidos. Cerraba los ojos y destilaba jugos. Tenía empapados los muslos, las piernas, las medias negras de nylon. Me pareció una exageración. ¿Todas las andinas serán así? Las negras africanas se llevan la fama internacional, pero aquello me voló. Saqué el material y traté de clavarla allí mismo. Al menos darle un poco de brocha entre los bembos. Se asustó cuando vio la cabilla:

—¡Ohhh, no, no! Aquí no. Nos miran. Y tienes que protegerte. Por favor, así no, así no.

Miré a nuestro alrededor. Sí. Dos pajeros se habían acercado a nosotros. Observaban la escena del crimen. Uno ya había desenvainado y se masturbaba. El otro aún se descraneaba mirando cómo yo le daba brocha a la peruana. Seguimos un poco más adelante, hasta mi casa, y los dejamos con el deseo en la punta de los dedos. Subimos las escaleras. Yo iba detrás para empujarla. Usaba un vestido de noche, negro, largo y elegante. Se lo subí por detrás y jugué un poco con la lengua y los dedos. Llegamos al fin. Ocho pisos, sin ascensor, como siempre. Ya éramos dos calderas de vapor a punto



de explotar. Se tiró en la cama y se abandonó. Yo lo hice todo. Ella en el séptimo cielo. Chupé, absorbí, masturbé. Jugué. Intenté metérsela en la boca para ponerla en acción:

—Bueno, Anita, haz algo. Chupa.

—Oh, no, askkk.

—Ah, no seas mala hoja. Mama un poco.

—No, no, uff.

Fui al baño. Cogí un pote de vaselina y regresé al cuarto. La puse boca abajo. Yo tenía que gozar aquel culo. Le abrí bien las nalgas. Uhhh, mucho pelo. Muchísimo pelo. Me sumergí y le encantó con la lengua. Suspiraba. Entonces le di un toque: presenté la cabilla y empujé un poquito. Suave, bien empavesada con vaselina. Sólo para explorar. Lo tenía muy cerrado. ¿Sería virgen anal? Le dije:

—Titi, un poquito, relájate. No te va a doler. No lo aprietes, aflójalo.

Empezó a sozollar. Se ladeó sobre la cama y se encogió como un feto. Lloraba a todo trapo:

—¿Qué te pasa, Anita, mi amor? No me digas que te dolió. Nada más te presenté la cabeza. Háblame, titi.

Guardó silencio y siguió llorando. Insistí. Insistí. Insistí. Al fin sorbió mocos. Se los tragó. Y me dijo:

—Me tratas como a una puta.

—¿Yo?! ¡No! ¡Soy incapaz! Te trato con mucho cariño.

—Me tratas mal.

—¿Y yo qué hice?

—Ohhh...

—Si cojo el látigo sí que te cagas. ¿Quieres verlo?

Pensé en traer el látigo y sonarle un par de cueros. Así reaccionan a veces. Algunas después se deslechan sólo de ver el látigo en mi mano. Pero lo pensé mejor y busqué pañuelos. Se los alcancé:

—Por favor, Anita. Aguanta el llanto y dime qué hice.

Insistí media hora. Salimos al fresco, a la terraza. Seguía sozollando. Al fin me dijo:

—Me pides cosas que... no se le piden a las señoras.

Me quedé boquiabierto:

—¿No te gusta por el culo?

—Oh, eres grosero. ¿Ves? Sólo a una mujer de la calle se le puede hablar así. Y me pediste otra cosa muy fea también.

—¿Por la boca?

—Es antinatural. Oh, eres prosaico y vulgar. ¿Por qué lo dices? Eso no se dice.

Me quedé paralizado. Creo que todas las neuronas se me bloquearon. Busqué dos vasos de agua. Los traje. Bebimos agua y me puse a mirar el mar y la noche. Nunca había sentido culpabilidad por el sexo. Todo lo contrario. Cuando las neuronas comenzaron a funcionar nuevamente, me entró una furia creciente y le hablé muy fuerte:

—Ana María, eres una mujer bellísima, con una tetas y un culo increíble. Eres dulce, encantadora, noble, deliciosa. Si fueras mi mujer te daba pinga hasta por los ojos, por la nariz, por los oídos, par de veces al día. Te regalaba flores, te escribía poemas eróticos cochinísimos, te tomaba fotos porno y te sonaba cuatro o cinco latigazos por las nalgas. ¡Yo soy así! ¿Cuál es el problema?

—Ohhh, no...

—¿Cuántos machos has tenido? —Oh, no seas vulgar.

—¿Cuántos hombres has tenido? ¡Contesta!

—Uno solo.

—No lo puedo creer.

—Llegué virgen al matrimonio.

—¡Qué desperdicio! Necesitas pasar una escuela. Yo te voy a enseñar.

De nuevo comenzaron los sollozos:

—Oh, no me hables así. He cometido bigamia. Y con un hombre que habla como un..., que actúa como un...

—¿Cómo un qué? ¡Habla!

—Como un carretonero. Nunca pensé... Oh...

—¿Nunca pensaste qué?

—Lucio nos dijo que tú eres un artista, un escritor, un hombre culto. Me dijo que..., oh..., eres muy vulgar. No lo puedo creer.

Solté todo el aire que tenía dentro. Acumulé energías y le dije:

—Relájate y vamos para la cama de nuevo. Borra el marcador.

Empezamos en cero.

—¡Oh, no, no!

—¡Oh, sí, sí!

Allí mismo la mordí muy suave en la espalda y la masturbé un poquito. Se le doblaron las rodillas y se le aflojaron las piernas. Cerró los ojos y se abandonó:

—Ahhh, pero ¿qué haces? Ahhh...

Volvimos a la cama pero no logré sacarla de su clasicismo medieval. No quería provocar otra crisis de lágrimas y culpabilidad. No aprendió a mamar ni a dar el culo, pero nos divertimos de todos modos. A las seis de la mañana hice un café. No habíamos dormido ni un minuto. Teníamos grandes ojeras. Bebimos el café mirando el amanecer. Le repetí al oído decenas de veces que era una mujer dulce y fascinante. Y no le mentía.

—Ana María, si te quedas quince días conmigo te voy a enseñar todo lo que no te imaginas. Lo que tu marido hace contigo no tiene nombre. Es un inculto...

—Oh, cállate, por favor. No digas más groserías.

Se vistió y la acompañé escaleras abajo hasta la calle, en busca de un taxi. A cada momento era más dulce y encantadora. Necesitaba cariño, evidentemente. Cariño y amor y un par de trancazos diarios. Sin fallar un día. Con una semanita bajo ese tratamiento se convertiría en la india más resplandeciente de Los Andes. Nos despedimos con un beso. La sentí alegre, relajada. Tenía buenas vibraciones en aquel momento, y me propuso:

—¿Almorzamos juntos en el hotel? Así nos despedimos. Quizás...

—¿Quizás qué?

—Quizás puedo volver en un mes o dos.

—Muy bien. Almorzamos juntos.

—¿A la una? ¿Te parece?

—Perfecto, a la una. En el *lobby*.

Llegué al hotel, puntual como un reloj. No me esperaba. Me senté y esperé media hora. No podía averiguar su habitación porque desconocía su apellido. Esperé otra media hora. Me levanté y me fui. Yo podía convertirla en una pecadora brillante. Supongo que no tenía espíritu aventurero y prefería volver al redil de sus hijas, su marido aburrido, sus clases en la universidad,

sus misas los domingos por la mañana, su casa lujosa, y el resto de sus propiedades. Ahora pienso que hizo bien. Sólo unos pocos elegidos pueden vivir fuera del redil. Y es muy difícil encontrarlos.

---

## LA PRÓXIMA VEZ

---

Éramos siete acróbatas jugando en los trapecios del circo. Dos mujeres y cinco hombres. Vestíamos unas licras rojas, muy ajustadas y brillantes. Lucíamos atléticos y musculosos. Nuestro número era largo y lo hacíamos a mucha altura. Era un mecanismo perfectamente sincronizado y se acoplaba mentalmente. No teníamos que mirarnos a los ojos ni hablar. Era algo cerebral. Siete figuras rojas en lo alto del circo. Siete personas, bellas como dioses griegos, volando entre dos trapecios que nunca se detenían ni chocaban, aunque estaban situados de tal modo que sus trayectorias dibujaban una cruz. En los extremos de cada trapecio unas brillantes lamparitas rojas dejaban una estela. Desde sus asientos, los espectadores veían siempre aquella cruz roja en lo alto del circo y admiraban a las dos mujeres bellísimas y a los cinco hombres musculosos. Todos volando como pájaros y dando volteretas en el aire. Siempre un par de manos atrapaban al que volaba y en un segundo salía disparado de nuevo, como un rayo de luz, hacia otro destino en el aire.

Para nosotros era un juego perfecto. Una rutina de sincronización. El secreto consistía en concentrarnos totalmente y olvidar todo lo demás. En algún momento del espectáculo, dos acróbatas, disfrazados de payasos, salían sorpresivamente de la zona oscura e irrumpían en la luz blanca y potente de los reflectores. Aparecían volando disparatadamente. Y era una gran sorpresa en medio de la armonía: con camisas de rayas verdes y amarillas, pelucas de estopa color zanahoria y grandes y rojas narices, como tomates. Y comenzaba la locura. Aquellos dos payasos, al parecer, no sabían cómo jugar en los trapecios, y se caían continuamente. Nosotros los atrapábamos en el último segundo. Ellos pateaban, manoteaban en el aire, y se caían de nuevo. Teníamos que salvarlos siempre. Ascendían por una soga, huían de nosotros, y se descolgaban. Electrizzante. Los espectadores gritaban de terror. El

espectáculo se aceleraba. Los demás acróbatas nos contagiábamos con los payasos. Ya todos nos caíamos. Alguien nos atrapaba en el último instante. Eramos pájaros derrotando a la ley de gravedad. Los espectadores se ponían de pie. La orquesta arreciaba con la música *in crescendo*. Todos temblaban de emoción. Los niños gritaban. Dos policías entraron en ese instante a la pista. Sonaron tres silbatazos. Todo se detuvo. Los policías hablaron por un megáfono y ordenaron: «¡Detengan su espectáculo inmediatamente! No queremos cadáveres en la pista. No queremos cadáveres en la pista. ¡Bajen inmediatamente! No queremos sangre en la pista».

En ese momento, los dos payasos se dejaron caer desde lo alto y nadie los pudo atrapar. Eran dos torpedos cayendo a gran velocidad hacia el centro de la pista. Miles de espectadores gritaron de terror. Se nos escaparon. Iban a estrellarse contra el suelo. Eran dos flechas incendiadas a una velocidad de vértigo. Estiré mi mano. Intenté atrapar a uno. No. Se me escapó. Algo sucedió al intervenir los policías. Todo el mecanismo de sincronización se despedazó con aquellos silbatazos. Yo también me precipité a tierra.

Fue terrible. El pánico. Un golpe de adrenalina inyectó mi cerebro y desperté aterrado. Me senté en la cama. Yo era uno de los payasos. Me toqué la cabeza para quitarme la peluca de estopa. No tenía peluca. Sólo toqué mi cabeza afeitada. El pánico me hacía respirar agitadamente. Oh. Intenté tranquilizarme. Era de noche aún y la habitación a oscuras. Pero escuché a Julia a mi lado. Se quejaba en sueños:

—Oh, ay, ay, ay...

Tenía una pesadilla. La desperté con mucho cuidado, hablándole al oído:

—Julia, ¿qué te pasa? Despiértate, Julita.

—Uhhhhh..., ayyyyy..., ayyyyyy...

—Julia, es una pesadilla. Despierta.

—Ehhhh.

—Es una pesadilla. Ya pasó.

—Ay, qué horror, ¡qué alto, qué alto!

—¿Qué te pasaba? Ya, ya.

—Ay, qué alto. ¡Qué miedo!

Empezó a sollozar. La dejé. Lloró un poco y me repetía:

—Ay, qué miedo, por poco me mato. Qué alto.

—¿Qué cosa era alto?

—No sé. Era muy alto y...

—¿Y qué? Habla.

—No me acuerdo bien. Había dos payasos conmigo, con el pelo rojo y una ropa verde y amarilla. Y nos caíamos los tres.

—¿De dónde se caían?

—No sé. Vi dos policías. Escuché unos silbatazos y empezamos a caernos.

—¿Cómo estabas vestida? ¿Había más gente?

—No sé. Ahora todo es borroso y... ¿Por qué preguntas tanto?

—Por nada, Julita. ¿Quieres agua?

—Sí.

Encendí la lamparilla de noche. Me levanté y fui al baño. Oriné. Entré en la cocina. Tomé un vaso de agua y miré el reloj. Las cuatro y cincuenta. Le llevé agua a Julia. Le di un beso en la mejilla. Ya no puedo besarla en la boca. No puedo. Pero de todos modos la acaricio en la cabeza. No puedo hacerle daño. Se acurruca junto a mí. Se hace un ovillo y en un minuto ya ronca. Es increíble con qué rapidez se duerme esta mujer, y yo siempre me demoro y pienso en veinte mil cosas diferentes. Y ella ahí, como una piedra, roncando. Me cago en su madre, cojones, qué suerte tiene. Siempre es lo mismo. Me desvelo y doy vueltas en la cama. Creo que dormité un poco. Me despertaba siempre. Me masajeeé un poco la pinga, pensando en Gloria y en Ivon. Ivon me apasiona, pero esa prieta en cualquier momento aterriza en Vigo, con su gallego viejo, y adiós África mía. Sueño con tener a Gloria conmigo y dormir juntos. Pienso en su olor y estamos juntos en la playa, pero ella está completamente desnuda y yo. Ahhh..., me desperté otra vez. Con la tranca durísima. Amanece. Coño, sí. Parece que dormí un poco más. Julia abre los ojos y me dice:

—¡Ay mi madre, se me hace tarde, ya es de día!

Se levanta. Va corriendo al baño. Yo me masturbo un poco. No. Me detengo. Nada de botar líquidos. Reserva para tiempo de guerra. Voy a la cocina y hago café. El material se relaja solo y desciende, aunque sigo pensando en Gloria. Me gustaría tenerla aquí ahora, en la cocina, desnuda, con esos hilos dentales que usa, la muy cabrona. Me gustaría preñarla.

Hacerla mía. Convertirla en mi esclava y en mi reina. No sé cómo deshacerme de Julia, que ahora sale corriendo del baño, a medio vestir. Le digo:

—No te apures, Gloria, si...

—¿Eh? ¿Qué tú dijiste?

—Que no te apures. Ya tengo el café...

—Dijiste Gloria. ¿Dijiste Gloria?

—Ehh..., no, no..., es un personaje de una novela que estoy...

—¿Tú crees que yo soy boba? ¿Que me chupo el dedo? ¿Quién es Gloria?

Yo sé que tú tienes otra.

—Julita, no te pongas así.

—Ahora no tengo tiempo. Ya son las siete y diez, pero al menos no me digas mentiras.

Se acaba de vestir en silencio. Le alcanzo el café:

—¡No quiero café! ¡No quiero nada! Esta noche hablamos.

—Tómate el café.

—No quiero nada, te dije. Que no se te ocurra tomarte ni un trago esta noche. Vamos a hablar y tienes que estar claro. Nada de curdas.

Me quedo mirándola. En silencio. Se calza rápidamente. Agarra el bolso y sale disparada escaleras abajo. Debe estar en la pizzería antes de las ocho de la mañana. Regresará después de las ocho de la noche. Y tendremos bronca a esa hora.

Salgo a la terraza a mirar el mar y el amanecer. Bebo el café de Julia. Está un poco frío. Bebo despacio y pienso: «Quizás en alguna vida anterior fui un jeque árabe o un hacendado esclavista, con una enorme hacienda ganadera y una gran casa solariega, con muchas habitaciones. Y mis mujeres ahí. Una en cada habitación, y yo era un fundador de generaciones. Un creador de lo nuevo. Yo en el centro, poderoso, millonario. Cada mujer era mi reina y mi esclava». Eso es lo que me gustaría hacer ahora de nuevo. Tener cuatro o cinco mujeres. O diez o doce. No sé. Todas las que me gustan. Enamorarlas. Seducirlas hasta que no puedan vivir sin mí. Todas en una casa enorme, en el campo, con muchos árboles de frutas y de plátanos. Y más allá la enorme hacienda con cien mil cabezas, con doscientas mil, con trescientas mil reses de las mejores razas. Y en la casa todas mis mujeres, cada una con hijos,



pariendo todos los años. Podría tener treinta, cuarenta, cincuenta hijos. Ahí. Una familia enorme y feliz. Sin discordias ni problemas. Cuando se ponen celosas, ahí estoy yo. Látigo en mano. El látigo en la derecha y las flores en la izquierda y en medio el material erecto, lleno de amor y de esperma, para controlar tibiamente la situación. Me gustaría muchísimo. Amor y látigo. Estoy seguro de que alguna vez fue así, en una encarnación anterior. Estoy convencido de que me sucedió y todos éramos felices. Y fue en un país tropical, desmesurado y bellissimo. Todo era verde y azul.

Ya, nene, vuelve a la realidad. Eso ya pasó. Ahora estás en La Habana, siglo XXI, bajo la dictadura del proletariado, y no te permiten comprar ni una ternera ni un metro de terreno. Mucho menos una hacienda. ¡Diez mujeres con treinta hijos! No seas imbécil, nene.

Ah, carajo, cómo me gustaría esa vida. Me quedo un rato en silencio mental. Pienso en algo que sucedió aquí mismo, hace años. Julia, Gloria, Ivon, no existían en mi vida. Existía otra mujer que destrozó todo dentro de mí. Se había esforzado en picarme en pedacitos bien pequeños, la muy hija de puta. Siempre ha sido así: una mujer *X* picándome en pedacitos o yo picando en pedacitos a una mujer *X*. O ambos, simultáneamente, picándonos. La vida es un bolero. Mi hija apenas tenía ocho o nueve años, pasaba el fin de semana conmigo. La niña veía que yo andaba apesadumbrado y triste. Bebía una taza de café frente al amanecer y la sentía pegada a mi costado. Entonces me dijo:

—Papi, tienes que cuidarte. La próxima vez no te enamores tanto.

Ahora miré la taza de café vacía y recordé aquel consejo. Muy bueno. Jamás lo olvidaré. El problema será aplicarlo.

---

## HASTA QUE UNO SE PIERDE

---

Eran las nueve o las diez de la noche cuando se cortó la electricidad y nos quedamos a oscuras. Al mismo tiempo el cielo se puso rojo y naranja, con gases y explosiones. Parecía que la atmósfera podía reventar y arrasarnos. Cundió el pánico en el barrio. Por suerte no sucedía exactamente sobre nuestras cabezas, sino algo más allá, hacia la ciudad. Julia tiene una casita en ese sitio, en las afueras de Santa Clara. Es un lugar muy humilde, para decirlo de algún modo. Ella vivió allí catorce años con su marido. Su primer y único matrimonio. Con papeles, quiero decir. Después él se mató en un accidente. Era montador de grandes trasmisores de radio. Una tarde cayó desde sesenta metros de altura. Estaba borracho, según Julia, pero eso nunca se dijo en voz alta. Ella me comentó un día: «Es feo que te diga esto, pero me sentí bien cuando se murió. Era un cretino, con sus borracheras todos los días y su imbecilidad. Entonces empecé a divertirme. Lo que no había hecho de joven lo hice de los treinta y cuatro a los cuarenta y cuatro. Me divertí muchísimo». Finalmente cerró la casita y se fue para La Habana, a vivir conmigo. Ambos queríamos parar la carrera. Dejar a un lado la promiscuidad y las complicaciones y tener un poco de vida hogareña. Queríamos cuidarnos uno al otro y buscar sosiego. Han pasado cinco años. Mucho tiempo. Ahora queremos de nuevo soltar lastre y seguir cada uno su rumbo. Pero no es bueno precipitar las decisiones. Mejor es así, lentamente.

A veces vamos a Santa Clara y nos quedamos tres o cuatro días en su casita. No soporto mucho más tiempo. Es un lugar atosigante. Lo peor es que todos crían puercos y pollos. El mal olor, las moscas y los mosquitos me ponen de mal humor. El barrio consiste en unas cuantas calles que vienen desde los barrios más cercanos al centro y terminan en una enorme finca

estatal de cítricos. Más allá de los cítricos hay vaquerías, ganado lechero, y grandes pastizales. A unos cincuenta metros al oeste de la casa de Julia termina la calle y comienzan los naranjos. Cada cierto tiempo aparece alguien muy pobre, ya en la indigencia, con una mujer arruinada y unos cuantos hijos, y arma un bajareque. Buscan unas tablas medio podridas y pedazos de latas y plásticos y fabrican una casuchita. Roban unos metros a los cítricos y poco a poco invaden la finca. Al parecer a los jefes de aquello no les interesa o hacen la vista gorda. Un antropólogo sería feliz aquí, estudiando la fauna abisal. Todos los vecinos son gente rompedora de fronteras, desquiciados, acostumbrados a vivir en los límites. La mayoría no tiene empleo fijo y van y vienen de la cárcel. Hay una familia de enanos. Son veinte o treinta enanos analfabetos, sucios, pobres. Nadie sabe de dónde sacan unos pesos para vivir cada día. Continuamente pasa gente en bicicleta vendiendo de todo: plátanos, caramelos, cuchillas de afeitar. Nadie compra. No hay dinero. La mayoría de las muchachas salen embarazadas sin casarse y tienen hijos y más hijos. Siempre hay docenas de niños jugando en la calle, sucios y sin zapatos. Algunas, las más astutas, logran escapar a ese destino y se van para Varadero a jinetear. La estrella del barrio es una mulatica de dieciocho años que desde hace ocho meses vive en Viena. Se casó con un señor austriaco de cincuenta y nueve años. Iusneivi. Una vez le pregunté a su madre de dónde sacó el nombrecito de la niña. Me dijo:

—Su papá dice que ese nombre está de moda en Guantánamo. Él es de allá. Vivía en Caimanera, al lado de la base.

Después saqué conclusiones. El padre vivía junto a la base de la U.S. Navy. Iusneivi envía fotos con frecuencia. Su mamá las muestra orgullosa de casa en casa y asegura que el señor austriaco es millonario. Iusneivi es un referente valioso. Algunas siguen su ejemplo —las más agraciadas— y escapan a Varadero. También hay varios religiosos. Son los arrepentidos. Los que fueron ladrones, las infieles a sus maridos, los que mintieron y engañaron, los que desearon a la mujer del prójimo, los que blasfemaron, adoraron imágenes y consultaron a los muertos. En fin, los pecadores convertidos a la fe. Pertenecen a sectas pequeñas. Ahora, en medio de la conflagración, salieron a la calle aferrados a sus biblias. Primero eran diez o doce. Después algunos más. Llegaron a ser treinta o cuarenta. Se cogieron de

las manos y entonaron himnos religiosos ante el cielo incendiado. Los niños y las mujeres gritan de terror. El pánico se apoderó de todos. Los enanos escaparon hacia el extremo de la calle y se metieron en los naranjos. Realmente es para cagarse en los pantalones. Nadie sabe qué sucede. Este es un barrio de casas pequeñas y bajas y grandes árboles: mango, aguacate, mamey, framboyán, ceiba, guanábana. Árboles de todo tipo. En la oscuridad de la noche, el resplandor rojizo de las explosiones convierte aquello en una escena diabólica. Algunas viejas no se dejan ganar por el pánico. Se persignan y rezan discretamente, en voz baja. Julia y yo estamos en el portal, mirando. Pienso en el incendio de algún polvorín clandestino o de un almacén de ácidos. Pero todos esperan ver algo trascendente en medio del fuego. La gente siempre espera señales de Dios. Quieren que él les facilite las cosas y se aparezca en persona. Ya estoy enredándome en la metafísica, cuando me fijo en un tipo del barrio que regresa velozmente en su bicicleta. Nadie le presta atención. Todos gritan de pánico o rezan. Lo llamé:

—Oye, ven acá. ¿Qué vola con esa candela?

El tipo era de los matavacas. Son tres o cuatro hermanos y viven en una casuchita metida dentro de los naranjos. Por las noches roban bueyes y vacas en los pastizales. Los matan y por la madrugada venden la carne. Los policías los agarran a veces pero enseguida los sueltan. Nunca hay pruebas suficientes. Y ellos siguen en el negocio alimentario.

Ahora el tipo se detiene ante mí:

—¡La gente se volvió loca, acere! ¿Qué es esto?

—Están asustados.

—¡Asustaos no, se están cagando de miedo!

—Bueno, dime.

—Se está acabando el mundo en la subestación de Tamarindo. Están explotando todos los transformadores y la candela ya cogió a las casas de los alrededores.

—¡Uhhh!

—Hay equipos de cuatrocientos mil voltios explotando. Dicen que fue sabotaje. Y está la policía allí..., los bomberos llegaron ahora, pero la policía ya acordonó.

—Y a ti te tienen enfocado siempre. Métete en tu casa y que ni te vean.

—Por matar vacas son unos cuantos años, pero por terrorismo y sabotaje..., ya tú sabes..., me ven por allí y me recogen.

—Pero si eres inocente no...

—No seas bobo. Mejor es que ni me vean. Me voy pa'l monte. Esta noche es buenísima pa' tumbar un buey. A las tres de la mañana estoy aquí con un pedazo de filete. Especial pa' ti, que eres un buen cliente.

—No me traigas nada. Julia y yo regresamos esta noche para La Habana y no quiero problemas en la autopista.

—Ah, no seas pendejo, compadre. De los cobardes no se ha escrito na'.

—¡No, señor, no quiero! En la autopista registran hasta tres y cuatro veces. No quiero líos.

—Bueno, acere, allá tú. Muérete de hambre en La Habana.

Se fue gritando a voz de cuello que era un incendio en la subestación de Tamarindo. Gritaba y se reía a carcajadas. No sé por qué se reía.

La gente se calmó poco a poco. Dos horas después sólo había oscuridad y silencio. Todos se acostaron. Julia se tiró en la cama y dos minutos después ya roncaba. Yo me senté en el portal y velaba el reloj. Un vecino del barrio era chofer de una guagua. Salía a la una de la madrugada para La Habana. Habíamos ajustado para irnos con él. Pero no teníamos reloj despertador. Decidí mantenerme despierto.

Allí estuve dos horas en medio de la oscuridad, mirando el cielo y las estrellas y los bultos oscuros de los grandes árboles. Había buen fresco. Un aire limpio se llevó los mosquitos y la peste a mierda de puercos. Algún perro ladraba. Me siento bien en la soledad y el silencio. Miraba al cielo y no sé si pensaba en algo. Supongo que sí. Uno siempre piensa. Quizás aparecía un ovni. A veces hay alguno cerca. Enfoca su luz hacia mí durante un par de minutos y desaparece. Hasta ahora no me han dado más señales. Pero es mejor no escribir de ese tema. Es tan escabroso como escribir sobre Dios. La gente se molesta con los temas intangibles. Lo intangible ofende la inteligencia y el raciocinio de la modernidad.

A la una desperté a Julia. Hice café. Lo tomamos de pie y rápidamente. Cerramos bien la casa y nos fuimos. Había muchísima oscuridad, pero Julia conoce de memoria aquellas calles de tierra, con fango y charcos de agua. El chofer tenía la guagua parqueada frente a su casa. Parecía un monstruo

oscuro y enorme, en comparación con las casitas, de madera mohosa, sin pintar y arruinadas. Había una mujer en un portal, recostada en la puerta de su casa, en la oscuridad. Cuando nos vio le preguntó a Julia si había visto a su hija. Me pareció que pasaba por un momento de ansiedad. Me preguntó la hora.

—Es la una y pico, señora.

—¡La una y pico! Primera vez que esta niña me hace esto.

—¿Qué edad tiene?

—Quince.

—Está bien. Ya puede ir a una discoteca y regresar al amanecer.

—No hay discotecas abiertas. Toda la ciudad está a oscuras. ¡Ay mi madre, yo no quiero pensar lo malo!

La mujer siguió hablando con Julia. Se conocían. Julia asombrada:

—¿Y Mileidis ya tiene quince años?

—¿Te acuerdas cuando estaba chiquitica? Yo, al fin, salí de su padre, cada día era más delincuente. Cuando no estaba en la cárcel, era aquí, dándome golpes a cualquier hora. Y sin motivo.

—¿Te separaste de él...?

—No. Le echaron veinte años, por estafa continuada. Y yo desconecté de él. Que se pudra en la cárcel. Por hijoputa y descarao le pasó. Mira, mira, todavía tengo las cicatrices y las marcas de la última entra de palo que me dio.

—Siempre fue un tipo cabeza loca.

—Sí, Julia, no las pensaba. Y si esa niña sale al padre..., no quiero ni pensarlo.

—Vas a sufrir muchísimo.

Casi no se veían, pero chismorreaban de todos modos. Fui al frente hasta la casita del chofer. Toqué en la puerta. No contestaron. Seguí tocando con los nudillos. El tipo respondió con voz de sueño:

—Ya voy, ya voy.

Pasaron diez minutos y el tipo no salía. Pegué el oído a la puerta. No había ruidos. Pensé que se habían dormido de nuevo y volví a tocar fuerte en la puerta. Ahora respondió la mujer. Me pareció furiosa:

—¡Ya, ya! Quédense tranquilos y no jodan más. ¡Ya vaaaaa!

Pero no salieron. Pegué el oído a la puerta. Los escuché suspirando, sofocados, y la cama chirriaba. Ya terminaban. Fue un palo rápido, en diez minutos. Las mujeres son muy inteligentes: nada de soltar al tipo para la carretera con ganas de templar. La leche se queda en casa.

Unos minutos después el tipo salió muy serio. Era un hombre importante en el barrio. Los demás andaban a pie o en bicicleta. Sólo dijo «buenos días». Se montó. Arrancó el motor y nos abrió la puerta. Julia y yo subimos y nos acomodamos. El viaje era largo. Le pregunté al chofer:

—¿A qué hora estaremos en La Habana?

—Eso depende.

—¿De qué?

—Imagínate..., nunca se sabe.

—¿A cómo sale esto?

—Veinte pesos por cabeza.

Cogí cuarenta pesos. Se los alcancé. Los agarró sin decir palabra. Los guardó. Me senté de nuevo. Ya Julia se había recostado y dormía con la boca abierta. Pensé: «¡Cojones, que felicidad!».

No pegué los ojos en todo el trayecto. Jamás puedo dormir cuando viajo, y mucho menos en aquella guagua que parecía un carretón de caballos. El chofer recogía a todos en la autopista. En algún momento calculé noventa personas hacinadas. No había un centímetro cúbico libre. Saqué cuentas. Noventa por veinte. Dos por cero, cero. Dos por nueve, dieciocho. Mil ochocientos pesos. Más los que subieron y bajaron entre pueblos de tramos cortos, que pagaban a diez pesos, se puede redondear a dos mil doscientos pesos. La empresa le exige que pague sólo por los pasajes con asientos. Los conté. Veinticuatro asientos, por veinte. Doscientos ochenta pesos. Dos mil doscientos menos doscientos ochenta son mil novecientos veinte. Está bien. Mil novecientos veinte pesos de ganancia neta. Sí. Es un tipo importante en el barrio. La policía revisó dos veces. La primera vez tuvimos que bajar todos a la carretera. Registraron con cuidado cada paquete. Se llevaron preso a un tipo porque llevaba una bolsa con cuatro kilos de café en grano. La segunda vez que registraron, un poco más adelante, no encontraron nada prohibido. Me entretuve con el paisaje. Es muy bonito. El amanecer y todo eso en la gran sabana. Llegamos a la capital del paisito a las diez de la mañana. Está

bien. No había pegado un ojo en toda la noche. Me sentía mareado por la falta de sueño. Cogimos otra guagua y nos fuimos para la casa.

En cuanto llegamos abrí todas las puertas y ventanas para airear la casa. Había calor y humedad en exceso. Le pedí a Julia que hiciera un poco de silencio.

—¡Yo tengo que limpiar la casa! ¡Esto es un asco!

—No, Julia, por tu madre. No limpies ahora. Déjame dormir un rato o me va a estallar la cabeza.

Me tiré en la cama. Me puse una media sobre los ojos. Todo quedó a oscuras y me relajé. Sonó el timbre del teléfono. Julia contestó y me llamó:

—Es para ti.

—¿Quién es?

—No sé. Una mujer.

Cogí el teléfono. Era una mujer muy alegre, en plan de conquista:

—Dígame.

—Ay, qué voz de sueño. ¿Estabas durmiendo?

—Sí.

—¿A esta hora?

—¿Quién habla?

—¿No me conoces?

—No.

—Ay hijo, qué patiseco estás. ¿Qué te pasa? ¿Te va mal con Julia?

—Tengo sueño. ¿Quién eres?

—Martica, mi amolll, que rápido se te olvida la gente.

—¿Qué Martica?

—Martica Sugnot.

—Ah, sí, coño, es que te pierdes y reapareces como los fantasmas.

—Estuve navegando un año y cuatro meses. Acabo de regresar.

—¿Y te vas cuándo?

—Están reparando el barco, así que demoro unos cuantos meses en salir. Ven para acá. Tengo deseos de verte.

—No puedo.

—Julia te tiene cogido por el narigón.

—No es eso. Tengo sueño.



—No te hagas de rogar, chinito. Ven pa' cá. Tengo muchos deseos de verte..., de verte en cueros y con la pinga pará, jajajá.

—Martica, no dormí anoche y tengo dolor de cabeza.

—¿Y eso? ¿Una orgía o un velorio?

—Ni lo uno ni lo otro. Te llamo mañana y nos vemos.

—Bueno. Estás un poco trágico hoy. Me parece que la vejez te está agarrando.

—Puede ser. ¿Y a ti qué te agarra? ¿La juventud?

—Bueno, cuando nos veamos ya verás. Estoy haciendo aeróbicos y pesas. Si me ves, te babeas.

—¿Ya no estás gorda y culona?

—Culona sí, pero de gordura nada. Eso es subdesarrollo. Ahora estoy en la onda europea y la modernidad: vegetales, frutas, ejercicios y cremas, jajajá. Parezco una negra africana, de esas ricachonas, mujeres de los coroneles, jajajá.

—Bueno, me alegro.

—¿Cuándo nos vemos?

—Te llamo mañana.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Bueno, un beso. Chau.

—Chau.

Martica tiene cuarenta y seis años y la vitalidad de una niña de doce. Es camarera en un barco de containers. Nos conocemos desde hace muchos años y tenemos sexo pragmático e intermitente. Me cuenta sus historias a bordo. Un día se me ocurrió decirle que su vida en el barco es una novela erótica de primera categoría. Desde entonces me persigue. Quiere ser protagonista. Es algo así como la cantimplora de los sedientos marinos en alta mar. Colgué. Caí en la cama como una piedra, y me dormí al instante.

Cuando desperté escuché a Julia hablando con la vecina. Es una señora muy vieja, vive sola y está aterrada porque se acerca un ciclón. Sólo oigo fragmentos. Me quedo tranquilo, escuchando. Hablan muy bajo, para no despertarme. No oigo. Me levanto. Oh, me duele la rodilla izquierda de nuevo. Voy hasta la cocina y me trago una aspirina con agua. Me duelen dos

filtraciones en unos empastes de las muelas.

La rodilla, las muelas, el virus del mes pasado, tengo menos semen, con alto nivel de acidez y solo sesenta por ciento de supervivencia. Tuve que dejar el tabaco definitivamente porque la falta de aire era terrible. Los pliegues y arrugas en la cara aumentan. En fin, cincuenta años. ¿Qué sucederá a los sesenta? ¿Llegaré allá? Hago café y pienso una y otra vez: «Tienes que aceptarte y agradecer. Tienes que aceptarte y agradecer. Tienes que aceptarte y agradecer». Me trago otra aspirina con el café y mentalizo: «Todo va bien, nene, todo va bien». Pero algunas neuronas se mantienen en guardia y filtran unos flashazos: «Todo va mal, nene, todo va mal». Le pregunto a Julia y a la vecina si quieren café. «Sí, por supuesto», me dice mi adorada mujercita. Les llevo un par de tazas y regreso a la cocina rápidamente. La viejita ya dejó el tema del ciclón y sus temores. Ahora enjuicia a los vecinos. Todos son inmorales, indecentes, putas, maricones, borrachos, gusanos, tortilleras, estafadores, ladrones. Todos son un desastre. Menos ella. Jamás habla de su propia vida. Trabajó treinta años como oficial de los servicios secretos. Y su vida es un secreto. Por supuesto. Ahora lleva diez años jubilada. Su hija y sus nietos la tienen completamente abandonada, como si no existiera. No resisto su visión autoritaria y enjuiciadora. Una vez me dijo con mucha satisfacción: «Mis subordinados me tenían miedo. Conmigo tenían que estar derechos como una vela. Y mi marido también. Yo lo llevaba con la rienda cortica. A mí no se me va nadie de la mano». No me explico cómo Julia puede hablar tanto con ella. Me asomo por la ventana para hacer tiempo. Creo que estoy un poco ansioso. No sé por qué. Tengo deseos de salir corriendo y beberme una botella de ron de un solo trago. De templarme a una negra culona como Martica Sugnot, pero dándole latigazos, de fumar un tabaco, de salir nadando Malecón afuera hasta que me coman los tiburones. ¡¡Cojones de pinga, me asfixio en esta casa!! ¡¡Necesito darle latigazos a alguien, un navajazo, boxear al duro, meterle cuatro balazos a un hijoputa en la cabeza, aahhgggggü!!

A los veinte años yo creía que la vida era infinita e inagotable y se podía obtener todo, hasta extremos ilimitados.

Ahora, treinta años después, al fin entiendo cómo es: hay que concentrar mucha energía en un solo punto, como un rayo láser. Y eso lo alcanzan muy

pocos. Cada día está diseñado para desenfocarlo a uno. Hasta que uno se pierde y ya ni sabe dónde está ni por qué llegó hasta aquí ni cómo fue.

Bajé corriendo las escaleras. Fui hasta la ronera de la calle Lagunas y compré una botella. Regresé al edificio y me encontré en el *lobby* con Gaspar, un viejo amigo, fotógrafo profesional. Excelente. Un tipo brillante en su trabajo. Está muy gordo y vestido como un yuma. Nos saludamos:

—¡Gaspar! ¿Qué haces por aquí?

—Coño. Qué bien que te encuentro. Quería verte, pero subir esa escalera no es fácil.

—Yo subo y bajo sin pensarlo. Son ocho pisitos nada más, jajajaja. Es que te has puesto muy gordo, Gaspar.

—La buena vida, acere. Tú sigues flaco igual que siempre.

Subimos la escalera. Gaspar llegó a la azotea ahogado y sin aire. Se refrescó un poco. No aceptó ron. Quería hacer unas fotos del crepúsculo y después tenía que ir a un cóctel en el Hotel Nacional. Presentaban una nueva revista de turismo.

—Gaspar, estás metido de lleno en la buena vida. ¡Qué bien! Me alegra mucho.

—Esto es lo mío. La publicidad, el turismo y la bobería. Gano buena plata, no me busco problemas, nada de política, me codeo con gente de dinero, con extranjeros...

—¿Dejaste el periodismo por completo?

—Totalmente. Hace tres años. Ahora vivo como nunca, acere. Con la política y el periodismo te mueres de hambre porque los únicos que muerden el bacalao son los que están arriba.

—Es una lástima.

—¿Qué cosa?

—Aquel ensayo que hiciste...

—Chico, no me hables de eso porque no quiero recordar esa etapa de mi vida, ni aquellas fotos.

—Vamos a preparar un libro y...

—¡No, no, no! Ni me metas a mí en la candela ni te metas tú, acere. Olvida aquellas fotos. Mira, te voy a decir: entre el noventa y uno y el noventa y seis yo hice, por lo menos, cinco mil o seis mil fotos de los años

peores en La Habana. Llegó un momento en que estuve a punto de romper la cámara contra el piso, montarme en una balsa y salir echando de aquí. Estaba asqueado de todo. Hasta de mí mismo, por hacer esas fotos.

—Es que tú vivías en aquel solar, en medio de la candela.

—Y el hambre y la miseria de mis dos hijos, de mi mujer, ¿te acuerdas de que yo parecía un esqueleto? Si insisto en aquellas fotos me vuelvo loco, o termino en una balsa, o suicida, no sé.

—Pero guarda los negativos, quizás algún día...

—No, no. Olvídate. No me voy a decidir. He pensado quemar esos negativos y al carajo.

—No hagas eso, chico.

—No tengo alma de mártir, acere. Es mejor olvidar y no caer pesao y buscarme problemas. Mira, ahora voy a hacer unas fotos del crepúsculo sobre La Habana y mañana me pagan al cash doscientos faitos por una sola foto de éstas. ¡Hay que aprender a vivir, acere!

—Bueno, si tú lo dices.

—Lo mío ahora es vivir bien. Para mí ya no hay crisis ni hambre. El que se quedó en la crisis y la miseria, que se joda o se corte las venas. Hace dos años que ni paseo por Centro Habana. Nada de miseria.

—¿Quieres un trago, Gaspar?

—No te pongas bravo conmigo, acere.

—No estoy molesto. Tú y yo somos amigos desde hace veinte años.

—¿Para cuándo lo voy a dejar? ¿Para la próxima vida? Se vive una sola vez.

—Bueno, ya deja eso. Date un trago de ron.

—No, no. Estoy trabajando. Nada de ron.

—Estás hecho un profesional de primera, Gasparcito.

—Te vas a reventar el hígado con esa mierda de ron. Eso es muy malo.

El sol se escondía en el mar con todas las gamas de naranjas, grises, rosados. Era un espectáculo. Gaspar tomó unas cuantas vistas y nos despedimos.

Julia se puso a limpiar la casa frenéticamente, como una loca. Echaba cubos de agua, baldeaba, barría. Parecía una máquina acelerada a supervelocidad. Cuando limpia al borde de la histeria es mejor dejarla sola.

Bota agresividad. Escuchó todo lo que me dijo Gaspar. No quiero provocar sus comentarios hirientes. Estoy en la terraza, mirando la ciudad y el mar y la noche, intentando poner la mente en blanco y bebiendo pausadamente. Julia deja la limpieza y se me acerca:

—Te voy a decir una cosa, porque si no hablo me reviento.

—Yo sé lo que vas a decir.

—Haz lo mismo que Gaspar.

—Julia, por favor.

—Te lo digo por tu propio bien. Dedícate a la pintura nada más y deja esos libritos.

—¡Julia, cojones! Sigue limpiando y déjame tranquilo.

—Te lo digo porque te quiero. ¡Aunque tú no lo creas!

Entré en la casa. Puse «Red House», de Jimmy Hendrix, a todo volumen, llené el vaso hasta el borde, con ron sin hielo, y regresé a la azotea. A mirar la noche y el mar oscuro y la noche.

---

# TODO ESO QUEDÓ ATRÁS

---

Julia se fue con su madre. Tuvimos una pelea bastante fuerte. Recogió algo de su ropa y arrancó. Hablamos poco pero demasiado duro. Nos ofendimos. Ha pasado una semana y no llama. Su madre vive en el campo y no tiene teléfono, creo que es el final. Al menos estoy relajado, pero al mismo tiempo me siento un poco depresivo. Es una sensación que se repite siempre que me veo solo. Quizás en la infancia mi madre me amenazaba: «Si sigues llorando me voy de la casa y te vas a quedar solo y en la oscuridad y el coco va a venir para comerte». Y ese horror quedó en mi subconsciente, como un perro asesino, al acecho. Antes luchaba contra ese sentimiento porque quería ser un macho invulnerable. Pero con una madre posesiva y autoritaria, y un padre debilucho de carácter y escurridizo, es muy difícil ser Superman. Es mucho mejor analizar el terreno y saber por dónde el enemigo puede penetrar y establecer sus cabezas de playa.

Hay carnavales en el Malecón. Unos carnavales tontos y tediosos. Seis semanas a lo largo de julio y agosto, con un calor asfixiante, sin gente disfrazada ni nada. Solo gente bebiendo y comiendo, y policías. Es como una parodia de los carnavales.

Espero que refresque y me entretengo leyendo un artículo sobre la esterilización masiva de indios abenakis, en Vermont. En los años veintetreinta. Un tal Henry Perkins y una comisión los clasificaba como «deficientes, delincuentes, inferiores» y los esterilizaban sin que ellos lo supieran. Vermont debe de ser un lugar aburridísimo hoy en día.

Aquí no hay indios, pero quedamos algunos blancos supervivientes. Si aparece un negro nazi nos exterminan en dos generaciones. Por ahora todo va bien: nos mezclamos. Fabricamos mulatas y mulatos.

A eso de las seis se nubló y comenzó a llover con mucho viento. Era un aguacero torrencial. Cerré las ventanas y puse la Sinfonía número dos de Brahms, en Fa Mayor. Me serví un vaso de ron puro y observé detenidamente aquel torrente de agua, precipitándose sobre el mar y sobre la ciudad. Me muevo por la casa y dirijo la orquesta. Allegro non troppo. La dirijo perfectamente. ¡Esto es la vida! La soledad, la música perfecta, el ron, la furia del agua y los truenos. Y yo espléndido y maravilloso, ejemplar único. Todas mis mujeres siempre han sido pelandrujas de barrio que detestan las sinfonías y la ópera. Pero no importa. Aquí estoy yo solo. Emborrachándome con mi socio Brahms. Me quité el *short* y la camiseta y salí desnudo a la terraza, a empaparme en el diluvio frío. Los relámpagos y los truenos. Todo a mi alrededor es gris. Un torrente cerrado de lluvia cae sobre la ciudad, y escucho a Brahms vibrando. Allegro con spirito. ¡Qué cojones! ¡Yo, el mejor de todos! ¡¿Quién dice que no merece la pena?!

Escampó. Terminó la sinfonía. Me vestí y bajé al Malecón a seguir bebiendo. Había una multitud enorme, música diferente en cada quiosco. Un altoparlante de la policía repetía hasta la saciedad que retiraran un camión parqueado en un lugar inadecuado. Compré un vaso de ron y caminé hasta encontrar un sitio más tranquilo. Me senté a beber y a mirar. Cuando era niño nos disfrazábamos y salíamos en grupo y nos divertíamos muchísimo. Después prohibieron los disfraces. No recuerdo cuál fue el pretexto. Prohibieron muchas cosas en esa época, en los sesenta. Finalmente lograron que la gente se olvidara de los disfraces. Ya nadie recuerda qué son los carnavales. Ahora la gente sólo bebe mucho, come poco, fuma, camina, bebe más y más. Las mujeres y los hombres se miran a los ojos. Los gays miran a los ojos. Las lesbianas. Las viejas y los viejos. En fin, se respira lujuria. Está en el aire. Es evidente. A veces pienso que la vida aquí se reduce realmente a música, ron y sexo. Lo demás es paisaje.

Me soné unos cuantos buches de ron y me fui para casa de Gloria. Si seguía solo, caminando y bebiendo, me iba a complicar con alguna de aquellas mulatas alegres, lascivas y medio borrachas. No tengo ánimos esta noche para enfrentar gente nueva.

Cuando llegué, Gloria preparaba un baño con hierbas para despojar a su

hermano. Está empatado con un mexicano que conquistó en la playa, aunque hizo las cosas de tal modo que el mexicano cree que él fue el conquistador. Ahora el tipo lo llama tres o cuatro veces al día. Le manda dinero y prepara los papeles para llevárselo a México. Mi cuñado es un mulato hermoso, de unos treinta años. No estudió, no trabaja, no le gustan las mujeres. Sólo le gusta bailar, reírse, escuchar música, revolotear como una mariposa. A veces creo que le extirparon el cerebro. Desde que conquistó al mexicano le repite a cualquiera:

—Se quedó loco conmigo. La tiene cortica como un bebé recién nacido, pero no importa, con la mía basta y sobra porque yo sí tengo para comer y llevar, jajajá. La tiene corta pero con el billete largo, jajajá... ¡Al fin me voy a vivir bien!

Ahora está tirado en la cama, pálido y destruido. Le pregunto a Gloria:

—¿Está enfermo?

—Mala vista y envidia. Es muy inocente. Le dice a cualquiera que se va para México y que le mandan dinero y que el tipo está arrebatado de amor, y que viajarán a Londres para casarse...

—Está medio muerto.

—Claro. Hace media hora le hizo el cuento a dos tortilleras amigas de él. Viejas y feas, que no consiguen viajar ni a Guantánamo. Saliendo ellas de la casa, cayó él en la cama, como una lechuguita en el horno. Vamos, ayúdame que voy a limpiarlo.

Cogió los mazos de hierba, mojados en el agua preparada:

—Malas influencias, malas corrientes, ¡siá, cará!

Se estremeció mientras mojaba el cuerpo desnudo de su hermano. Yo la ayudé porque el tipo estaba desmadejado. De verdad que era bellísimo. Se le podía perdonar que no tuviera cerebro y que fuera tan candido.

Gloria tembló unas cuantas veces. Si el muerto le bajaba se complicaba la cosa, porque la negra Estanislá, cuando se encarna en la materia, habla sin parar por lo menos una hora. Hay que buscarle una botella de aguardiente y un tabaco y hasta que no los termina no se va. Después de esos trances Gloria se queda agotada y no recuerda nada. Ahora el muerto no pudo entrar en la materia. Gloria rezó y la alejó. Dio fuego a un tabaco y acabó de despojarlo con el agua preparada con hierbas de siete tipos, ron, cascarilla, flores



blancas, azúcar, canela, perfumes y no sé cuántas cosas más. Le sopló encima el humo del tabaco, rezando a tres santos diferentes y a las comisiones africanas. El tipo se recuperó por completo en diez minutos. Después se despojó ella, se vistió y se perfumó y vino hasta mí, sonriendo:

—¡Listo! Vamonos pa' los carnavales que tengo ganas de tomar cerveza.

—¿Y cómo tú sabes que yo quería ir?

—Me lo estás diciendo desde que llegaste.

—No te hagas la bruja. Yo no he abierto la boca.

—Tú me hablas con los ojos, papito. Vamos.

Nos fuimos para los carnavales. Nos conocimos hace tres o cuatro años. Ella era camarera en el Aeroclub, cerca del aeropuerto. Yo iba un par de veces por semana. Es un lugar agradable, con aire acondicionado. Siempre hay extranjeros y yo vendía uno o dos cuadros, al tiempo que me tomaba unas copas y seducía a Gloria. Fue una buena etapa. Estaba comenzando con Julia y éramos felices. Y me entraba dinero todas las semanas. No hacía falta nada más. Amor, dinero y salud. Cuando las cosas van bien, el espíritu se expande, uno respira a pleno pulmón y se siente como un rey.

Gloria y yo nos gustamos desde que nos vimos. Fuimos a la cama esa misma noche y aquello fue espléndido. Todo ha sido lento y sin compromisos. Ella ha tenido otros hombres. Sobre todo extranjeros, que le pagan bien. Es muy hábil para sacar dinero de los bolsillos masculinos. Es algo natural en ella, y es lo único que ha hecho en su vida. Salvo pequeñas etapas en que ha trabajado sirviendo en bares y cafeterías. Lo mejor es que siempre hemos tenido las cuentas claras: ella tiene libertad y yo también. Pero de un tiempo a la fecha las cosas han cambiado de tono. Ahora Gloria tiene diez semanas de embarazo. Me jura que es mío y que lleva muchos meses de fidelidad total porque me adora y yo soy el hombre de su vida. Esto se ha complicado mucho.

Siente asco por el cigarro, por la comida, por el ron. A veces vomita y se ha puesto monotemática: sólo habla del niño, la dieta, la nutrición extra, la canastilla, los pañales, las pruebas de alfa-feto. Yo no entiendo, pero la escucho. La quiero y me siento demasiado bien con ella. A pesar de la barriga, somos dos animales salvajes en la cama, o en las sillas, o donde sea. Pero no estoy seguro de que el feto sea mío. O no quiero estar seguro.

—Tú siempre has sido una callejera, Gloria.

—No me hables así. Tú eres el hombre de mi vida y quiero olvidar el pasado.

—¿Por qué estás tan segura de que es mío?

—Te lo he dicho cincuenta veces y tú no me crees.

—Ahhh..., Gloria, carajo.

—Hace muchos meses que no tengo más hombres. Me dan asco todos los hombres. Todos. Sólo quiero estar contigo. ¿Cómo te lo voy a decir?

—¿Te dan asco? ¿Desde cuándo tú eres tan escrupulosa?

—Hace mucho tiempo. Me dan asco.

—Uhhmm..., no te creo.

—Sigue desconfiando. Tú eres muy siniestro y vas a terminar loco.

—¿Yo siniestro?!

—Sí, sí. Siniestrísimo.

No lo creo. No soy siniestro y no voy a terminar loco. Quizás lo que necesito es una mujer como ella: dulce, llena de amor y serenidad. Y con los pies bien puestos en la tierra. Cuando estoy con ella la rabia desciende hasta un nivel soportable. Tengo muchas cicatrices. Supongo que es un problema mío y no depende de mujeres dulces o amargas. De todos modos, sea como sea, me siento muy bien con Gloria y muy mal con Julia, pero no me atrevo a tomar decisiones. Dejo correr el tiempo. En la juventud uno es cortante y rápido. No piensa mucho y no le preocupa a quién hace daño. Después de los cincuenta uno calcula más. Mientras, el feto crece. Absorbe minerales, calcio, vitaminas, hierro, fósforo. Traga de todo por el cordón umbilical y flota en su letargo acuático hasta que le toque el momento de salir a escena.

Ya era de noche. Había refrescado bastante. La música sonaba estridente y todos bailaban. Repetían hasta el cansancio dos o tres canciones de moda. Compré ron para mí y cerveza para Gloria. Nos abrimos paso poco a poco entre la multitud y caminamos hasta el castillo de La Punta. Gloria se colgó de mi brazo y yo me sentía orgulloso. Es hermosa: medio mulata, medio gitana, medio india, treinta y dos años, el pelo negro y rizado, pequeña, delgada, dulce, femenina, culona.

Entre el castillo de La Punta y el mar hay un pequeño parque con bancos, muy oscuro. No metimos por allí. Algunas parejas conversaban, otros se

besaban, otros se acomodaban de frente para templar. Amores furtivos. Sexo furtivo. Pasiones furtivas. Algunos hombres solitarios se hacían pajas furtivas.

Nosotros empezamos. Gloria siempre me lo pide. Le gusta ver a los pajeros a tres metros, con los ojos desorbitados, matándose. La excita mucho. Me la mamó un poco, hicimos algo más. Había demasiada gente en lo mismo. Dos pajeros se acercaron más aún. Gloria se excitó mucho al verlos dándole al material y les mostró las nalgas un buen rato. Cuando era más joven le decían «Culo de Toro». Era famosa por el culo y le sacó mucho dinero. Estuvimos un buen rato en eso y nos fuimos a buscar más ron y cerveza.

Salimos caminando, se acaricia la barriguita, que crece por día, y me dice:  
—Papi, si sale niña le ponemos Bratislava.

—Ah, no jodas, Julia.

—¿Cómo que Julia, chico? ¿En qué estás pensando?

Nos quedamos en silencio un buen rato y seguimos caminando. Entonces le pregunto:

—Oye, ¿de dónde sacaste eso de Bratislava?

—Mi padre siempre me decía que es un nombre muy bonito para una niña.

—¿Tú sabes lo que es Bratislava?

—No. A él también le gustaban Seriocha, Katia. Decía que eran nombres rusos.

—Tú padre está quimbao.

—Más quimbao estás tú. Por cierto, ayer llegó un sobre con fotos.

—¿Le va bien en Miami?

—No está en Miami.

—Bueno, donde sea, en Yuma.

—En Nueva Jersey. Nos ha mandado fotos en la nieve.

Tuvimos que regresar a casa. Una barrera de policías cerraba el paso hacia el Malecón. Querían terminar temprano el carnaval esa noche. Una brigada de barrenderos limpiaba la calle apresuradamente, como si en ello les fuera la vida. Me pareció que tenían caras de locos. La gente abandonaba el carnaval lentamente y con desgana. Serían las doce de la noche y nadie se

explicaba aquello.

En casa quedaba un poco de ron. Puse un disco de Tina Turner cantando *country* y me fui a la cocina. Improvisé un shop suey con frijolitos chinos, cebollas y salchichas de pollo. Nos sentamos a comer en la azotea, frente al mar. Después bebimos ron con jugo de naranja. Nos sentíamos bien. Son buenos momentos. Y no importa lo demás.

—¿Te has enamorado muchas veces, Gloria?

—Pues... no sé.

—Sí sabes. Uno siempre sabe.

—De esas cosas no se habla.

—Se habla de todo, Gloria. No jodas.

—Después te pones celoso y, para desquitarte, lo escribes en una novela. Rabiando. Y me entras a latigazos. No, papá. Ya te conozco. No vas a escribir más novelas conmigo.

—No voy a escribir nada de eso ni te voy a dar latigazos. Hay cosas que no se tocan.

—Acabas de decir que se habla de todo. ¿Ya ves que eres siniestro y mentiroso?

—Ahh.

—Ahh, nada. Te cogí en tu mentira. A ver, dime tú primero.

—¿Yo? Cuatro o cinco veces. Contigo es la quinta o la sexta.

—Los hombres se enamoran muy fácil. Y se desenamoran muy rápido también.

—No es así.

—Sí es así. Las mujeres somos más...

—Consistentes.

—Más firmes.

—Tal vez. Dime tú ahora.

—¿No te pones celoso? ¿Puedo confiar en ti?

—Seguro.

—He tenido muchísimos hombres. No sé cuántos, pero no me he enamorado a fondo jamás. Pasiones y caprichos.

—¿Por qué?

—Siempre he estado en ambientes malos. En bares, cafeterías, en casas

de..., tú sabes. Los hombres me enamoraban para sacarme dinero. Chulos, delincuentes, mierda.

—¿Y con los extranjeros?

—Igual o peor. Pagaban. Les montaba mi teatro y adiós.

—¿Nunca tuviste un romance?

—Muchos creían que sí. Los hombres son ingenuos y se creen todo lo que una dice.

—Será algún imbécil. ¿A quién se le ocurre creerle a una puta que estás pagando?

—No me digas puta. Yo no soy puta. Todo eso quedó atrás.

—¿Estás enamorada?

—Me siento tan bien contigo que no te lo imaginas.

Nos besamos. Calentamos un poco y nos fuimos a la cama. Hicimos el amor lenta y dulcemente. Hablamos mucho mientras lo hacemos. En algún momento me dijo:

—Yo quiero que seas mi papá.

—Yo soy tu marido.

—Mi marido y mi papá. Cuídame y cómprame una muñeca.

—Mañana te voy a regalar una muñeca.

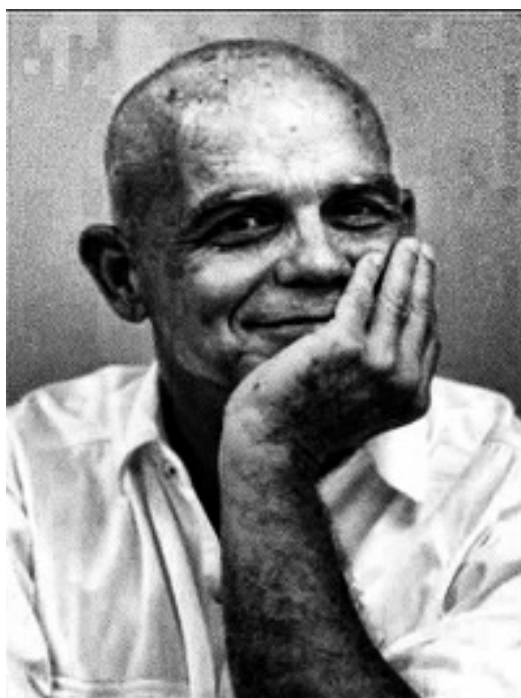
Se me puso más dura y nos apretamos mucho más y llegué bien a fondo. Empezamos a tener juntos un orgasmo. Entonces me dijo:

—¡Así, papi, así! ¡Viólame y dame golpe, golpéame!

Tuvimos un orgasmo muy largo y frenético. Terminamos exhaustos. Se quedó dormida. Desnuda y boca abajo en la cama. Preparé otro trago de ron con hielo y naranja. Salí un rato a la azotea, a mirar el mar y la noche, como siempre, es un vicio. Los barrenderos trabajaban rápido limpiando el Malecón.

Regresé al cuarto con el vaso en la mano. Gloria duerme profundamente, boca abajo. Es hermosa. Le queda mucho de su culo de toro. Me gusta así. Siempre me pareció cínica, con el corazón de piedra. Una mujer dura, que puede complicar la vida de cualquier hombre. Ahora la siento mucho más frágil y vulnerable. Creo que hacemos una buena combinación. ¿Cuál de las dos es la real? ¿Existirán las dos? ¿Una dentro de la otra?

La Habana 1999-2001.



PEDRO JUAN GUTIÉRREZ (Matanzas, Cuba, 27 de enero de 1950). Estudió en el colegio de su ciudad pero la calle era otro de sus espacios favoritos en búsqueda de experiencias intensas. En 1961 el padre de Pedro Juan Gutiérrez perdió su pequeño negocio de helados a causa de la nacionalización del Gobierno Revolucionario, sin compensaciones. Realizó el Servicio Militar Obligatorio y hasta los veinticinco años, Pedro Juan Gutiérrez trabajó sucesivamente como obrero agrícola y de la construcción, soldado, profesor de dibujo técnico, dirigente sindical, constructor, locutor, periodista y actor de radio, entre otros oficios. En 1978 obtuvo el título de Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana, mediante un curso especial para trabajadores. Trabajó como periodista en radio, televisión, una agencia de noticias y en la revista semanal Bohemia. Entrevistó en Moscú al cosmonauta ruso Yuri Romanenko, durante la primavera de 1985. En la década de los ochenta realizó investigaciones en varias cárceles y también en favelas de Brasil, en la frontera entre Estados Unidos y México y en el sur de España. Con estos materiales elaboró diversos reportajes que le valieron algunos premios nacionales de periodismo. Durante esos años visitó la Unión Soviética, Alemania Oriental, México, Brasil y otros países.

Comenzó a escribir *Melancolía de los leones*, libro que le llevó unos trece años de elaboración. Desde 1980, aproximadamente, comenzó a experimentar con la poesía visual, la cual desarrolló intensamente y participó en cientos de exposiciones en más de veinte países con sus obras de pequeño formato aunque actualmente está más volcado en su faceta de pintor abstracto matérico.

En octubre de 1998 la editorial Anagrama, de Barcelona, publicó su Trilogía sucia de La Habana. El éxito de crítica y público fue instantáneo. El 11 de enero de 1999, sin explicaciones, la revista Bohemia prescindió de los servicios de Pedro Juan Gutiérrez. De esa forma concluía una larga etapa de veintiséis años. Entre 1998 y 2003 publicó los cinco libros del Ciclo de Centro Habana, escribió tres libros de poesía y una novela policial. *Animal tropical* ganó el premio español Alfonso García-Ramos de Novela 2000, y *Carne de perro*, el premio italiano Narrativa sur del mundo de 2003.